

S. EUSEBIO JERÓNIMO DE ESTRIDÓN, PRESBITERO COMENTARIOS SOBRE LA
EPÍSTOLA A LOS GÁLATAS, LIBROS TRES. (C)

PRÓLOGO.

Hace muy pocos días que, habiendo interpretado la epístola de Pablo a Filemón, había pasado a los Gálatas, dejando muchas cosas atrás en el medio; y he aquí que de repente me llegaron cartas de la Ciudad, anunciando que Albina, la venerable anciana, había sido llevada a la presencia del Señor, y que la santa Marcela había quedado privada de la compañía de su madre, reclamando ahora más que nunca vuestro consuelo, oh Paula y Eustoquio. Y como esto no puede hacerse por el momento, debido a las grandes distancias de mar y tierra en medio, quise al menos curar la herida reciente con el remedio de las Escrituras. Sé bien su ardor, sé la fe que siempre tiene como una llama en su pecho, superando su sexo, olvidando su humanidad, y al son del tambor de los volúmenes divinos, cruzar el mar rojo de este siglo. Ciertamente, cuando estaba en Roma, nunca me vio tan apresurado que no me preguntara algo sobre las Escrituras. Y no es que, al modo pitagórico, considerara correcto todo lo que respondía: ni la autoridad sin razón preconcebida tenía valor para ella; sino que examinaba todo y con mente sagaz lo ponderaba todo, de modo que me sentía no tanto tener una discípula, como un juez. Así que, considerando que esto será muy grato para ella en su ausencia, y útil para vosotras que estáis presentes, emprenderé una obra que antes de mí no ha sido intentada por escritores de nuestra lengua, y que incluso por los mismos griegos ha sido apenas utilizada por unos pocos, como lo requería la dignidad del asunto. No es que ignore a Cayo Mario Victorino, quien en Roma, cuando yo era niño, enseñaba retórica, y publicó Comentarios sobre el Apóstol; pero él, ocupado en la erudición de las letras seculares, ignoró por completo las Escrituras sagradas: y nadie puede, por elocuente que sea, discutir bien sobre lo que no conoce. ¿Qué, pues, soy yo insensato o temerario, que prometo lo que él no pudo? En absoluto. Más bien, en esto, como me parece, soy más cauteloso y tímido, porque sintiendo la debilidad de mis fuerzas, he seguido los Comentarios de Orígenes. Pues ese hombre escribió cinco volúmenes propiamente sobre la epístola de Pablo a los Gálatas, y completó el décimo libro de sus Stromata con un discurso fragmentario sobre su explicación: también compuso varios Tratados y Extractos, que por sí solos podrían bastar. Paso por alto a Dídimo, mi vidente, y a Laodiceo (Apollinar), que recientemente salió de la Iglesia, y a Alejandro, antiguo hereje, así como a Eusebio de Emesa y a Teodoro de Heraclea, quienes también dejaron algunos pequeños Comentarios sobre este asunto. De los cuales, si tomara incluso unos pocos, se haría algo que no sería completamente despreciado. Así que, para confesarlo simplemente, leí todo esto, y acumulando muchas cosas en mi mente, llamé a un notario, y dicté ya sea lo mío o lo ajeno, sin retener a veces la memoria del orden, ni de las palabras, ni de los sentidos. Ahora, es solo por la misericordia del Señor que, debido a nuestra ignorancia, no se pierdan las cosas bien dichas por otros, y que no desagraden entre los extraños lo que agrada entre los suyos. Resumiendo brevemente el argumento de esta Epístola, advierto con esta prefación que sepáis que es el mismo tema tanto de la Epístola de Pablo a los Gálatas como de la que fue escrita a los Romanos. Pero difiere entre ambas en que en aquella usó un sentido más elevado y argumentos más profundos, aquí, como escribiendo a aquellos de quienes dice más adelante: ¡Oh insensatos Gálatas! Y: Así sois insensatos, moderó su discurso de tal manera que reprendía más que enseñaba: y para que los necios pudieran entenderlo, revestía las sentencias comunes con un discurso común, y a quienes la razón no podía persuadir, los atraía la autoridad. No hay discurso del Apóstol, ya sea por Epístola o en presencia, en el que no se esfuerce por enseñar que las cargas de la antigua Ley han sido depuestas, y que todas aquellas cosas que precedieron en tipos e imágenes, es decir, el descanso del sábado, la injuria de la circuncisión, el retorno de las

calendas y las tres solemnidades anuales, la escrupulosidad de los alimentos, y los lavados diarios que se ensucian de nuevo, han cesado con la gracia del Evangelio, que no se cumple con la sangre de las víctimas, sino con la fe del alma creyente. Sin embargo, en otros lugares, en parte, y como esta cuestión se le presentó mientras trataba de otra cosa, se discutió de lado y casi se rozó. Pero en estas dos Epístolas, como dije, se contiene especialmente la cesación de la antigua ley y la introducción de la nueva. Pero la Epístola a los Gálatas tiene esto de particular, que no escribe a aquellos que, siendo judíos, creyeron en Cristo y pensaban que las ceremonias paternas debían observarse: sino a aquellos que, siendo gentiles, recibieron la fe del Evangelio, y habiendo recaído, fueron disuadidos por la autoridad de algunos, que afirmaban que incluso Pedro y Santiago, y todas las Iglesias de Judea, mezclaban el Evangelio de Cristo con la ley antigua. Incluso decían que Pablo hacía una cosa en Judea y predicaba otra a las naciones: y que era en vano que creyeran en el Crucificado, si pensaban que debía ser descuidado lo que los príncipes de los Apóstoles observaban. Por lo tanto, camina con tanta cautela entre ambos y en medio, que ni traiciona la gracia del Evangelio, presionado por el peso y la autoridad de los mayores, ni hace injuria a sus predecesores, mientras es defensor de la gracia: pero de manera oblicua y como por túneles, avanzando secretamente: para enseñar que Pedro actuaba por el pueblo de la circuncisión que le fue confiado, para que no creyera escandalizado en la cruz, al apartarse repentinamente de su antiguo modo de vida, y que a él, a quien se le confió la predicación a los gentiles, le era justo defender por la verdad lo que otro simulaba por dispensación. Lo cual, no entendiendo Bataneotes y aquel malvado Porfirio, en el primer libro de su obra contra nosotros, objetó que Pedro fue reprendido por Pablo, porque no caminaba rectamente para evangelizar: queriendo imputar a aquel una mancha de error, y a este de procacidad, y acusar en común la mentira de una doctrina ficticia, mientras los príncipes de las Iglesias discrepaban entre sí. Estas cosas, en efecto, ahora, con vuestras oraciones, tocamos ligeramente en qué sentido fueron dichas, y en sus lugares las expondremos más plenamente. Pero ya es tiempo de que, poniendo las palabras del mismo Apóstol, expliquemos cada una de ellas.

LIBRO PRIMERO.

(Cap. I.---Vers. 1.) 373 Pablo apóstol, no de hombres, ni por hombre, sino por Jesucristo y Dios Padre, que lo resucitó de entre los muertos. No con soberbia, como algunos piensan, sino por necesidad, se propone ser apóstol no de hombres, ni por hombre, sino por Jesucristo y Dios Padre, para confundir con esta autoridad a aquellos que decían que Pablo, fuera de los doce apóstoles, había surgido de repente, o que había sido ordenado por los mayores. Sin embargo, también puede entenderse de manera oblicua en relación con Pedro y los demás, que el Evangelio no le fue transmitido por los apóstoles, sino por el mismo Jesucristo, quien también eligió a aquellos apóstoles. Todo esto se prepara para que nadie pueda oponerse a él cuando dispute contra las cargas de la Ley por la gracia del Evangelio: pero Pedro dijo esto, pero los apóstoles establecieron esto, pero tus predecesores decretaron otra cosa. Lo cual, en los siguientes, ahora como preludiando con un discurso oculto, lo hace más manifiesto; mientras refiere que de aquellos que parecen ser algo, nada le fue conferido, y escribe que se resistió a Pedro en la cara, diciendo que no fue compelido por ninguna necesidad a ceder a la hipocresía de los judíos. Si a algunos les parece temerario que haya hablado contra los apóstoles, aunque ocultamente, que fue a Jerusalén para conferenciar con ellos, no sea que corriera o hubiera corrido en vano, traslademos la inteligencia a esto: Hasta hoy, los patriarcas de los judíos envían apóstoles, de los cuales también entonces creo que los Gálatas fueron pervertidos para observar la Ley, o ciertamente otros de los judíos creyentes en Cristo fueron a Galacia, quienes afirmaban que incluso Pedro, el príncipe de los apóstoles, y Santiago, el hermano del Señor, guardaban las ceremonias de la Ley. Para distinguir, pues,

entre aquellos que son enviados por hombres, y él mismo, que fue enviado por Cristo, tomó tal exordio: Pablo apóstol, no de hombres, ni por hombre. Apóstol, es decir, enviado, es un término propio de los hebreos, que también significa Silas, a quien por ser enviado se le impuso el nombre de enviado. Dicen los hebreos que entre los profetas y los santos varones hay algunos que son tanto profetas como apóstoles, y otros que son solo profetas. Por ejemplo, Moisés, a quien se le dice: Y yo te enviaré a Faraón (Éxodo III, 10, 11); y él responde: Envía a otro a quien enviarás: Y a Isaías, a quien Dios le habla: ¿A quién enviaré y quién irá a este pueblo? (Isaías VI, 8) son tanto apóstoles como profetas. Por lo tanto, también podemos entender que Juan el Bautista debe ser llamado tanto profeta como apóstol, si la Escritura dice: Hubo un hombre enviado por Dios, cuyo nombre era Juan (Juan I, 6). Y en la Epístola a los Hebreos (Hebreos III) por eso Pablo, por costumbre, no antepuso ni su nombre ni el título de apóstol, porque iba a hablar de Cristo: Teniendo, pues, al sumo sacerdote y apóstol de nuestra confesión, Jesús; y no era congruente que donde Cristo debía ser llamado apóstol, allí también se pusiera a Pablo como apóstol. Hay cuatro tipos de apóstoles. Uno, que no es de hombres, ni por hombre, sino por Jesucristo y Dios Padre; otro, que es de Dios, pero por hombre; un tercero, que es de hombre, no de Dios; un cuarto, que no es ni de Dios, ni por hombre, ni de hombre, sino de sí mismo. Del primer tipo puede ser Isaías, y los demás profetas, y el mismo apóstol Pablo, que no fue enviado de hombres, ni por hombre, sino por Dios Padre y Cristo. Del segundo, Jesús hijo de Nave, que fue constituido apóstol por Dios, pero por hombre, Moisés. El tercer tipo es cuando alguien es ordenado por el favor y el esfuerzo de los hombres. Como ahora vemos a muchos no por el juicio de Dios, sino por el favor comprado del pueblo ser subrogados en el sacerdocio. El cuarto es de los falsos profetas y falsos apóstoles, de los cuales el apóstol dice: Estos son falsos apóstoles, obreros de iniquidad, transformándose en apóstoles de Cristo, que dicen: Así dice el Señor: y el Señor no los envió (II Cor. X, 13). Pero no es tal apóstol Pablo, que no fue enviado de hombres, ni por hombre, sino por Dios Padre por Jesucristo. De lo cual se aprueba que la herejía de Ebion y Fotino también debe ser refutada, porque nuestro Señor Jesucristo es Dios: mientras el Apóstol, porque fue enviado por Cristo a la predicación del Evangelio, niega haber sido enviado por hombre. Aquí se infiltran otras herejías, que reclamando la carne de Cristo como aparente, dicen que Cristo es Dios, no hombre. También la nueva herejía, que afirma una dispensación a medias de Cristo. Y así, la fe de la Iglesia, establecida entre tantos naufragios de falsas doctrinas, si confiesa a Cristo como hombre, Ebion y Fotino se infiltran: si sostiene que es Dios, Maniqueo y Marción, autores de una nueva doctrina, surgen. Por lo tanto, escuchen en común, que Cristo es tanto Dios como hombre. No que sea otro Dios y otro hombre: sino que quien siempre fue Dios, se dignó ser hombre por nuestra salvación. También debe saberse que en el Apóstol de Marción no está escrito, y por Dios Padre, queriendo exponer que Cristo no fue resucitado por Dios Padre, sino por sí mismo, como está aquello: Destruid este templo, y en tres días lo levantaré (Juan II, 19). Y también en otro lugar: Nadie me quita la vida; sino que yo la pongo por mí mismo. Tengo poder para ponerla y tengo poder para volver a tomarla (Juan X, 18).

(Vers. 2.) Y todos los hermanos que están conmigo, a las Iglesias de Galacia. En otras Epístolas, Sóstenes y Silvano, a veces también Timoteo, se anteponen en el exordio: en esta, porque era necesaria la autoridad de muchos, se asume el nombre de todos los hermanos. Que también ellos quizás eran de la circuncisión, y no eran despreciados por los Gálatas. Pues mucho hace para corregir al pueblo, la sentencia y el consenso de muchos en una sola cosa. Pero lo que dice, a las Iglesias de Galacia; también es notable porque aquí solo escribe en general no a una sola Iglesia de una ciudad, sino a las Iglesias de toda la provincia, y llama Iglesias a las que después reprende por haber sido pervertidas por error. De lo cual se debe saber que la Iglesia puede ser llamada de dos maneras, tanto aquella que no tiene mancha ni

arruga, y es verdaderamente el cuerpo de Cristo, como aquella que se congrega en el nombre de Cristo sin virtudes plenas y perfectas (Efesios V). Así como los sabios se nombran de dos maneras, tanto aquellos que son de plena y perfecta virtud, como aquellos que comienzan y están en progreso. De los perfectos se dice: Enviaré a vosotros sabios (Lucas XI, 49). De los insensatos: Reprende al sabio, y te amará (Proverbios VIII, 9). Porque quien es de plena y consumada virtud, no necesita corrección. Según este sentido, también debe entenderse de las demás virtudes: que es decir, fuerte y prudente, piadoso, casto, justo, y templado, a veces se toman plenamente, a veces abusivamente.

(Vers. 3.) Gracia a vosotros, y paz de Dios Padre, y de nuestro Señor Jesucristo. No como en las otras Epístolas, pone la gracia de Dios Padre y de nuestro Señor Jesucristo, y la paz, por las cuales sin mérito de obras, nos fueron concedidos los pecados pasados, y la paz otorgada después del perdón: sino que prudentemente ya actúa la causa contra aquellos que fueron prevenidos por la Ley, y pensaban que podían justificarse por las obras, para que supieran que son salvos por gracia, debiendo perseverar en lo que comenzaron.

(Vers. 4.) Quien se dio a sí mismo por nuestros pecados, para librarnos de este presente siglo malo, según la voluntad de Dios y Padre nuestro, a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén. Ni el Hijo se dio por nuestros pecados sin la voluntad del Padre, ni el Padre entregó al Hijo sin la voluntad del Hijo; sino que esta es la voluntad del Hijo, cumplir la voluntad del Padre como él mismo dice en el salmo: Para hacer tu voluntad, Dios mío, quise (Salmo XXXIX, 9). El Hijo se dio a sí mismo, para que la injusticia que había en nosotros, él mismo la subvirtiera con justicia. La sabiduría se ofreció, para que la insensatez fuera expugnada. La santidad y la fortaleza se ofrecieron, para borrar la suciedad y la debilidad. Y así, no solo en el futuro siglo según la esperanza prometida en la que creemos, sino también aquí nos ha librado de este presente siglo, mientras muertos con Cristo, nos transformamos en novedad de sentido, y no somos de este mundo, por lo cual con razón no somos amados. Se pregunta cómo se ha dicho que el presente siglo es malo. Pues los herejes suelen tomar de aquí ocasiones, para afirmar que hay un creador de la luz y del siglo futuro, y otro de las tinieblas y del presente. Pero nosotros decimos que no tanto el siglo mismo, que corre con día y noche, años y meses, se llama malo, sino homónimamente, las cosas que se hacen en el siglo: como se dice que basta al día su malicia (Mateo VI): y se escribe que los días de Jacob son pocos y malos (Génesis XLVII). No porque el espacio de tiempo en el que vivió Jacob fuera malo, sino porque las cosas que soportó, lo ejercitaron con varias pruebas. De hecho, en el tiempo en que él servía por sus esposas, y se enfrentaba a muchas angustias (Génesis XXIX), Esaú estaba en reposo, y así el mismo espacio de tiempo, para uno fue bueno, para otro malo; y no estaría escrito en el Eclesiastés: No digas que los días pasados eran mejores que estos (Eclesiastés VII, 11), si no fuera para distinguir los males. Por eso Juan dice: Todo el mundo está puesto en el maligno (I Juan V, 19). No porque el mundo mismo sea malo, sino porque se hacen cosas malas en el mundo por los hombres, diciendo: Comamos y bebamos, porque mañana moriremos (Isaías XXII, 17). Y el mismo Apóstol: Redimiendo, dice, el tiempo: porque los días son malos (Efesios V, 16). También se infaman los bosques, cuando están llenos de latrocinios, no porque la tierra y los bosques pequen, sino porque los lugares también han atraído la infamia del homicidio. Detestamos también la espada, con la que se ha derramado sangre humana, y la copa en la que se ha mezclado veneno, no por el pecado de la espada y la copa; sino porque merecen odio aquellos que han hecho mal uso de ellos. Así también el siglo, que es el espacio de los tiempos, no es por sí mismo ni bueno ni malo, sino por aquellos que están en él, se llama bueno o malo. Por lo tanto, deben despreciarse los delirios y fábulas de Valentín, quien inventó sus treinta eones, porque en las Escrituras se leen siglos, diciendo que son animales, y que por cuadradas y ogdoadas, también por décadas

y docenas, han producido tantos números de siglos, como la cerda de Eneas generó crías. También se debe preguntar qué diferencia hay entre siglo, y siglo del siglo, o siglos de los siglos, y dónde se pone por un breve espacio de tiempo, dónde por eternidad: porque en hebreo siglo, es decir, OLAM (), donde tiene puesta la letra VAV, significa eternidad, donde se escribe sin VAV significa el año cincuenta, que ellos llaman Jubileo. Por esta razón, también aquel hebreo que por amor a su esposa e hijos, amando a su Señor, es sometido al servicio con la oreja perforada, se le ordena servir por el siglo (Éxodo XXI), es decir, hasta el año cincuenta.

Y los moabitas y amonitas (Deut XXIII), no ingresarán en la Iglesia del Señor, hasta la décima quinta generación, y hasta la eternidad: Porque toda dura condición del Jubileo se resolvía con la llegada. Algunos dicen que tiene el mismo sentido en los siglos de los siglos, que en los santos de los santos, en los cielos de los cielos, en las obras de las obras, en los Cantares de los cantares: y que la diferencia que tienen los cielos con aquellos, cuyos cielos son, y los santos, que en comparación con los santos son más santos, y las obras, que en prelación de las obras son mejores, y los Cantares, que entre todos los Cantares sobresalen: la misma tiene el siglo, que en comparación de los siglos son siglos. Así pues, explican este siglo presente, diciendo que debe contarse desde el tiempo en que el cielo y la tierra fueron creados, y correr hasta la consumación del mundo, cuando Cristo juzgará todo. También retroceden más allá, y avanzan en los grados anteriores, discutiendo sobre los siglos pasados y futuros, si fueron buenos o malos, o si lo serán: y caen en cuestiones tan profundas, que han escrito libros y volúmenes infinitos sobre esta disertación. Pero el prólogo de Pablo, AMÉN, se concluye en lengua hebrea: AMÉN (), los Setenta lo tradujeron como γένοιτο, es decir, hágase: Aquila como πεπιστωμένος, verdaderamente, o fielmente. Lo cual también en el Evangelio es siempre asumido por el Salvador, afirmando sus palabras con AMÉN.

(Vers. 6.) Me maravilla que tan pronto os trasladéis de aquel que os llamó en la gracia de Cristo Jesús, a otro Evangelio que no es otro, a menos que haya algunos que os perturban, y quieren pervertir el Evangelio de Cristo. La palabra de la traslación la leemos primero en el Génesis (Gén. V), donde Dios trasladó a Enoc, y no se encontraba. Y después en los libros de los Reyes (III Reyes XXI), cuando Acab fue trasladado del culto de Dios a la veneración de los ídolos por su esposa Jezabel, para hacer conforme a todo lo que hizo el amorreo, a quien el Señor destruyó de la faz de los hijos de Israel. Pero siendo ambas traslaciones, aquella es de Dios, esta del diablo. Quien es trasladado por Dios, no es encontrado por sus enemigos: ni puede el insidioso acecharle. Esto creo que significa, y no se encontraba. Pero quien es trasladado por el diablo, es trasladado a lo que parece ser, pero no es. Los sabios del siglo también llaman trasladados a aquellos que son trasladados de un dogma a otro dogma, como aquel Dionisio (cuya sentencia antes era que el dolor no era malo: después de ser oprimido por calamidades y torturado por el dolor, comenzó a afirmar que el dolor era el mayor de todos los males) fue llamado por ellos Transpuesto, o Traslado, porque al apartarse de su decreto anterior, había recaído en lo contrario. Así pues, Pablo se maravilla: primero porque fueron trasladados de la libertad del Evangelio, a la servidumbre de las obras legales. Luego porque fueron trasladados tan pronto: porque no es la misma culpa ser trasladado de algo con dificultad, que ser trasladado rápidamente; como en el Martirio no se castiga con la misma pena a quien sin lucha y tormentos inmediatamente se apresuró a negar, y a aquel que entre potros, garfios y fuegos distorsionado, fue obligado a negar lo que creía. Aún era reciente la predicación del Evangelio, no había pasado mucho tiempo desde que el Apóstol había conducido a los Gálatas de los ídolos a Cristo. Se maravilla, pues, de cómo tan pronto se apartaron de aquel, en cuyo nombre habían sido hechos cristianos. Además, el mismo lugar tiene un ὑπέβητον, que puede leerse en su orden así: Me maravilla que tan [Al. añade así]

pronto os trasladéis de Cristo Jesús, quien os llamó en la gracia, diciendo: No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento (Marcos II, 17). Porque por gracia hemos sido salvados, y no por la ley (Efesios II, 8). Pero, dice, habéis sido trasladados a otro Evangelio, que no es otro: porque todo lo que es falso, no subsiste, y lo que es contrario a la verdad, no es, como aquello: No entregues, Señor, tu cetro a los que no son (Ester XIV, 12). Y Dios llamó a las cosas que no eran, para hacer que existieran lo que no era. Si esto se dice de aquellos que creían en el mismo Dios, y tenían las mismas Escrituras, que fueron trasladados a otro Evangelio, que no es Evangelio, ¿qué debemos pensar de Marción y los demás herejes, que rechazan al Creador, y simulan a Cristo de otro Dios? Que no caen por la interpretación de la ley y la letra, o por la lucha de la carne y el espíritu, sino que discrepan de todo el derecho de la Iglesia. Hermosamente dice: A menos que haya algunos que os perturban, y quieren pervertir el Evangelio de Cristo. Quieren, dice, cambiar, pervertir, perturbar el Evangelio de Cristo: pero no pueden. Porque es de tal naturaleza, que no puede ser otra cosa que lo que es verdadero. Todo el que interpreta el Evangelio con otro espíritu y mente que como está escrito, perturba a los creyentes, y pervierte el Evangelio de Cristo, para que lo que está en la cara, lo ponga detrás, y lo que está detrás, lo ponga en la cara. Si alguien sigue solo la letra, pone lo posterior en la cara. Si alguien se conforma con las interpretaciones de los judíos, pone detrás lo que por su naturaleza está puesto en la cara. También es congruente que la palabra de traslación se haya adaptado a los Gálatas: porque Galacia en nuestra lengua significa traslación.

(Vers. 8.) Pero aunque nosotros, o un ángel del cielo os anuncie un evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema. Como lo hemos dicho antes, ahora lo repito: si alguien os anuncia un evangelio diferente del que habéis recibido, sea anatema. Puede también entenderse hiperbólicamente, no porque el apóstol o un ángel pudieran predicar de otra manera que como lo habían dicho una vez: sino que incluso si esto pudiera suceder, que tanto los apóstoles como los ángeles se cambiaran: sin embargo, no se debe apartar de lo que una vez fue recibido: especialmente cuando el mismo apóstol en otro lugar muestra la firmeza de su fe diciendo: Sé que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni lo presente, ni lo futuro, ni la fortaleza, ni la altura, ni la profundidad, ni otra criatura, podrá separarnos del amor de Dios, que es en Cristo Jesús nuestro Señor (Rom. VIII, 38). Digo la verdad, no miento, testimonio me da mi conciencia (Rom. IX, 1). Estas cosas no son dichas por alguien que pueda apartarse alguna vez de la fe y el amor de Cristo. Pero aquellos que no quieren que esto se diga καθ' ὑπόθεσιν, sino verdaderamente: que los apóstoles y los ángeles pueden convertirse a lo peor, oponen aquello, que el mismo Pablo sabía que podía caer, si actuaba con negligencia, diciendo: Subyugo mi cuerpo, y lo reduzco a servidumbre, no sea que habiendo predicado a otros, yo mismo sea hallado reprobado (I Cor. IX, 27). También que los ángeles son mutables, que no guardaron su principado; sino que dejando su propia morada, están reservados en cadenas eternas bajo oscuridad para el juicio del gran día (Judas, VI). || Que solo la naturaleza de Dios es inmutable, de quien está escrito: Pero tú eres el mismo (Sal. CI, 28). Y él mismo de sí: Yo soy vuestro Dios, y no cambio (Malaquías III, 6). Que cayó el lucero, que brillaba por la mañana; y aquel que antes enviaba a todas las naciones, está quebrantado en la tierra. Elegantemente en este lugar el doctísimo Tertuliano, contra Apeles, y su virgen Filomena, a quien un ángel de espíritu diabólico y perverso había llenado, escribe que este es el ángel, a quien mucho antes de que Apeles naciera, por la profecía del Espíritu Santo fue profetizado anatema por el Apóstol. Por lo demás, ἀνάθεμα, es una palabra propiamente de los judíos, y puesta tanto en Josué (Jos. VI, 7), como en Números (Num. XXI), cuando el Señor mandó que todo lo que había en Jericó y de los madianitas fuera tenido en detestación y anatema. Preguntemos a aquellos, que afirman que Cristo y el apóstol Pablo, son del buen Dios y hasta ese tiempo ignorado, o su hijo, o su siervo, que no

sabe maldecir, ni conoce a alguien para condenar: ¿cómo ahora su Apóstol, usa la palabra de los judíos, es decir, del Creador: y quiere que perezca un ángel o un apóstol, cuando él mismo no suele vengarse? Pero lo que añadió, como lo hemos dicho antes, y ahora lo repito, muestra que él mismo al principio advirtiéndolo esto mismo, había anunciado anatema a aquellos que iban a predicar de otra manera, y ahora después de que ha sido predicado, decreta ese anatema que antes había predicho. Por eso también a sí mismo, a quien acusaban de hacer una cosa en Judea y enseñar otra, y al ángel que constaba ser mayor incluso que sus predecesores apóstoles, les denunció anatema: para que no se considerara gran autoridad la de Pedro y Juan, cuando ni a él mismo le era permitido, quien los había enseñado antes, ni al ángel predicar de otra manera, que como lo habían aprendido una vez. Así pues, se puso a sí mismo y al ángel nominalmente; pero a los demás sin nombre. Si alguien, dice, os anuncia un evangelio, para que en un término general, no hiciera injuria a sus predecesores; y sin embargo, mostrara sus nombres latentemente.

(Vers. 10.) ¿Acaso ahora persuado a los hombres o a Dios? ¿O busco agradar a los hombres? Si todavía agradara a los hombres, no sería siervo de Cristo. No pensemos que el Apóstol nos enseña, con su ejemplo, a despreciar los juicios de los hombres, quien en otro lugar dijo: Sabiendo, pues, el temor del Señor, persuadimos a los hombres: pero a Dios somos manifiestos (II Cor. V, 11); y aquello: Sed sin ofensa, tanto a los judíos, como a los gentiles, y a la Iglesia de Dios: como también yo agrado a todos en todo, no buscando lo que es útil para mí, sino lo que es para muchos, para que se salven (I Cor. 10). Pero si es posible, que agrademos a la vez a Dios y a los hombres, debemos agradar también a los hombres. Pero si de otra manera no agradamos a los hombres, sino desagradando a Dios: debemos agradar más a Dios que a los hombres. De lo contrario, él mismo infiere, por qué agrada a todos en todo: No buscando, dice, lo que es útil para mí: sino lo que es para muchos, para que se salven. Pero quien por esa caridad, que no busca lo que es suyo, sino lo que es de otros, agrada a todos para que se salven: ciertamente agrada primero a Dios, a quien la salvación de los hombres le importa. También tiene la palabra, que aquí se añade especialmente, ahora, o que debe agradarse por tiempo a los hombres, o desagradarles: para que quien ahora no agrada por la verdad del Evangelio, haya agradado alguna vez por la salvación de muchos. Pablo había agradado alguna vez a los judíos, cuando siendo celoso de las tradiciones paternas, sin reproche antes en la ley se había conducido: y tuvo tanto ardor y fe en las ceremonias de los mayores, que fue partícipe en la muerte de Esteban, y fue a Damasco para prender a aquellos que se habían apartado de la ley (Hechos IX). Pero después de que fue trasladado de perseguidor a vaso de elección, y comenzó a predicar la fe, que antes había combatido, comenzó a desagradar a los judíos, a quienes antes había agradado. Esto es, pues, lo que dice: ¿Acaso busco agradar a los judíos, a quienes desagradando, agradé a Dios? Porque si les agradara, todavía no sería siervo de Cristo. Pues afirmar la ley, y destruiría la gracia del Evangelio. Ahora, sin embargo, por eso ni siquiera en simulación de observar la ley me dejo llevar: porque no puedo agradar a la vez a Dios y a los judíos; a quienes cualquiera que persuade, tomado del uso humano, cuando alguien intenta insertar en otros lo que él mismo tiene, y ha bebido una vez, y se lee en muchos lugares de las Escrituras, de los cuales es aquello: La persuasión no es de aquel que os llamó (Gál. V, 8). También en los Hechos de los apóstoles: Vinieron, pues, a él muchos judíos al hospedaje: a quienes exponía, testificándoles el reino de Dios, persuadiéndoles acerca de Jesús, desde la Ley de Moisés y los Profetas hasta el atardecer. Todo esto porque se había difundido [Al. difamado] sobre él, que ocultamente guardaba la Ley, y en Jerusalén se había mezclado con aquellos que judaizaban.

(Vers. 11, 12.) Porque os hago saber, hermanos, el Evangelio que fue evangelizado por mí: que no es según hombre, ni yo lo recibí de hombre, ni lo aprendí; sino por revelación de

Jesucristo. Desde este lugar se destruye el dogma de Ebion y Fotino: que Cristo es Dios, y no solo hombre. Porque si el Evangelio de Pablo no es según hombre, ni lo recibió de hombre, ni lo aprendió, sino por revelación de Jesucristo; no es ciertamente hombre Jesucristo, quien reveló el Evangelio a Pablo. Que si no es hombre, consecuentemente es Dios. No porque neguemos al hombre asumido; sino porque rechazamos que sea solo hombre. Se pregunta si las Iglesias de Dios de todo el mundo recibieron el Evangelio, o del hombre: porque ¿cuántos de nosotros aprendimos por revelación de Cristo, y no conocimos por la predicación de un hombre? A lo cual responderemos, aquellos que pueden decir: ¿Buscáis la prueba de aquel que habla en mí, Cristo? (II Cor. XIII, 3). Y: Vivo, pero ya no yo, sino que vive en mí Cristo (Gál. II, 20), no tanto ellos enseñan, como en ellos Dios, quien habla a los santos: Yo dije, dioses sois, y todos vosotros hijos del Altísimo (Sal. LXXXI, 6); e inmediatamente de los pecadores: Pero vosotros moriréis como hombres, y caeréis como uno de los príncipes. Cuando, pues, Pablo habla y Pedro, quienes no mueren como hombres ni caen como uno de los príncipes, es manifiesto que son dioses. Pero quienes son dioses, transmiten el Evangelio de Dios, y no del hombre. Marción y Basilides y las demás plagas de los herejes, no tienen el Evangelio de Dios; porque no tienen el Espíritu Santo, sin el cual el Evangelio que se enseña se convierte en humano. Ni pensemos que el Evangelio está en las palabras de las Escrituras, sino en el sentido: no en la superficie, sino en la médula; no en las hojas de los discursos, sino en la raíz de la razón. Se dice en el profeta de Dios: Sus palabras son buenas con él (Miqueas II, 7). Entonces la Escritura es útil para los oyentes, cuando no se dice sin Cristo, cuando no se pronuncia sin el Padre, cuando sin el Espíritu no la insinúa aquel que predica. De lo contrario, también el diablo que habla de las Escrituras, y todas las herejías según Ezequiel (Cap. XIII) de allí se cosen almohadillas, que ponen bajo el codo de toda edad. Yo mismo que hablo, si tengo a Cristo en mí, no tengo el Evangelio del hombre; si soy pecador, se me dice: Al pecador dijo Dios: ¿Por qué tú narras mis justicias: y tomas en tus labios mi Testamento? Pero tú odiaste la disciplina, y arrojaste mis palabras detrás de ti (Sal. XLIX, 16, 17), y las demás que siguen. Es un gran peligro hablar en la Iglesia, no sea que por una interpretación perversa, del Evangelio de Cristo, se haga el Evangelio del hombre: o lo que es peor, del diablo. Entre recibir y aprender, hay esta diferencia, que aquel recibe el Evangelio, a quien primero se le insinúa, y se le lleva a la fe de que crea que son vuestras las cosas que están escritas. Aprende, sin embargo, aquel que conoce explicadas y disertadas las cosas que en él están figuradas por enigmas y parábolas: y conoce, no por revelación de un hombre sino de Cristo, quien reveló a Pablo, o por Pablo, en quien habla Cristo. También la misma palabra ἀποκαλύψεως, es decir, revelación, es propiamente de las Escrituras, y no usada por ninguno de los sabios del siglo entre los griegos. Por lo cual me parece que así como en otras palabras, que los intérpretes de los Setenta tradujeron del hebreo al griego, así también en esto se esforzaron mucho, para expresar la propiedad del idioma extranjero, creando nuevas palabras para nuevas cosas: y que suena, cuando algo cubierto y velado, quitado el velo de encima, se muestra y se saca a la luz. Para que esto sea más claro, tomad un ejemplo. Moisés hablaba con Dios con rostro descubierto y abierto (Éxodo XXXIII, XXXIV), es decir, sin velo: pero hablando al pueblo, porque no podían mirar su rostro, ponía un velo en su cara (Números IV). También ante el Arca del Testamento había un velo extendido: que cuando era retirado, se mostraban las cosas que antes estaban ocultas: y para usar la misma palabra, se revelaban. Si, pues, aquellos que están acostumbrados a leer a los elocuentes del siglo, comienzan a burlarse de nosotros por la novedad y vileza del lenguaje, enviémoslos a los libros de Cicerón, que están titulados sobre cuestiones de filosofía; y vean, cuánta necesidad le obligó, a proferir tales portentos de palabras, que nunca el oído de un hombre latino había escuchado: y esto cuando traducía del griego, que es una lengua cercana, a la nuestra. ¿Qué sufren aquellos, que intentan expresar las propiedades de las dificultades hebreas? y sin embargo, son mucho menos en tantos volúmenes de las Escrituras las que suenan a novedad, que las que él reunió

en una pequeña obra. Puede, además, como dijimos al principio, cuando exponíamos: Pablo apóstol no de hombres, ni por hombre: así también en el presente lugar oblicuamente entenderse en Pedro, y en los demás predecesores suyos: que no se mueve por la Ley y la autoridad de nadie, quien tiene a Cristo solo como maestro del Evangelio. Por lo demás, significa aquella revelación, cuando yendo a Damasco, mereció escuchar la voz de Cristo en el camino: y con los ojos cegados, contempló la verdadera luz del mundo.

(Vers. 13.) Porque habéis oído acerca de mi conducta en otro tiempo en el judaísmo: que perseguía en extremo a la Iglesia de Dios y la devastaba; y progresaba en el judaísmo más que muchos de mis contemporáneos en mi nación, siendo extremadamente celoso de las tradiciones de mis padres. Esta narración es de gran provecho para los Gálatas, mostrando cómo Pablo, quien fue en otro tiempo un devastador de la Iglesia y un defensor acérrimo del judaísmo, se convirtió repentinamente a la fe de Cristo. Y esto en el tiempo en que el crucificado comenzaba a ser anunciado en el mundo; cuando la nueva doctrina era rechazada tanto por los gentiles como por los judíos en todos los confines del orbe. Podían decir: Si aquel que desde joven fue instruido en las disciplinas de los fariseos, quien superaba a todos sus contemporáneos en la tradición judía, ahora defiende la Iglesia que antes perseguía con gran fuerza; y prefiere la gracia y novedad de Cristo, aunque con la envidia de todos, antes que la antigüedad de la Ley con la alabanza de muchos: ¿qué debemos hacer nosotros, que comenzamos a ser cristianos desde el paganismo? Hermosamente añadió: Perseguía en extremo a la Iglesia de Dios, para que también de aquí naciera admiración, que no cualquiera de los que perseguían levemente a la Iglesia, sino aquel que superaba a los demás en la persecución, se convirtiera a la fe. Y prudentemente, mientras narra otra cosa, inserta que no servía tanto a la Ley de Dios, sino a las tradiciones de sus padres, es decir, de los fariseos; quienes enseñan doctrinas y mandamientos de hombres (Mat. XV; Mar. VII); y rechazan la Ley de Dios para establecer sus tradiciones. Qué hermosa observación y peso de las palabras: Habéis oído, dice, mi conducta en otro tiempo en el judaísmo, conducta, no gracia: en otro tiempo, no ahora: en el judaísmo, no en la ley de Dios. Porque perseguía en extremo a la Iglesia de Dios; y la devastaba. No perseguía como los demás, sino en extremo. Ni siquiera una persecución vehemente le bastaba: sino que, como un asaltante y ladrón, devastaba la Iglesia. Ni dice, Iglesia de Cristo, como entonces pensaba [o se pensaba]: a quien tenía en desprecio, a quien perseguía: sino como ahora cree, Iglesia de Dios: significando que Cristo mismo es Dios, o que la Iglesia es del mismo Dios que fue el dador de la Ley. Y progresaba, dice, en el judaísmo más que muchos de mis contemporáneos en mi nación: siendo extremadamente celoso de las tradiciones de mis padres. Nuevamente llama progreso no a la Ley de Dios, sino al judaísmo. Ni sobre todos, sino sobre muchos, ni sobre los ancianos, sino sobre los contemporáneos, para referir su estudio a la Ley y evitar la jactancia. Al mencionar las tradiciones de sus padres, no los mandamientos del Señor, indicó ser fariseo de fariseos, y tener celo de Dios, pero no según conocimiento. Hasta hoy, aquellos que entienden las Escrituras con sentido judío, persiguen la Iglesia de Cristo y la devastan, no por el estudio de la Ley de Dios, sino corrompidos por las tradiciones de los hombres.

(Vers. 15.) Pero cuando agradó a aquel que me apartó desde el vientre de mi madre, y me llamó por su gracia, para revelar a su Hijo en mí, para que lo predicara entre los gentiles. No solo en este lugar, sino también a los Romanos, Pablo escribe que fue apartado para el Evangelio de Dios. Y Jeremías, antes de ser formado en el vientre, y concebido en el seno de su madre, se dice que fue conocido y santificado por Dios (Jer. I). Y de la persona del justo, o como algunos piensan, del Salvador, se dice (Sal. XXI, 11): En ti fui echado desde el vientre: desde el seno de mi madre, tú eres mi Dios. En cambio, de los pecadores, David canta: He aquí, en iniquidades fui concebido, y en pecados me concibió mi madre (Sal. L, 7). Y en otro

lugar: Se apartaron los pecadores desde el vientre (Sal. LVII, 4). Y en ambos casos, antes de que los pequeños nacieran: Dios amó a Jacob, pero a Esaú aborreció (Mal. I, 1, 2). Los herejes encuentran lugar aquí, quienes pretenden que hay diferentes naturalezas, a saber, espiritual y animal, y otra que se salva, otra que perece, otra que se encuentra entre ambas, lo cual nunca sería que un justo fuera elegido antes de hacer algo bueno, o un pecador odiado antes del delito, si no hubiera una naturaleza diferente de los que perecen y los que se salvan. A lo cual se puede responder simplemente, que esto sucede por la presciencia de Dios, que a quien sabe que será justo, lo ama antes de que nazca del vientre: y a quien será pecador, lo odia antes de que peque: no porque haya iniquidad en el amor y el odio de Dios; sino porque no debe tenerlos de otra manera, sabiendo que serán pecadores o justos: nosotros, como hombres, solo juzgamos de lo presente, él, para quien el futuro ya es hecho, juzga del fin de las cosas, no de los comienzos. Y estas cosas han sido dichas de manera simple: y sin una disertación más profunda pueden de alguna manera agradar al lector. Sin embargo, aquellos que intentan afirmar que Dios es injusto, después de lo que antes mencionamos, se apartaron los pecadores desde el vientre, también añaden lo que sigue: Erraron desde el vientre, hablaron mentiras. Y dicen, ¿cómo erraron los pecadores desde el vientre, y hablaron mentiras, quienes ni siquiera podían hablar, ni tener sentido? ¿O cuál es esa justicia de la presciencia de Dios, amar a uno y protegerlo antes de que nazca, y detestar a otro? Y refieren las causas de esto a la vida anterior, que cada uno, según su mérito, desde el primer nacimiento es asignado a ángeles buenos o malos. Y todo ese pasaje de Jacob y Esaú, del cual ahora hemos hecho mención, lo discuten como está escrito a los Romanos (Rom. IX), de modo que no sin esfuerzo y con el elaboración de Crisipo se les puede responder. No es lo mismo, para revelar a su Hijo en mí, que si dijera, para revelar a su Hijo a mí. Porque a quien se le revela algo, se le puede revelar lo que antes no estaba en él. Pero en quien se revela, se revela lo que ya estaba en él, y después fue revelado. Es similar a lo que está en el Evangelio: En medio de vosotros está, a quien no conocéis (Juan I, 26). Y en otro lugar: Era la luz verdadera, que alumbra a todo hombre que viene al mundo (Ibid., 9). De lo cual se hace evidente que la naturaleza de Dios está en todos, y que nadie nace sin Cristo, y no tiene en sí las semillas de la sabiduría, la justicia y las demás virtudes. Por lo cual muchos, sin la fe y el Evangelio de Cristo, hacen algunas cosas sabiamente o santamente, como obedecer a los padres, tender la mano al necesitado, no oprimir a los vecinos, no robar lo ajeno: y se hacen más sujetos al juicio de Dios, porque teniendo en sí los principios de las virtudes y las semillas de Dios, no creen en aquel sin el cual no pueden existir. También puede entenderse de otra manera que en Pablo fue revelado el Hijo de Dios: que, al predicar él, fue conocido por los gentiles, a quien antes no conocían.

(Vers. 16). Inmediatamente no consulté con carne y sangre. O como mejor se dice en griego: No conferí con carne y sangre. Sé que muchos piensan que esto se dijo de los apóstoles. Pues Porfirio objeta que después de la revelación de Cristo no se dignó ir a los hombres y conferenciar con ellos: para que después de la doctrina de Dios, no fuera instruido por carne y sangre. Pero lejos de mí pensar que Pedro, Juan y Santiago sean carne y sangre; que no pueden heredar el reino de Dios (I Cor. I). Si los apóstoles espirituales son carne y sangre, ¿qué pensamos de los terrenales? Pablo ciertamente no conferenció después de la revelación de Cristo con carne y sangre, porque no quiso echar perlas a los cerdos, ni dar lo santo a los perros (Mat. VII). Mira lo que está escrito de los pecadores: No permanecerá mi espíritu en estos hombres, porque son carne (Gén. VI, 3). Con tales que eran carne y sangre, que no revelaron a Pedro el Hijo de Dios (Mat. XVI), el Apóstol no conferenció el Evangelio que le fue revelado, sino que poco a poco los convirtió de carne y sangre en espíritu: y entonces les confió los secretos del Evangelio. Alguien podría decir: Si inmediatamente no conferenció con carne y sangre el Evangelio, sin embargo, se sobreentiende que después conferenció con

carne y sangre: y este sentido, por el cual se excusan los apóstoles de no ser carne y sangre, no podrá sostenerse: mientras que, no obstante, quien al principio no conferenció con carne y sangre, después, como dije, conferenció con carne y sangre. Esta preposición nos obliga a distinguir de tal manera, que no unamos inmediatamente o al instante con carne y sangre; sino que lo hagamos adherir a lo anterior, y se lea: Pero cuando agradó a aquel que me apartó desde el vientre de mi madre. Y luego: Para revelar a su Hijo en mí. Y al final: Para que lo predicara entre los gentiles inmediatamente: para que comience desde su propio principio: No conferí con carne y sangre; y más bien se debe pensar que el sentido es así: porque quien fue enviado inmediatamente, después de la revelación de Cristo, a anunciar el Evangelio a los gentiles, no se detuvo: ni prolongó el tiempo yendo a los apóstoles, y conferenciando la revelación del Señor con los hombres: sino que fue a Arabia, y regresó a Damasco, y después de tres años predicó el Evangelio: y entonces, viniendo a Jerusalén, vio a Pedro, Juan y Santiago.

(Vers. 17.) Ni subí a Jerusalén a los apóstoles que fueron antes que yo. Si de los apóstoles había dicho, no conferí con carne y sangre, ¿qué necesidad había de repetir lo mismo diciendo: Ni subí a Jerusalén a los apóstoles que fueron antes que yo? Por lo tanto, se debe mantener el sentido que expusimos antes.

Sino que fui a Arabia, y volví de nuevo a Damasco. No parece concordar el orden de la historia, refiriendo Lucas en los Hechos de los apóstoles (Hech. IX), que cuando Pablo, después de la fe en Cristo, predicaba audazmente el Evangelio en Damasco por muchos días, se le hicieron insidias, y fue bajado de noche en una canasta por el muro, y vino a Jerusalén intentando unirse a los discípulos. De quienes, al ser evitado y temeroso de acercarse a ellos, fue llevado por Bernabé a los apóstoles: y allí narró cómo había visto al Señor en el camino, y había actuado con confianza en el nombre del Señor [Al. añade Jesús]. Estaba, dice, con ellos, entrando y saliendo en Jerusalén, actuando con confianza [Al. actuando] en el nombre del Señor. También hablaba y disputaba con los griegos: pero ellos buscaban matarlo. Cuando los hermanos lo supieron, lo llevaron a Cesarea, y lo enviaron a Tarso (Hech. XXVIII). Pero aquí dice que primero fue a Arabia; y de nuevo regresó a Damasco, y después de tres años vino a Jerusalén, vio a Pedro, y permaneció con él quince días, y no vio a otro sino a Santiago, el hermano del Señor. Para que estas cosas sean creídas como verdaderas (pues podían parecer dudosas a los ausentes), las confirma bajo testimonio, diciendo: Lo que os escribo, he aquí delante de Dios que no miento. Podemos, por lo tanto, estimar que Pablo, según la historia de Lucas, fue a Jerusalén, no como a los apóstoles que fueron antes que él, para aprender algo de ellos: sino para evitar el ímpetu de la persecución que se había levantado contra él en Damasco por el Evangelio de Cristo: y así vino a Jerusalén como a cualquier otra ciudad. De allí, inmediatamente se retiró por las insidias, y fue a Arabia, o Damasco: y de allí, después de tres años, regresó a Jerusalén para ver a Pedro. O ciertamente así: Inmediatamente después de ser bautizado, y fortalecido al recibir alimento, estuvo con los discípulos que estaban en Damasco por algunos días: y asombrando a todos en las sinagogas de los judíos, predicó inmediatamente que Jesús era el Hijo de Dios; y entonces fue a Arabia, y de Arabia regresó a Damasco, y allí pasó tres años: los cuales la Escritura testifica como muchos días, diciendo: Cuando se cumplieron muchos días, los judíos hicieron un plan para matarlo (Hech. IX, 23). Pero las insidias de ellos fueron conocidas por Saulo: y vigilaban las puertas día y noche, para matarlo. Entonces los discípulos lo tomaron de noche, y lo bajaron por el muro, bajándolo en una canasta. Cuando llegó a Jerusalén, intentaba unirse a los discípulos. Pero Lucas omitió Arabia, porque quizás no había hecho nada digno del apostolado en Arabia: y más bien dijo con una narración concisa lo que parecía digno del Evangelio de Cristo. Ni esto debe atribuirse a la negligencia del Apóstol, si estuvo en vano en

Arabia [Al. permaneció]: sino que hubo alguna dispensación y mandato de Dios para que callara. Pues también leemos después que Pablo, al salir con Silas, fue prohibido por el Espíritu Santo de hablar la palabra en Asia (Hech. XVI). De otra manera: Pero fui a Arabia; y volví de nuevo a Damasco. ¿De qué me sirve esta narración, si leo que Pablo, después de la revelación de Cristo, fue inmediatamente a Arabia; y de Arabia regresó inmediatamente a Damasco: y no sé qué hizo allí, o qué utilidad tuvo el ir y venir? Me da ocasión de una inteligencia más profunda en esta misma Epístola el mismo Apóstol, cuando discutiendo sobre Abraham, Agar y Sara: Que estas cosas, dice, son dichas por alegoría. Porque estas son dos alianzas: una ciertamente del monte Sinaí, que engendra para esclavitud, que es Agar. Porque el monte Sinaí está en Arabia, que está unido a la que ahora es Jerusalén (Gal. IV, 24, 25). Y enseña que el Antiguo Testamento, es decir, el hijo de la esclava, está situado en Arabia (que se interpreta como humilde y occidental). Inmediatamente, pues, al creer Pablo, se volvió a la Ley, a los Profetas, a los sacramentos del Antiguo Testamento ya en ocaso, buscó en ellos a Cristo, a quien había sido mandado predicar entre los gentiles: y al encontrarlo, no permaneció allí más tiempo; sino que regresó a Damasco, es decir, a la sangre y pasión de Cristo: y de allí, fortalecido por la lectura profética, se dirigió a Jerusalén, lugar de visión y paz: no tanto para aprender algo de los apóstoles, sino para comparar con ellos el Evangelio que había enseñado.

(Vers. 18.) Luego, después de tres años, subí a Jerusalén para ver a Pedro. No para mirar sus ojos, mejillas y rostro, si era delgado o gordo; si tenía la nariz aguileña o recta: y si su frente estaba cubierta de cabello: o (como refiere Clemente en sus Períodos) si tenía calvicie en la cabeza. Ni creo que fuera de la gravedad apostólica, que después de tanta preparación de tres años, quisiera ver algo humano en Pedro. Sino que lo miró con esos ojos con los que ahora se le ve en sus Epístolas. Con esos ojos Pablo vio a Cefas, con los que ahora es contemplado por los prudentes. Si a alguien no le parece, que una estas cosas con el sentido anterior: que los apóstoles no le conferieron nada. Pues también que fue enviado a Jerusalén, fue para ver al apóstol, no por deseo de aprender, porque él mismo tenía el mismo autor de la predicación; sino para rendir honor al apóstol anterior.

Y permanecí con él quince días. No necesitó de una gran enseñanza quien se preparó tanto tiempo para ver a Pedro. Y aunque a algunos les parezca superfluo observar también los números que están en las Escrituras: sin embargo, no creo que sea sin razón que los quince días que Pablo habitó con Pedro, signifiquen plena ciencia y doctrina consumada. Pues hay quince cánticos en el Salterio, y quince grados por los cuales el justo asciende para cantar a Dios y permanecer en sus atrios. También Ezequías, al recibir quince años de vida, merece recibir una señal en los grados (Isa. XXXVIII): y las solemnidades de Dios comienzan el día quince (Éxodo XII). Asimismo (porque seguimos una doble inteligencia) por eso menciona quince días, para mostrar que no fue un gran tiempo en el que pudo aprender algo de Pedro; para que todo se refiera a ese sentido del que comenzó: que no fue enseñado por hombre, sino por Dios.

(Vers. 19.) Sin embargo, no vi a ningún otro de los apóstoles, sino a Santiago, el hermano del Señor. Recuerdo que cuando estaba en Roma, impulsado por los hermanos, publiqué un libro sobre la perpetua virginidad de Santa María. En él, me vi obligado a discutir extensamente sobre aquellos que son llamados hermanos del Señor. Por lo tanto, debemos estar satisfechos con lo que hemos escrito, sea lo que sea. Ahora basta con decir que, debido a sus excelentes costumbres y su incomparable fe y sabiduría, fue llamado hermano del Señor: y que fue el primero en presidir la Iglesia que, siendo la primera en creer en Cristo, se reunió de entre los judíos. También se dice que los demás apóstoles son hermanos del Señor, como en el

Evangelio: Ve, di a mis hermanos: voy a mi Padre y a vuestro Padre: y a mi Dios y a vuestro Dios (Juan XX, 17). Y en el salmo: Contaré tu nombre a mis hermanos: en medio de la Iglesia te alabaré (Sal. XXI, 22). Pero especialmente se le llama hermano a aquel a quien el Señor, yendo al Padre, encomendó los hijos de su madre. Y así como Job y los demás patriarcas fueron llamados siervos de Dios, pero Moisés tuvo algo especial, que se escribió sobre él: Pero no como Moisés, mi siervo (Hebr. III, 5): así también el bienaventurado Santiago fue llamado especialmente hermano del Señor (como dijimos antes). Pero que algunos sean llamados apóstoles, además de los doce, se debe a que todos los que vieron al Señor y luego lo predicaron fueron llamados apóstoles, como se escribe a los Corintios: Porque fue visto por Cefas, después por los once: luego fue visto por más de quinientos hermanos a la vez, de los cuales muchos permanecen hasta ahora: algunos, sin embargo, han dormido: luego fue visto por Santiago, luego por todos los apóstoles (I Cor. XV, 5 ss.). Con el tiempo, y en otros lugares, fueron ordenados apóstoles por aquellos que el Señor había elegido; como lo declara aquel discurso a los Filipenses diciendo: Consideraré necesario enviaros a Epafrodito, mi hermano, colaborador y compañero de milicia, vuestro apóstol, y ministro de mi necesidad (Filip. II, 25). Y a los Corintios se escribe sobre tales: Ya sea apóstoles de las Iglesias, para la gloria de Dios (II Cor. VIII, 23). Silas y Judas también fueron llamados apóstoles por los apóstoles. Por lo tanto, se equivocó gravemente quien pensó que este Santiago del Evangelio era el apóstol hermano de Juan: quien, según consta, después de Esteban, derramó su sangre por Cristo según la fe de los Hechos de los Apóstoles (Hechos XII). Este Santiago, sin embargo, fue el primer obispo de Jerusalén, llamado el Justo: un hombre de tal santidad y fama entre el pueblo, que competían por tocar el borde de su vestidura. Él mismo, después de ser arrojado del templo por los judíos, tuvo como sucesor a Simón, quien también se dice que fue crucificado por el Señor. Por lo tanto, niega haber encontrado a ningún otro de los apóstoles, para que no surgiera una contradicción oculta: incluso si no fuiste enseñado por Pedro, tuviste otros apóstoles como maestros. Sin embargo, no los vio: no porque los despreciara, sino porque estaban dispersos por todo el mundo para predicar el Evangelio.

(Vers. 20.) Lo que os escribo: he aquí, delante de Dios, que no miento. Ya sea que se tome simplemente, como: Lo que os escribo, es verdad, y lo confirmo con Dios como testigo, porque no está adornado con artificios de palabras, ni está teñido de mentira. O más profundamente, para que se lea: Lo que os escribo, está delante de Dios, es decir, digno de la vista de Dios. ¿Y por qué digno de la vista de Dios? Porque, ciertamente, no miento. Y así como los ojos del Señor están sobre los justos (Sal. XXXIII); pero aparta su rostro de la vista de los impíos: así ahora lo que se escribe, está delante del Señor, no mintiendo yo que escribo: lo cual no estaría delante del Señor, si mintiera. Esto no solo puede aplicarse a lo que ahora escribe a los Gálatas, sino también en general a todas sus Epístolas: porque no son falsas las cosas que escribe y su corazón y sus palabras no discrepan.

(Vers. 21.) Luego fui a las regiones de Siria y Cilicia. Después de la visión de Jerusalén, fue a Siria, que con nosotros se dice excelsa y sublime. Y de allí pasó a Cilicia, que deseaba asumir en la fe de Cristo, evangelizándole la llamada al arrepentimiento: Cilicia, de hecho, se interpreta como asumidos, o llamada lamentable.

(Vers. 22-24.) Pero era desconocido de rostro para las Iglesias de Judea, que estaban en Cristo Jesús. Solo tenían oído: que el que antes nos perseguía, ahora evangeliza la fe que una vez combatía: y en mí glorificaban a Dios. Las Iglesias que estaban en Judea, conocían a Pablo solo de oídas. De las cuales muchas lo habían visto más como perseguidor que como apóstol. Siria y las partes de Cilicia, Arabia y Damasco, quizás lo conocían también de rostro: porque el Doctor de los gentiles predicaba el Evangelio de Cristo no a los judíos, sino a los

gentiles. Todo lo que hace, es para enseñar que nunca pudo haber sido glorioso entre aquellos mismos a quienes antes había perseguido, a menos que su predicación también hubiera sido aprobada por el juicio de aquellos que antes conocían su maldad. Y vuelve ocultamente a su propósito, confirmando que pasó tan poco tiempo en Judea que incluso era desconocido de rostro para los creyentes. De lo cual muestra que no tuvo a Pedro, ni a Santiago, ni a Juan como maestros, sino a Cristo, quien le reveló el Evangelio. Al mismo tiempo, se debe notar que arriba se dice que combatía a la Iglesia, aquí la fe: allí a los hombres, aquí a la cosa; para que ahora se infiera más oportunamente: Evangeliza la fe que una vez combatía. Porque de la Iglesia no podían sonar de manera similar.

(Cap. II.---Vers. 1, 2.) Luego, después de catorce años, subí de nuevo a Jerusalén, con Bernabé, llevando también a Tito. Pero subí según una revelación: y conferí con ellos el Evangelio que predico entre los gentiles: pero en privado a los que parecían ser algo, no sea que corriera o hubiera corrido en vano. Lo que el intérprete latino antes había dicho, accedí, en el lugar donde está escrito: Inmediatamente no accedí a carne y sangre, en el presente lugar, conferí, lo interpretó más que accedí. Y para decirlo más verdaderamente, el término griego ἀνεθέμην significa algo diferente de lo que entendemos, cuando, a saber, lo que sabemos, lo conferimos con un amigo; y como si lo depositáramos en su seno y conciencia, para que con consejo mutuo sean aprobadas o desaprobadas las cosas que sabemos. Subió, pues, después de catorce años a Jerusalén, y quien antes había ido solo para ver a Pedro, y había permanecido con él quince días, ahora dice que fue para conferir con los apóstoles el Evangelio; llevando a Bernabé circuncidado, y a Tito de entre los gentiles con prepucio: para que bajo la boca de dos o tres testigos, toda palabra se mantuviera (Deut. XIX, 15). Pero es diferente conferir que aprender. Entre los que confieren hay igualdad; entre el que enseña y el que aprende, es menor el que aprende. Al principio de la fe, en el tránsito vio a los apóstoles. Después de diecisiete años (como él mismo dice), habla plenamente con ellos, y se humilla: y para que no corriera en vano o hubiera corrido, indaga. Por dos razones, para que se mostrara la humildad de Pablo, quien siendo ya doctor de los gentiles en todo el mundo, corrió hacia los apóstoles predecesores: y para que los Gálatas aprendieran que no habían rechazado su Evangelio, aquellos que presidían las Iglesias en Judea. Al mismo tiempo, también enseña que por la fe de Cristo y la libertad del Evangelio, se atrevió a llevar a Tito, un hombre incircunciso, ante aquellos mismos que sabían más de él, que infringía la Ley, destruía a Moisés, eliminaba completamente la circuncisión. Y entre tanta multitud de judíos y sus enemigos, que por celo de la Ley deseaban beber su sangre, ni él ni Tito fueron superados por algún terror para ceder a la necesidad. Lo cual podría haber tenido excusa, ya sea por el lugar, o por la autoridad de los mayores, o por el número de Iglesias que creían en Cristo de entre los judíos, o por el tiempo, para no soportar tanta envidia de una vez. Algunos dicen que después de catorce años subió a Jerusalén cuando en los Hechos de los Apóstoles surgió la disensión entre los creyentes de Antioquía sobre las cuestiones de observar o dejar de lado la Ley; y se decidió ir a Jerusalén, y esperar la sentencia de los mayores, cuando también Pablo y Bernabé fueron enviados: y que esto es lo que se lee en los códigos latinos: A quienes por un momento cedimos en sujeción, para que la verdad del Evangelio permaneciera con vosotros. Que, ciertamente, Pablo y Bernabé por una cosa manifiesta, como si fuera dudosa, se dejaron enviar a Jerusalén: para que también por el juicio de los mayores se confirmara la gracia del Evangelio, y se probara a los creyentes, y no quedara más duda sobre la circuncisión omitida: cuando por carta de los apóstoles se ordenó que el yugo de la Ley fuera quitado de aquellos que creían en Cristo de entre los gentiles. Pero esto que dice: Conferí con ellos el Evangelio que predico entre los gentiles: pero en privado a los que parecían ser algo: no sea que corriera o hubiera corrido en vano, también puede entenderse así, que en secreto conferenció con los apóstoles sobre la gracia de la libertad evangélica, y la antigüedad de la

Ley abolida, debido a la multitud de judíos creyentes, que aún no podían escuchar que Cristo era el cumplimiento y fin de la Ley, quienes incluso en ausencia de Pablo, en Jerusalén habían proclamado, en vano corría o había corrido, quien pensaba que la Ley antigua no debía seguirse. No porque Pablo temiera que durante diecisiete años hubiera predicado un Evangelio falso entre los gentiles; sino para mostrar a sus predecesores que no corría o había corrido en vano, como pensaban los ignorantes.

(Vers. 3-5.) Pero ni siquiera Tito, que estaba conmigo, siendo de los gentiles, fue obligado a circuncidarse. Sin embargo, debido a los falsos hermanos introducidos secretamente, que se infiltraron para espiar nuestra libertad que tenemos en Cristo Jesús, para someternos a esclavitud: a quienes ni por un momento cedimos en sujeción, para que la verdad del Evangelio permaneciera con vosotros. Si Tito, siendo de los gentiles, no pudo ser obligado por ningún terror a circuncidarse en Jerusalén, en la ciudad metropolitana de los judíos, donde tanto ardía la envidia contra Pablo por blasfemar contra Moisés: que después casi fue asesinado por los judíos, cuando fue liberado por el tribuno, y enviado a Roma encadenado a César: ¿cómo algunos piensan que debe leerse, a quienes por un momento cedimos en sujeción, para que la verdad del Evangelio permanezca con vosotros, y entender que Tito mismo, que antes no pudo ser obligado a la circuncisión, fue nuevamente circuncidado y sometido? O, ¿cuál es esa verdad del Evangelio, ceder a la hipocresía de los judíos; y observar lo que antes considerabas basura, y despreciabas como pérdida, y estimar que es algo, cuando no lo es? Pero también contradice mucho al sentido de la misma Epístola, llamar a los Gálatas a la circuncisión. Todo el texto de su discurso trata de enseñar que él, hebreo de hebreos, que antes guardaba todas las obras de la Ley, circuncidado al octavo día según la Ley de los fariseos: sin embargo, por la gracia de Cristo desprecia todas las cosas. Pues cuando fue a Jerusalén, y los falsos hermanos que habían creído de la circuncisión querían obligarlo a circuncidar a Tito: ni Tito ni él cedieron a la violencia, para no guardar la verdad del Evangelio. Si dice que fue superado por la necesidad de circuncidar a Tito: ¿cómo llama a los Gálatas de la circuncisión, de la cual ni siquiera pudo excusar a Tito, que estaba con él de entre los gentiles, en Jerusalén? Por lo tanto, o según los códigos griegos debe leerse, A quienes ni por un momento cedimos en sujeción; para que pueda entenderse consecuentemente: para que la verdad del Evangelio permanezca con vosotros. O si a alguien le agrada la fe del ejemplar latino, debemos entenderlo según el sentido anterior: que la cesión por un momento no fue de no circuncidar a Tito, sino de ir a Jerusalén. A lo cual, ciertamente, Pablo y Bernabé cedieron en sujeción de ir a Jerusalén, por la sedición sobre la Ley suscitada en Antioquía: para que por la Epístola de los apóstoles, su sentencia se confirmara, y permaneciera con los Gálatas la verdad del Evangelio, que no estaría en la letra, sino en el espíritu; no en el sentido carnal, sino en la inteligencia espiritual; ni en el judaísmo manifiesto, sino en el oculto. Sin embargo, se debe saber que, sin embargo, la conjunción que se pone en el presente lugar: Sin embargo, debido a los falsos hermanos introducidos secretamente, es superflua: y si se lee, no tiene lo que le responda, ni lo concluye; sino que es el orden de la lectura y el sentido: Pero ni siquiera Tito, que estaba conmigo, siendo de los gentiles, fue obligado a circuncidarse. E inmediatamente añade cuál fue la causa para que fuera obligado a la circuncisión contra su voluntad: Debido a los falsos hermanos, dice, que se infiltraron para espiar nuestra libertad que tenemos en Cristo Jesús, para someternos a esclavitud. Quienes, con amenazas, nos aterrorizaban, y querían con su multitud trasladarnos de la libertad de Cristo a la esclavitud de la Ley, ni por un momento les cedimos, para que circuncidáramos a Tito: especialmente cuando alguna necesidad por la paz eclesiástica podría habernos excusado: y todo esto lo hicimos, para que no se os diera ninguna ocasión de apartaros de la gracia del Evangelio. Si, pues, nosotros en Jerusalén entre tantos judíos, con falsos hermanos acechando por todas partes, y con aquellos que eran mayores cohibiéndonos

en alguna medida, no pudimos ser obligados por ninguna fuerza o razón a observar la circuncisión que sabíamos que estaba terminada: vosotros de entre los gentiles, vosotros en Galacia, vosotros a quienes no se os puede imponer ninguna fuerza, voluntariamente apartándoos de la gracia, habéis pasado a la antigüedad de la Ley ya abolida.

(Vers. 6.) Pero de aquellos que parecían ser algo, cualesquiera que hayan sido en algún momento, nada me importa: Dios no hace acepción de personas. Aunque, dice, Pedro y Juan fueron apóstoles con el Señor, y lo vieron transfigurado en el monte (Mat. XII; Marc. IX), y sobre ellos está puesto el fundamento de la Iglesia: sin embargo, para mí no importa, porque no hablo contra ellos que en ese tiempo seguían al Señor, sino que hablo contra aquellos que ahora anteponen la ley a la gracia: ni deshonro a los predecesores, ni en alguna parte acuso a los mayores, sino que digo esto, porque Dios no hace acepción de personas. No la hizo con Moisés, no la hizo con David, no la hizo con otros: por lo tanto, tampoco la hará con aquellos que parecen ceder en algunas cosas por un tiempo, aunque ellos mismos sientan lo mismo que yo, diciendo también Pedro: En verdad reconozco que Dios no hace acepción de personas: sino que en todo lugar el que le teme y obra justicia es aceptable a él (Hechos X, 34, 35). Por lo tanto, el mismo argumento que el santo apóstol Pedro usa contra aquellos que se escandalizaban de que Cornelio, de entre los gentiles, fuera bautizado sin circuncisión, y los apacigua diciendo que no pudo negar el agua a aquellos que recibieron el Espíritu Santo: el mismo ahora el santo apóstol Pablo lo usa contra el mismo Pedro, que Dios no hace acepción de personas, sino que juzga a cada uno por la verdad. Y así, cauta y gradualmente, entre la alabanza y la reprensión de Pedro, avanza en medio, para que tanto defiera al apóstol predecesor, como audazmente le resista en la cara, compelido por la verdad.

Porque a mí, los que parecían ser algo, nada me añadieron. Él mismo anteriormente conferenció con ellos, y les refirió muchas cosas que realizaba entre los gentiles: ellos no le añadieron nada, sino que solo aprobaron lo que él dijo, le dieron la mano de compañerismo, y confirmaron su Evangelio y el de ellos como uno. Nuevamente, se debe notar que añadieron, es el mismo verbo en griego, sobre el cual tratamos antes.

(Vers. 7, 8.) Pero al contrario, cuando vieron que se me había confiado el Evangelio de la incircuncisión, así como a Pedro el de la circuncisión. Porque el que obró en Pedro para el apostolado de la circuncisión, obró también en mí entre los gentiles. Y cuando reconocieron la gracia que se me había dado, Pedro, Santiago y Juan, que parecían ser columnas, nos dieron a mí y a Bernabé la diestra en señal de comunión: para que nosotros fuéramos a los gentiles; y ellos a la circuncisión. Es un hipérbaton, y eliminando muchas de las cosas interpuestas, se puede leer brevemente así: Porque los que parecían ser algo no me añadieron nada: sino que, al contrario, nos dieron a mí y a Bernabé la diestra en señal de comunión. O ciertamente, sin jactarse de sí mismo, el sentido es oculto: Los que parecían ser algo no me añadieron nada; sino que, al contrario, se les añadió de mí, haciéndose más firmes en la gracia del Evangelio. Todo lo que dice es esto: uno y el mismo Evangelio de la incircuncisión me fue confiado a mí, y a Pedro el de la circuncisión. Me envió a los gentiles, lo puso a él en Judea. Ni los gentiles, ya en edad adulta, podían ser atormentados por el dolor de la circuncisión que no les sería útil, y abstenerse de los alimentos a los que siempre habían estado acostumbrados, y que Dios había creado para ser usados: ni aquellos que habían creído de entre los judíos y estaban circuncidados, y por costumbre como una segunda naturaleza, pensaban que tenían más que las otras naciones, podían fácilmente despreciar aquello en lo que se gloriaban. Por la providencia de Dios, se dio un apóstol a los circuncisos, que parecía aquiescer a las sombras de la Ley, y otro a los de la incircuncisión, que no consideraba la gracia del Evangelio como servidumbre, sino como fe libre. Para que no naciera un

impedimento para la fe bajo alguna ocasión: y por la circuncisión o la incircuncisión, no se creyera en Cristo. No decimos esto porque Pedro, quien también en los Hechos de los Apóstoles testificó que ningún hombre es común (Hechos X), y en aquel lienzo que vio descender del cielo con cuatro puntas, se le enseñó que no hay diferencia, si alguien es judío o gentil, como si hubiera olvidado lo anterior, sobre la gracia del Evangelio, pensara que la Ley debía ser observada: sino para que él mismo, simulando guardar la Ley, poco a poco condujera a los judíos de su antiguo modo de vida. No podían despreciar de repente tanto trabajo de observancia, y la conversación cautelosa de la vida antigua, como si fueran desechos y pérdidas. De lo cual entendemos que se dieron las diestras a Pablo y Bernabé en señal de comunión, por parte de Pedro, Santiago y Juan: para que no se pensara que el Evangelio de Cristo era diverso por la observancia variada; sino que hubiera una comunión tanto de los circuncisos como de los que tenían incircuncisión. Hermosamente predispuso, diciendo: Porque el que obró en Pedro para el apostolado de la circuncisión: para que nadie pensara que le quitaba mérito a Pedro, sino que, al alabarlo antes, se entendiera que Pedro aceptaba la circuncisión en parte, para ganar a aquellos que le habían sido confiados de entre los judíos, y los mantuviera en la fe y el Evangelio de Cristo. También se sobreentiende que si él lo hacía sin culpa, y observando por un tiempo lo que no es lícito, para no perder a los que le habían sido confiados, él más bien debía hacer por la verdad del Evangelio lo que le había sido confiado en la incircuncisión, para que los gentiles, disuadidos por la carga y dificultad de la Ley, no se apartaran de la fe y la credulidad en Cristo. Surge aquí una cuestión oculta: ¿Qué, entonces? ¿Pedro, si encontraba a alguien de entre los gentiles, no los llevaba a la fe? ¿O Pablo, si encontraba a algunos de la circuncisión, no los provocaba al bautismo de Cristo? Esto se resuelve diciendo que el mandato principal para cada uno era hacia los judíos y los gentiles, para que quienes defendían la Ley tuvieran a quien seguir; y quienes preferían la gracia a la Ley, no les faltara un maestro y guía. En común, tenían el propósito de congregar a la Iglesia de Cristo de entre todas las naciones. Leemos que también el santo Pedro bautizó al gentil Cornelio, y que Pablo predicó a Cristo muy a menudo en las sinagogas de los judíos. Pedro, Juan y Santiago, que parecían ser columnas (Hechos X, XIII, XVII). Tres veces leemos sobre los apóstoles: Separadamente a los que parecían. Y: De los que parecían ser algo. Y: Porque los que parecían ser algo no me añadieron nada. Así que, preocupado, buscaba qué significaba lo que decía, los que parecían: pero ahora me ha liberado de toda duda, añadiendo, los que parecían ser columnas. Por lo tanto, los apóstoles son columnas de la Iglesia, y especialmente Pedro, Santiago y Juan, de los cuales dos merecieron subir con el Señor al monte, uno de los cuales en el Apocalipsis introduce al Salvador hablando: Al que venciere, lo haré columna en el templo de mi Dios (Apoc. III, 12), enseñando que todos los creyentes que vencen al adversario pueden convertirse en columnas de la Iglesia. Pablo, escribiendo a Timoteo, dice: Para que sepas cómo debes comportarte en la casa de Dios, que es la Iglesia del Dios vivo, columna y baluarte de la verdad (I Tim. II, 15). Con esto y otras cosas se nos instruye que tanto los apóstoles como todos los creyentes, así como la misma Iglesia, son llamados columna en las Escrituras, y no hay diferencia en lo que se dice del cuerpo o de los miembros, ya que el cuerpo se divide en miembros, y los miembros son del cuerpo. Así que Pedro, Santiago y Juan, que parecían ser columnas, dieron las diestras a Pablo y Bernabé en señal de comunión; pero a Tito, que estaba con ellos, no le dieron las diestras. Pues aún no había llegado a esa medida, para que los bienes de Cristo pudieran confiarse a él en igualdad con los mayores, y ocupar el mismo lugar de negociación que ocupaban Bernabé y Pablo.

(Vers. 10.) Solo que nos acordáramos de los pobres, lo cual también procuré hacer con diligencia. Los santos pobres, cuya atención se encomienda especialmente a los apóstoles Pablo y Bernabé, son aquellos que, creyendo de entre los judíos, llevaban el precio de sus

posiciones a los pies de los apóstoles para ser distribuidos a los necesitados, o porque sus compatriotas, parientes y padres, como desertores de la Ley y creyentes en un hombre crucificado, los consideraban una abominación y un pecado. En el ministerio de estos, el santo apóstol Pablo trabajó con gran esfuerzo, como lo atestiguan sus Epístolas, escribiendo a los Corintios y a los Tesalonicenses, a todas las Iglesias de los gentiles, para que prepararan este don por sí mismos o por otros que les agradaran, para ser llevado a Jerusalén. Por lo cual ahora dice con confianza, que también procuré hacer esto mismo con diligencia. Pero también pueden entenderse los pobres de otro tipo, de los cuales se dice en el Evangelio: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos (Mat. V, 3). Tales merecen estar en la memoria de los apóstoles. Y también aquellos pobres, de los cuales se escribe en Salomón: La redención del alma del hombre son sus propias riquezas (Prov. XIII, 8). El pobre no soporta la amenaza. Pues no puede escuchar el terror de las penas futuras, pobre en fe, pobre en gracia, no teniendo riquezas espirituales, ni el conocimiento de las Escrituras, que se comparan con el oro y la plata, y la piedra preciosa. Porque no necesitan médico los sanos, sino los que están mal, por eso también conviene a los apóstoles en la comunicación de las diestras, que no desprecien a los pobres, que no desprecien a los pecadores; sino que siempre los recuerden, como Pablo recordó a aquel corintio, a quien en la primera Epístola había entristecido por un tiempo, para que, sufriendo en el cuerpo por la penitencia, el espíritu se salvara (I Cor. V): en la segunda, para que no fuera absorbido por una mayor tristeza, lo llama de nuevo a la Iglesia. Y pide a todos que confirmen en él el amor, y perdonen al hermano como él ha perdonado a cada uno de ellos en la presencia de Cristo, cumpliendo el pacto que había hecho en Jerusalén, de recordar siempre a los pobres.

(Vers. 11 seq.) Pero cuando Pedro vino a Antioquía, le resistí en la cara: porque era reprehensible. Pues antes que vinieran algunos de Santiago, comía con los gentiles. Pero cuando vinieron, se retraía y se apartaba, temiendo a los de la circuncisión, y a su simulación consintieron también los otros judíos: de tal manera que incluso Bernabé fue llevado por ellos en aquella simulación. Por el hecho de que Pedro, antes de que algunos vinieran de Jerusalén a Antioquía, comía con los gentiles, se muestra que no había olvidado el mandato: no llamar a ningún hombre común e inmundo; pero porque por aquellos que aún pensaban que la Ley debía ser observada, se había apartado un poco de la convivencia con los gentiles (de tal manera que también los otros que eran de los judíos hacían lo mismo, y Bernabé, que con Pablo predicaba el Evangelio entre los gentiles, se veía obligado a hacer esto), aquellos que habían creído en Antioquía de entre los gentiles, y no habían sido circuncidados, se veían obligados a sobrepasar las cargas de la Ley: no entendiendo la dispensación de Pedro, que deseaba salvar a los judíos: sino pensando que así tenían la razón del Evangelio. Así que cuando el apóstol Pablo vio que la gracia de Cristo estaba en peligro, el viejo guerrero usó una nueva táctica de lucha, para corregir la dispensación de Pedro, que deseaba salvar a los judíos, con una nueva dispensación de contradicción, y le resistió en la cara: no acusando el propósito; sino como contradiciendo en público, para que aquellos que habían creído de entre los gentiles, se salvaran al ver que Pablo le resistía. Si alguien piensa que Pablo realmente resistió al apóstol Pedro, y por la verdad del Evangelio hizo una injuria sin temor a su predecesor, no le valdrá aquello de que el mismo Pablo se hizo judío para ganar a los judíos, y será culpable de la misma simulación, cuando se rapó la cabeza en Cenchreas, y con la cabeza rapada, ofreció una oblación en Jerusalén (Hechos XVIII), y circuncidó a Timoteo (Ibid., XVI), y practicó los votos nazareos, que manifiestamente son de las ceremonias de los judíos. Si él mismo, que fue enviado a la predicación de los gentiles, no pensó que estaba fuera de lugar decir: No seáis tropiezo ni a los judíos ni a la Iglesia de Dios (I Cor. XIII, 31); y como yo también complazco a todos en todo, no buscando lo que es útil para mí, sino lo que es para muchos, para que se salven; e hizo algunas cosas que eran contrarias a la libertad

del Evangelio, para no escandalizar a los judíos: ¿con qué autoridad, con qué frente se atreve a reprochar esto en Pedro, que era el apóstol de la circuncisión, lo que él mismo, el apóstol de los gentiles, es acusado de haber cometido? Pero como dijimos antes, resistió según la cara pública a Pedro y a los demás, para que la hipocresía de observar la Ley, que perjudicaba a aquellos que habían creído de entre los gentiles, se corrigiera con la hipocresía de la corrección, y ambos pueblos se salvaran, mientras que los que alaban la circuncisión siguen a Pedro; y los que no quieren circuncidarse, proclaman la libertad de Pablo. Pero lo que dice, era reprehensible, lo moderó por la inedia; para que entendamos que no era tanto reprehensible para Pablo, como para aquellos hermanos con los que antes comía, y de los que después se separaba. El ejemplo del rey Jehú de Israel nos enseña que la simulación útil, y que debe asumirse en el momento, no podría haber matado a los sacerdotes de Baal, si no se hubiera fingido querer adorar al ídolo, diciendo: Reunidme a todos los sacerdotes de Baal: porque si Acab sirvió a Baal en pocas cosas: yo le serviré en muchas (IV Reyes X, 18). Y David cuando cambió su rostro ante Abimelec, y lo dejó ir, y se fue (I Reyes XXI). No es de extrañar que, aunque justos, sin embargo, algunos hombres simulen algo por un tiempo, por su propia salvación y la de otros, cuando nuestro mismo Señor, no teniendo pecado, ni carne de pecado, asumió la simulación de la carne pecadora, para que condenando el pecado en la carne, nos hiciera en Él la justicia de Dios. Pablo ciertamente había leído en el Evangelio al Señor ordenando: Si tu hermano peca contra ti, ve y repréndelo entre tú y él solo. Si te escucha, habrás ganado a tu hermano (Lucas XVII, 3). Y cómo, cuando incluso de los hermanos menores ordenó hacer esto, se atrevió el máximo de los apóstoles a reprender tan procazmente, tan firmemente en público; a menos que también a Pedro le hubiera agradado ser reprendido así, y Pablo no le hiciera injuria de quien antes había dicho: Fui a Jerusalén para ver a Pedro, y permanecí con él quince días: pero no vi a ningún otro de los apóstoles. Y de nuevo: Porque el que obró en Pedro para el apostolado de la circuncisión. Y más adelante: Pedro, Santiago y Juan, que parecían ser columnas, y otras cosas que en sus alabanzas pronuncia. Varias veces, cuando siendo joven declamaba controversias en Roma, y me ejercitaba en litigios ficticios para verdaderas contiendas, corría a los tribunales de los jueces, y veía a los más elocuentes oradores contender entre sí con tal acritud, que a menudo, dejando de lado los asuntos, se volvían a insultos personales, y se mordían mutuamente con dientes jocosos. Si ellos hacen esto, para no incurrir en ninguna sospecha de prevaricación ante los acusados, y engañan al pueblo circundante: ¿qué pensamos que debieron hacer tales columnas de la Iglesia, Pedro y Pablo, tales vasos de sabiduría entre los judíos y gentiles disidentes? sino que su contienda simulada, se convirtiera en la paz de los creyentes, y la fe de la Iglesia concordara con su santa disputa. Hay quienes no creen que Cefas, a quien aquí Pablo escribe que resistió en la cara, sea el apóstol Pedro, sino otro de los setenta discípulos llamado con este nombre. Y dicen que de ninguna manera Pedro pudo haberse apartado de la convivencia con los gentiles, quien también había bautizado al centurión Cornelio. Y cuando subió a Jerusalén, discutiendo contra él los que eran de la Circuncisión, y diciendo: ¿Por qué entraste a hombres que tienen incircuncisión, y comiste con ellos? (Hechos XI, 3) después de narrar la visión, concluyó su respuesta con este final: Si, pues, Dios les dio la misma gracia que a nosotros que hemos creído en el Señor Jesucristo: ¿quién era yo para poder impedir a Dios? Al oír esto, callaron, y glorificaron a Dios, diciendo: Entonces también a los gentiles Dios ha dado arrepentimiento para vida; especialmente cuando Lucas, el escritor de la historia, no hace mención de esta disensión; ni dice que Pedro estuvo alguna vez en Antioquía con Pablo, y se da lugar a Porfirio para blasfemar; si se cree que Pedro erró, o que Pablo confutó procazmente al príncipe de los apóstoles. A los cuales primero se debe responder, que no conocemos el nombre de otro Cefas, sino de aquel que tanto en el Evangelio, como en otras Epístolas de Pablo, y en esta misma, a veces se llama Cefas, a veces Pedro. No porque Pedro signifique algo diferente a Cefas: sino porque lo que nosotros

llamamos en latín y griego piedra, los hebreos y sirios, debido a la cercanía de las lenguas, lo llaman Cefas. Luego, todo el argumento de la epístola que se dice indirectamente sobre Pedro, Santiago y Juan, se opone a esta interpretación. No es de extrañar que Lucas haya omitido este asunto, ya que también muchas otras cosas que Pablo relata haber soportado, las ha pasado por alto con la licencia del historiador: y no es inmediatamente contrario, si lo que uno consideró digno de relato por alguna causa, otro lo dejó entre otras cosas. Finalmente, hemos recibido que Pedro fue el primer obispo de la Iglesia de Antioquía, y trasladado de allí a Roma, lo cual Lucas omite por completo. Por último, si por la blasfemia de Porfirio, debemos fingir otro Cefas, para que no se piense que Pedro erró, habrá que borrar infinitas cosas de las Escrituras divinas, que él, porque no las entiende, las acusa. Pero también contra Porfirio, en otra obra, si Cristo lo permite, lucharemos: ahora prosigamos con lo restante.

(Vers. 14.) Pero cuando vi que no andaban rectamente conforme a la verdad del Evangelio, dije a Pedro delante de todos. Así como aquellos que simulan cojear con pasos sanos, no tienen defecto en los pies, sino que hay alguna causa por la que cojean, así también Pedro, sabiendo que la circuncisión y la incircuncisión no son nada, sino la observancia de los mandamientos de Dios, comía antes con los gentiles, pero por un tiempo se apartaba de ellos, para no perder a los judíos de la fe en Cristo. Por lo cual también Pablo, con la misma habilidad con la que él simulaba, le resistió en la cara, y habla delante de todos; no tanto para reprender a Pedro, sino para que aquellos por cuya causa Pedro había simulado, fueran corregidos, o para que también se quitara la soberbia a los judíos, y la desesperación a los gentiles. Si a alguien no le agrada este sentido, en el que ni Pedro se muestra haber pecado, ni Pablo haber reprendido procazmente a su mayor, debe explicar con qué consecuencia Pablo reprende en otro lo que él mismo cometió.

Si tú, siendo judío, vives como gentil y no como judío: ¿cómo obligas a los gentiles a judaizar? Con un argumento indisoluble constriñe a Pedro, o más bien, a través de Pedro, a aquellos que lo obligaban a hacer cosas contradictorias: Si, dice, oh Pedro, tú que por naturaleza eres judío, circuncidado desde pequeño, y guardando todos los preceptos de la Ley, ahora por la gracia de Cristo sabes que no tienen utilidad por sí mismos, sino que son ejemplos e imágenes de lo futuro, y comes con aquellos que son de entre los gentiles, no ya supersticiosamente como antes, sino viviendo libre e indiferentemente: ¿cómo a aquellos que han creído de entre los gentiles, ahora apartándote de ellos, y como si te separaras y apartaras de los contaminados, los obligas a judaizar? Si son inmundos de quienes te apartas, y por eso te apartas, porque no tienen la circuncisión, los obligas a circuncidarse y hacerse judíos: cuando tú mismo, nacido judío, has vivido como gentil. Y alegremente muestra la razón por la cual disputó contra él: porque con su simulación obligaba a los gentiles a judaizar, mientras deseaban emularlo.

(Vers. 15.) Nosotros, por naturaleza judíos, y no pecadores de entre los gentiles. En este lugar se infiltran los herejes, quienes inventando cosas ridículas e insensatas, afirman que la naturaleza espiritual no puede pecar, ni la terrenal hacer justicia. Preguntémosles por qué se rompieron las ramas del buen olivo, y por qué se injertaron en la raíz del buen olivo las del acebuche, si nada puede caer de lo bueno ni surgir de lo malo. O cómo Pablo persiguió a la Iglesia antes, si era de naturaleza espiritual, o cómo después se convirtió en apóstol, si fue generado de la escoria terrenal. Si insisten en que no era terrenal, pongamos sus propias palabras: Éramos por naturaleza hijos de ira, como los demás (Efesios II, 3). Es judío por naturaleza quien es del linaje de Abraham y fue circuncidado al octavo día por sus padres. No es judío por naturaleza quien después se hizo de entre los gentiles. Para resumir todo el argumento en pocas palabras, el sentido es el siguiente: Nosotros, es decir, yo y tú, Pedro

(pues incluyó su propia persona para no parecer que le hacía una injuria), cuando éramos, dice, judíos por naturaleza, haciendo lo que la ley ordena, y no pecadores de entre los gentiles, quienes, ya sea porque sirven a los ídolos, son pecadores, o a quienes ahora consideramos impuros, sabiendo que no podemos ser salvados por las obras de la Ley, sino por la fe en Cristo, creímos en Cristo, para que lo que la Ley no nos dio, nos lo otorgara la fe que teníamos [tenemos] en Cristo. Si al apartarnos de la Ley, en la cual no pudimos ser salvados, pasamos a la fe, en la cual no se busca la circuncisión de la carne, sino la devoción de un corazón puro: y ahora al apartarnos de los gentiles hacemos esto, que cualquiera que no esté circuncidado sea impuro: entonces la fe en Cristo, en la cual pensábamos antes ser salvados, es más ministra del pecado que de la justicia, que quita la circuncisión, y quien no la tiene es impuro. Pero lejos esté de mí que lo que una vez destruí, y supe que no me aprovechó, lo reivindicue de nuevo. Una vez que me aparté de la Ley, morí a la Ley, para vivir en Cristo, crucificado con él, y renacido en un nuevo hombre, subsistiendo más por la fe que por la carne, y saliendo del mundo con Cristo. Lo que una vez emprendí, lo mantengo. No me fue Cristo muerto en vano: en quien creí en vano, si pude ser salvado sin su fe en la antigua Ley.

(Vers. 16). Sabiendo que el hombre no es justificado por las obras de la Ley, sino por la fe en Jesucristo: también nosotros hemos creído en Cristo Jesús, para ser justificados por la fe en Cristo, y no por las obras de la Ley. Algunos dicen: si esto que afirma Pablo es verdad, que nadie es justificado por las obras de la Ley, sino por la fe en Jesucristo, entonces los patriarcas, profetas y santos que existieron antes de la venida de Cristo fueron imperfectos. Debemos advertirles que aquí se dice que no alcanzaron la justicia aquellos que creen que pueden justificarse solo por las obras. Pero los santos de antaño fueron justificados por la fe en Cristo. Pues Abraham vio el día de Cristo y se alegró. Y Moisés consideró mayores riquezas el oprobio de Cristo que los tesoros de Egipto. Pues miraba a la recompensa. E Isaías vio la gloria de Cristo (Isaías VI), como recuerda el evangelista Juan, y Judas de todos en general: Quiero recordaros, dice, sabiendo una vez todas las cosas: que Jesús, salvando al pueblo de la tierra de Egipto, después destruyó a los que no creyeron (Judas V). Por lo tanto, no se condenan tanto las obras de la Ley, como a aquellos que confían en justificarse solo por las obras, hablando también el Salvador a los discípulos: Si vuestra justicia no supera la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos (Mateo V, 20). Debe considerarse aquí cuántos preceptos hay en la Ley, que nadie puede cumplir. Y por el contrario, decir que algunas cosas de la Ley también las hacen quienes la ignoran. Pero no se justifican sus operadores porque se hagan sin la fe en Cristo: por ejemplo, no dormir con un hombre en el lecho de una mujer, no cometer adulterio, no robar, sino más bien honrar al padre y a la madre, y hacer las demás cosas que se mandan. Si nos presentan ejemplos de hombres santos que, estando en la Ley, hicieron lo que la Ley ordenaba, diremos: Porque la Ley no está hecha para el justo, sino para los inicuos y desobedientes, impíos y pecadores, contaminados e impuros (I Timoteo I). Pero quien es enseñado por Dios, no necesita que se le enseñe sobre la caridad, como dice Pablo: Acerca de la caridad no tengo necesidad de escribiros: porque vosotros mismos habéis sido enseñados por Dios para amaros unos a otros (I Tesalonicenses IV, 9).

(Vers. 17, 18.) Por lo cual, por las obras de la Ley no se justificará toda carne. Pero si buscando ser justificados en Cristo, también nosotros somos hallados pecadores: ¿es Cristo ministro del pecado? ¡De ninguna manera! Porque si lo que destruí, lo vuelvo a edificar, me constituyo transgresor. No se justificará por las obras de la Ley aquella carne de la que está escrito: Toda carne es hierba; y toda su gloria, como flor del campo (Isaías XL, 6). Pero se justifica por la fe en Jesucristo aquella carne de la que se dice en el sacramento de la

resurrección: Toda carne verá la salvación de Dios (Lucas III, 6). Pero también según un entendimiento más humilde, antes no se justificaba toda carne por la Ley, sino solo aquellos hombres que estaban en Palestina. Ahora, sin embargo, por la fe en Jesucristo se justifica toda carne, mientras su Iglesia se funda en todo el mundo.

(Vers. 19.) Porque yo por la Ley, a la Ley morí, para vivir para Dios. Es una cosa morir por la Ley, y otra morir a la Ley. Quien muere a la Ley, vivía para ella antes de morir, observando los sábados y las neomenias, y los días festivos, y la curiosidad típica de las víctimas, y las fábulas judías, y las genealogías. Pero después de que vino Cristo y la Ley, de la que está escrito: Sabemos que la Ley es espiritual (Romanos VII, 14), por la ley evangélica, murió a la Ley antigua: y el alma, que según lo que está escrito a los Romanos: Mientras vivía su marido, si se unía a otro, era llamada adúltera: muerto su marido, es decir, la ley antigua, se unió a la Ley Espiritual, para dar fruto a Dios. Por eso también en Oseas se le dice: De mí se halló tu fruto (Oseas XIV, 9). A lo que se añade bellamente aquel místico: ¿Quién es sabio, y entenderá estas cosas: inteligente, y las conocerá? Quien por la ley espiritual muere a la Ley de la letra, vive para Dios, cuando no está sin la ley de Dios, sino en la ley de Cristo. Pero quien muere a la ley por los pecados, está muerto; pero no se puede decir de él lo que sigue, que viva para Dios. Que haya otra ley espiritual fuera de la Ley de la letra, también lo enseña el Apóstol en otro lugar, diciendo: Así que la ley es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno (Romanos VII, 12). Y Ezequiel, en persona de Dios: Los saqué, dice, es decir, al pueblo de los judíos, de la tierra de Egipto: y los llevé al desierto: y les di mis preceptos, y les mostré mis justificaciones: que hará el hombre, y vivirá en ellas (Ezequiel XX, 10). Pero de aquella ley que obra ira, a la que también el Apóstol murió, después añade: Y les di preceptos no buenos, y justificaciones en las que no vivirán (Ibid., 25). Lo mismo se significa en el Salterio: Porque no conocí la literatura, entraré en la fortaleza del Señor (Salmo LXX, 51).

Con Cristo estoy crucificado. Porque había dicho que por la ley murió a la ley, muestra cómo murió: Con Cristo estoy crucificado, llevando su cruz y siguiendo a Cristo, y en esa misma pasión suplicando: Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino (Lucas XXIII, 42, 43). Y enseguida oyendo: Hoy estarás conmigo en el paraíso. Si alguien, con sus miembros mortificados sobre la tierra, y muerto al mundo, se conforma a la muerte de Jesucristo, es crucificado con Jesús, y fija el trofeo de su mortificación en el madero de la pasión del Señor.

(Vers. 20.) Vivo, pero ya no yo: vive en mí Cristo. No vive aquel que antes vivía en la Ley, pues perseguía a la Iglesia. Vive en él Cristo, sabiduría, fortaleza, palabra, paz, gozo, y las demás virtudes; quien no las tiene, no puede decir: Vive en mí Cristo, pero todo esto lo discute bajo su propia persona contra Pedro sobre Pedro.

Pero lo que ahora vivo en la carne. Es una cosa estar en la carne, y otra vivir en la carne. Porque los que están en la carne no pueden agradar a Dios (Romanos VIII, 8, 9). Por eso se dice a los que viven bien: Pero vosotros no estáis en la carne.

Vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó a sí mismo por mí. A los Romanos habla de Dios, que no perdonó a su Hijo, sino que lo entregó por nosotros. Ahora habla de Cristo, que se entregó a sí mismo: Que me amó, dice, y se entregó a sí mismo por mí. En el Evangelio, donde se enumeran los apóstoles, se añade: Y Judas Iscariote [Al. Scarioth] que también lo entregó (Lucas VI, 16). Nuevamente en el mismo: He aquí que se acerca el que me entregará (Mateo XXVI, 46). De los príncipes de los sacerdotes y ancianos del pueblo, la Escritura recuerda que condenaron a Jesús a muerte, y atándolo, lo llevaron y lo entregaron al gobernador Pilato (Ibid., XXVII, y Marcos XV). Y después de Pilato: Les soltó a Barrabás, y a Jesús, después de azotarlo, lo entregó para que lo crucificaran (Juan XIX). Por lo tanto, el

Padre entregó al Hijo: y el Hijo se entregó a sí mismo: y Judas y los sacerdotes lo entregaron a los príncipes, y al final, entregado a él, Pilato mismo lo entregó. Pero el Padre lo entregó para salvar al mundo perdido: Jesús se entregó a sí mismo para hacer la voluntad del Padre y la suya: pero Judas y los sacerdotes y ancianos del pueblo, y Pilato, entregaron la vida a la muerte sin saberlo. Que también ella misma se entregó por nuestra salvación, bienaventurado y muy feliz, quien con Cristo viviendo en él, por cada pensamiento y obra puede decir: Vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó a sí mismo por mí.

(Vers. 21.) No desecho la gracia de Dios: porque si por la Ley es la justicia; entonces Cristo murió en vano. Desecha la gracia de Dios, tanto el que después del Evangelio vive en la Ley, como el que se ensucia con pecados después del bautismo. Pero quien puede decir según el Apóstol: Su gracia en mí no fue en vano (I Corintios XV, 10), este también dice con confianza: No desecho la gracia de Dios. Lo que sigue es muy necesario contra aquellos que después de la fe en Cristo piensan que deben observarse los preceptos de la Ley. Debe decirseles: Si por la ley es la justicia, entonces Cristo murió en vano. O ciertamente que demuestren cómo no murió Cristo en vano, si las obras justifican. Pero aunque sean torpes, no se atreverán a decir que Cristo murió sin causa. A la parte del silogismo que aquí se propone, es decir: Si por la Ley es la justicia, entonces Cristo murió en vano, debemos asumir lo que se infiere consecuentemente, y no puede negarse: Pero Cristo no murió en vano; y concluir: No es por la Ley la justicia. Hasta aquí contra Pedro, ahora se dirige a los Gálatas.

(Cap. III.---Vers. 1.) ¡Oh insensatos Gálatas! ¿Quién os fascinó? Este lugar puede entenderse de dos maneras. O bien porque se les llama insensatos a los Gálatas, al pasar de lo mayor a lo menor, porque comenzaron en el espíritu y terminan en la carne: o por el hecho de que cada provincia tiene sus propias características. Los cretenses, siempre mentirosos, malas bestias, vientres perezosos, verdaderamente dichos por el poeta Epiménides, el Apóstol los confirma. Los mauritanos vanos y los dálmatas feroces, los critica el historiador latino. Los frigios tímidos, todos los poetas los atacan. En Atenas se jactan los filósofos de que nacen ingenios más ágiles. A los griegos ligeros, los critica C. César, diciendo: O de los griegos ligeros, o de los bárbaros inmensos. Y en defensa de Flaco: La ligereza innata, dice, y la vanidad erudita. El mismo Israel, de corazón pesado y de dura cerviz, todas las Escrituras lo acusan. De esta manera creo que también el Apóstol golpeó a los Gálatas por la característica de su región. Aunque algunos, introduciéndose en cuestiones profundas, como bajo el pretexto de evitar la herejía, que introduce diversas naturalezas, dicen que también los tirios y sidonios, moabitas y amonitas, y edomitas, babilonios y egipcios, y todas las naciones que se mencionan en las Escrituras, tienen ciertos idiomas por causas precedentes, y por el mérito de obras pasadas, para que la justicia de Dios no sea puesta en duda: cuando se afirma que cada nación tiene algo bueno o malo que otra no tiene. Nosotros, evitando estas profundidades, seguiremos lo anterior: o se les acusa de insensatez, diciendo que no pueden discernir el espíritu de la Ley y la letra: o se les reprende por el defecto [Al. camino] de su gente, que son indóciles y necios, y más lentos para la sabiduría. Pero lo que sigue: ¿Quién os fascinó? (I Corintios XI), debemos exponerlo dignamente a Pablo (quien aunque es ignorante en el habla, no lo es en el conocimiento): no porque supiera que existe el hechizo, que se dice que daña; sino que usó un lenguaje común [Al. trillado], y como en otros lugares, también en este lugar, asumió una palabra de la conversación diaria. Leemos en los Proverbios: El don del envidioso atormenta los ojos. Lo que entre nosotros es envidioso, en griego se pone más significativamente, fascinador: y en la Sabiduría que se atribuye a Salomón: La fascinación de la maldad oscurece los bienes (Sabiduría IV, 22). Con estos ejemplos se nos enseña que o bien el envidioso se atormenta con la felicidad ajena: o aquel en quien hay algunos bienes, al ser fascinado, es decir, envidiado, se le hace daño. Se dice que el hechizo daña propiamente a los

niños, y a la edad tierna, y a aquellos que aún no caminan con paso firme. Por eso también alguien de entre los gentiles: No sé quién fascina a mis tiernos corderos. (Virgilio. Égloga 3.) Si esto es verdad o no, Dios lo verá: porque puede suceder que también los demonios sirvan a este pecado; y a quienesquiera que reconozcan que han comenzado o progresado en la obra de Dios, los aparten de las buenas obras. Ahora lo que está en cuestión es que creemos que se ha tomado un ejemplo de la opinión común: así como se dice que la tierna edad es dañada por el hechizo: así también los Gálatas, recién nacidos en la fe de Cristo, y nutridos con leche, y no con alimento sólido (I Corintios III), como si fueran dañados por un hechizo, es decir, por la envidia, y con el estómago de la fe nauseante [Al. nauseantes], han vomitado el alimento del Espíritu Santo. Si alguien contradice, que explique cómo se ha tomado de la opinión común, el valle de los Titanes, en los libros de los Reyes (IV Reyes XXIII), las Sirenas y Onocentauros en Isaías (Cap. XXXIV), Arcturus y Orión, y las Pléyades en Job (Cap. IX), y otras cosas similares, que ciertamente tienen vocablos, causas y orígenes de las fábulas gentiles. Preguntemos entonces aquí a Marción, quien repudia a los profetas, cómo interpreta lo que sigue.

Ante cuyos ojos Jesucristo fue prescrito, crucificado entre vosotros. Para nosotros, Cristo fue justamente prescrito, de cuyo patíbulo y pasión, bofetadas y azotes, predice todo el coro de los profetas: para que conozcamos su cruz no solo del Evangelio, en el que se refiere que fue crucificado; sino mucho antes de que se dignara descender a la tierra, y asumiera al hombre que fue crucificado. Y no es poca alabanza de los Gálatas que hayan creído de tal manera en el crucificado, como les fue prescrito antes: que leyendo a los profetas, y conociendo todos los sacramentos de la antigua Ley, hayan llegado al creer por el camino y el orden. Se lee en algunos códigos: ¿Quién os fascinó para no creer en la verdad? Pero esto, como no se encuentra en los ejemplares de Adamancio, lo omitimos.

(Vers. 2.) Solo esto quiero saber de vosotros: ¿recibisteis el Espíritu por las obras de la Ley o por el oír de la fe? Hay muchas cosas, dice, que pueden obligaros a preferir el Evangelio a la Ley: pero como sois insensatos y no podéis escucharlas, os hablo con un lenguaje sencillo y os pregunto sobre lo que es evidente: el Espíritu Santo que recibisteis, ¿os lo dieron las obras de la Ley, la observancia del sábado, la circuncisión y la superstición de las neomenias, o el oír de la fe, por la cual creísteis siendo gentiles? Si no se puede negar que el Espíritu Santo y las virtudes que seguían al Espíritu recibido al principio de la fe no fueron dadas por las obras de la Ley, sino por la fe en Cristo, es evidente que habéis comenzado con lo mejor y caéis en lo peor. Consideremos atentamente que no dijo: Quiero saber de vosotros si recibisteis el Espíritu por las obras; sino que añadió, por las obras de la Ley. Sabía que también Cornelio el centurión había recibido el Espíritu por las obras (Hechos X); pero no por las obras de la Ley, que desconocía. Si, por el contrario, se dice: entonces también se puede recibir el Espíritu sin el oír de la fe. Nosotros responderemos que él recibió el Espíritu, pero por el oír de la fe y la ley natural, que habla en nuestros corazones, indicando lo bueno que se debe hacer y lo malo que se debe evitar: por la cual también antes dijimos que Abraham, Moisés y otros santos fueron justificados, y que la observancia de las obras y la justicia de la Ley pueden aumentarla en adelante: no obstante, no la ley carnal, que ha pasado, sino la espiritual, porque la Ley es espiritual. Sin embargo, porque preferimos la fe, no destruimos las obras de la Ley (Rom. III), ni decimos, como algunos: Hagamos el mal para que venga el bien (cuya condenación es justa), sino que anteponemos la gracia a la servidumbre. Y decimos que lo que los judíos hacen por miedo, nosotros lo hacemos por amor. Ellos son siervos, nosotros hijos: ellos son obligados al bien, nosotros lo asumimos voluntariamente. Por lo tanto, de la fe en Cristo no nace la licencia para delinquir; sino que del amor a la fe se aumenta la voluntad de la buena obra, mientras hacemos el bien no porque temamos al juez, sino porque

sabemos que le agrada a aquel en quien creemos. Alguien podría preguntar, si la fe no es sino por el oír, ¿cómo pueden hacerse cristianos los que nacen sordos? Pues bien, el Padre Dios puede ser entendido por la grandeza y belleza de las criaturas, y el creador es consecuentemente reconocido por sus obras. Pero el nacimiento de Cristo, su cruz, muerte y resurrección, no pueden ser conocidos sino por el oír. O los sordos no son cristianos: o si los sordos son cristianos, es falso lo que en otro lugar dice el apóstol: Así que la fe es por el oír, y el oír por la palabra de Dios. A lo cual, quien se contenta con una respuesta sencilla, dice que no lo dijo en general, que la fe de todos es por el oír; sino que la fe es por el oír, lo cual puede ser entendido tanto en parte como en su totalidad: es decir, la fe de aquellos que oyen, que creen. Pero quien intenta satisfacer esta duda, primero intentará afirmar que también por gestos y la conversación diaria, y por así decirlo, por el gesto parlante de todo el cuerpo, los sordos pueden aprender el Evangelio: luego también esto, que la palabra de Dios, a la que nada es sordo, habla más bien a esos oídos de los que él mismo dice en el Evangelio: El que tiene oídos para oír, oiga (Luc. VIII, 8). Y en el Apocalipsis: El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias (Apoc. II, 11). E Isaías: El Señor me añadió oído (Isai. VI, 33 y 35). Este es otro hombre, a quien Dios habla en secreto, quien clama en el corazón del creyente: Abba, Padre (Rom. VIII, 15): y (como hemos expuesto frecuentemente) así como el cuerpo tiene todos los miembros y sentidos, así también el alma tiene todos los sentidos y miembros, y entre ellos también oídos: quien los tenga, no necesitará mucho de estos oídos del cuerpo para conocer el Evangelio de Cristo. Al mismo tiempo, también notad que aquí el Espíritu se entiende sin ningún añadido como Santo, que conseguimos por el don de Dios, y no del hombre: de quien en otro lugar se escribe: El Espíritu incorrupto está en todos (Sab. XII, 1). Y: El mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu (Rom. VIII, 16). Y en otro lugar: Nadie conoce lo que hay en el hombre, sino el espíritu del hombre que está en él (I Cor. II, 11). Y en Daniel: Bendecid, espíritus y almas de los justos, al Señor (Dan. III, 86).

(Vers. 3.) ¿Tan insensatos sois, que habiendo comenzado por el Espíritu, ahora os perfeccionáis por la carne? Si los gálatas habían recibido el Espíritu Santo, ¿cómo eran insensatos? Pero se resuelve inmediatamente, que comenzaron con el Espíritu, pero al perfeccionarse por la carne, el Espíritu les fue quitado. Por lo cual, en vano sufrieron tantas cosas que sufrieron. Para que esto no le sucediera después del pecado, David ora, diciendo: No quites de mí tu santo Espíritu (Sal. L, 13). Observad atentamente que quien sigue las Escrituras según la letra, se dice que se perfecciona por la carne. Por lo cual, aquello que está escrito a los corintios: Viviendo en la carne, no militamos según la carne (II Cor. X, 3), puede entenderse mejor así, que se dice que militan en la carne, quienes explican humildemente el Antiguo Testamento. Pero quienes siguen la inteligencia espiritual, están en la carne, porque tienen la misma letra que los judíos, pero no militan según la carne, trascendiendo de la carne al espíritu. Cuando veáis a alguien que primero cree de entre los gentiles, y pone su mano en el arado de Cristo, con algún maestro prudente como guía, avanzar por el camino de la Ley hacia el Evangelio, de modo que entienda dignamente a Dios todo lo que allí está escrito, sobre el sábado, los ázimos, la circuncisión, las víctimas, y luego, después de la lectura del Evangelio, ser persuadido por algún judío, o socio de los judíos, para que dejando las sombras y las nubes de la alegoría, interprete las Escrituras tal como están escritas: de este podéis decir: ¿Tan insensato eres, que habiendo comenzado por el espíritu, ahora te perfeccionas por la carne?

(Vers. 4.) ¿Tantas cosas sufristeis en vano, si es que fue en vano? Consideremos a los infelices judíos, con cuánta superstición y esfuerzo de observancia viven entre las demás naciones, diciendo, no toques, no gustes, no manejes, y probaremos que es verdad lo que se dice: Tantas cosas sufristeis en vano; pero no se les aplica inmediatamente la sentencia, y se

hace dudosa, si es que fue en vano: porque se dice de aquellos que pueden volver al Evangelio después de la Ley. Sin embargo, puede entenderse mejor así, que los gálatas, creyendo primero en el Crucificado, y sufriendo muchos oprobios de los judíos y de los gentiles, soportaron no pocas persecuciones. Las cuales se dice que sufrieron en vano, si se apartan de la gracia de Cristo, por la cual sufrieron tanto. Al mismo tiempo, también está la esperanza de que cualquiera que haya trabajado por la fe en Cristo, y luego haya caído en pecado, así como se dice que sufrió en vano mientras peca, así tampoco perderá lo que sufrió, si vuelve a la fe original y al antiguo fervor. De otro modo: Si pensáis que la circuncisión debe seguirse después de la gracia: entonces hasta el presente, viviendo sin circuncisión, todo lo que sufristeis ha sido en vano. Lo cual me parece que no sufristeis en vano, pues sé que la Ley no tiene valor después del Evangelio. O ciertamente así: No sería un daño leve, si siguiendo la circuncisión, hubierais perdido tanto el trabajo original de la fe: ahora bien, a esta pérdida también se añade la pena de la transgresión, de modo que tanto lo pasado lo sufristeis en vano, como seréis atormentados en el futuro. Algunos lo entienden de manera más forzada: Considerad la libertad original de la gracia y las cargas presentes de la observancia en la Ley, y veréis cuántas cosas hicisteis con esfuerzo inútil: aunque no se debe desesperar completamente del fruto de este error, mientras por el celo de Dios fuisteis llevados a esto mismo. A los ignorantes se les puede conceder el perdón, si convertidos a lo mejor, enseñan que en ellos fluctuó el conocimiento, no el esfuerzo.

(Vers. 5.) Aquel, pues, que os da el Espíritu y obra milagros entre vosotros, ¿lo hace por las obras de la Ley o por el oír de la fe? Da, es decir, administra, debe leerse en presente; para mostrar que en cada hora y momento siempre se administra el Espíritu Santo a los dignos; y cuanto más alguien progresa en la obra y amor de Dios, tanto más tiene en sí las virtudes del Espíritu Santo, que el oír de la fe, y no las obras de la Ley, perfeccionan. No porque las obras de la Ley deban ser despreciadas, y se deba buscar una fe simple sin ellas; sino porque esas mismas obras deben ser adornadas con la fe en Cristo. Es conocida la sentencia de un hombre sabio, «No vive el fiel de la justicia, sino el justo de la fe.» Al mismo tiempo, se muestra que los gálatas, habiendo recibido el Espíritu Santo después de la fe, tenían dones de virtudes, es decir, profecía, géneros de lenguas, curaciones de enfermedades, y otras cosas que se enumeran entre los dones espirituales a los corintios (I Cor. VII). Y sin embargo, después de tanto (porque quizás no tenían el don de discernimiento de espíritus) fueron atrapados por falsos maestros. También se debe observar que se dice que obran milagros en aquellos que no mantienen la verdad del Evangelio: como en aquellos que, no siguiendo al Señor, hacían señales en su nombre, quejándose especialmente Juan: Maestro, vimos a uno echando demonios en tu nombre, y se lo prohibimos porque no nos sigue (Marcos IX, 37). Esto es contra los herejes, que consideran la prueba de su fe si han hecho alguna señal. Quienes, habiendo comido y bebido en el nombre del Señor (pues también tienen un altar sacrílego), y se jactan de haber hecho muchas señales invocando al Salvador, en el día del juicio merecerán oír: No os conozco, apartaos de mí, obradores de iniquidad (Mateo VII, 23).

(Vers. 6.) Como Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia. Desde este lugar hasta donde está escrito: Los que son de fe, serán bendecidos con el fiel Abraham, Marción borró de su apóstol. Pero ¿de qué le sirvió quitar esto, cuando lo demás que dejó es contrario a su locura? Abraham creyó a Dios, saliendo de su patria hacia una tierra que no conocía (Gén. XII y ss.): confiando en que Sara, de noventa años y estéril, daría a luz; y habiendo oído la promesa de Dios, que en Isaac sería llamado su descendencia, ofreciendo a Isaac como víctima, y sin embargo, no dudando de la promesa del Señor. Justamente se le cuenta la fe por justicia a quien, superando las obras de la Ley, mereció a Dios no por miedo, sino por amor.

(Vers. 7.) Conoced, pues, que los que son de fe, estos son hijos de Abraham. Habla más extensamente de esto en la epístola a los Romanos, que la fe fue contada a Abraham por justicia, no en la circuncisión, sino en la incircuncisión (Rom. IV). Y observando diligentemente, enseña que son hijos de Abraham, quienes han creído con la misma mente con que creyó Abraham incircunciso, quien se regocijó al ver el día del Señor, y lo vio, y se alegró (Juan VIII). Por eso se dice a los judíos incrédulos: Si fuerais hijos de Abraham, haríais las obras de Abraham (Ibid. 39). ¿Qué otras obras, en ese tiempo cuando se decían estas cosas, esperaba el Señor de ellos, sino la creencia en el Hijo de Dios, a quien el Padre envió diciendo: El que cree en mí, no cree en mí, sino en aquel que me envió (Juan XII, 44)? Por eso, en otro lugar, a los que se jactan de la antigüedad y nobleza de su linaje, se les responde: Y no digáis que tenemos por padre a Abraham. Porque Dios puede levantar hijos a Abraham de estas piedras (Mateo III, 9). Nadie duda que las piedras allí significan los duros corazones de los gentiles, que luego fueron ablandados y recibieron el sello de la fe. Enumera, lector diligente, las virtudes de Abraham en las que agradó a Dios antes de la circuncisión, y a quienes encuentres en obra similar, di que son hijos de Abraham, justificados en la incircuncisión, quien recibió la circuncisión no por mérito de obras, sino como señal de la fe anterior. Porque de su descendencia era Cristo, en quien fue prometida la bendición de todas las naciones, y desde Abraham hasta Cristo pasarían muchos siglos, Dios, previendo que la descendencia del amado Abraham no se mezclara con las demás naciones, y que poco a poco su familia se hiciera incierta, marcó al rebaño israelita con una especie de cauterio de circuncisión, para que viviendo entre egipcios, asirios, babilonios y caldeos, se distinguieran por esta señal. De hecho, durante cuarenta años en el desierto, nadie fue circuncidado: vivían solos sin mezcla de otra nación: tan pronto como el pueblo cruzó la orilla del Jordán y se introdujo en la tierra de Palestina, la circuncisión se hizo necesaria para prever el error futuro de la mezcla con las naciones. Lo que se escribe que el pueblo fue circuncidado por segunda vez bajo el liderazgo de Josué (Jos. V), significa tanto que la circuncisión cesó en el desierto, que se practicaba razonablemente en Egipto; como que por el Señor Jesucristo los creyentes deben ser limpiados con una circuncisión espiritual.

(Vers. 8, 9.) Previendo la Escritura que Dios justificaría por la fe a los gentiles, anunció de antemano a Abraham: En ti serán bendecidas todas las naciones. Así que los que son de fe, serán bendecidos con el fiel Abraham. No porque la Escritura misma, es decir, la tinta y los pergaminos, que son insensibles, puedan prever el futuro; sino porque el Espíritu Santo, y el sentido que yace en la letra, predijeron lo que vendría muchos siglos después. Por lo demás, el ejemplo tomado de Génesis se contiene así en su propio volumen: Y en tu descendencia serán bendecidas todas las naciones de la tierra (Gén. XXVI, 4). Lo cual el apóstol interpretó sobre Cristo, diciendo: No está escrito de las descendencias, como si fueran muchas; sino como de una, y de tu descendencia, que es Cristo. Sin embargo, en casi todos los testimonios que se toman de los libros antiguos en el Nuevo Testamento, debemos observar que los evangelistas o apóstoles confiaron en la memoria; y habiendo explicado solo el sentido, a menudo cambiaron el orden, a veces añadieron o quitaron palabras. Nadie duda que en Isaac y Jacob, o en los doce patriarcas, y los demás que descienden de la estirpe de Abraham, no fueron bendecidas todas las naciones; sino en Cristo Jesús, por quien todas las naciones alaban a Dios, y se bendice un nuevo nombre sobre la tierra. Sin embargo, puede entenderse que el apóstol también tomó el ejemplo de la descendencia de otro lugar de Génesis, donde se escribe: Y lo sacó fuera (sin duda a Abraham) Dios, y le dijo: Mira al cielo y cuenta las estrellas, si puedes contarlas. Y le dijo: Así será tu descendencia; y Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia (Gén. XV, 5, 6). Así que todos los que creen, serán bendecidos con el fiel Abraham, quien se narra que primero creyó en él por su excelente fe en Dios. Como Enós, por su principal esperanza en Dios, y eminente entre los demás, se escribe que esperó

invocar al Señor Dios (Gén. IV, 26). No porque Abel, de quien el Señor dijo: La voz de la sangre de tu hermano clama a mí (Ibid. IV, 10); y los demás después, no esperaran invocar a Dios; sino porque cada uno es llamado por esa parte que más tiene.

LIBRO SEGUNDO.

425-426 Lo que en el primer libro de los Comentarios a los Gálatas, al discutir sobre las características de los Gentiles, había dejado sin tocar, ahora en el segundo parece necesario abordar: quiénes son los Gálatas, o de dónde y cómo llegaron. Si fueron expulsados como indígenas, o si la tierra que ahora habitan los acogió como forasteros: y si perdieron su lengua por matrimonios, o si aprendieron una nueva sin perder la suya. Marco Varrón, el investigador más diligente de todas las antigüedades, y otros que lo imitaron, han transmitido muchas cosas sobre este pueblo, dignas de memoria. Pero como nuestro propósito es no introducir hombres incircuncisos en el templo de Dios (y para ser sincero, hace ya muchos años que dejamos de leer estas cosas), citaremos las palabras de nuestro Lactancio en el tercer volumen a Probo sobre este pueblo: «Los galos, dice, antiguamente eran llamados Gálatas por la blancura de su piel; y así los llama la Sibila. Esto quiso significar el poeta cuando dijo: Entonces los cuellos lechosos---Se adornan con oro (Virg. lib. VIII Eneida): Cuando podría haber dicho, blancos. De ahí, sin duda, la provincia de Galacia, a la que los galos llegaron en algún momento, mezclándose con los griegos. Por eso, primero esa región fue llamada Galogrecia, y después Galacia.» No es de extrañar que él haya dicho esto sobre los Gálatas, y haya recordado que los pueblos occidentales, dejando de lado tan vastos espacios en medio de las tierras, se asentaron en la región oriental: cuando es sabido que enjambres del Oriente y de Grecia llegaron a los confines del Occidente. Los focenses fundaron Marsella: a quienes Varrón dice que son trilingües, porque hablan griego, latín y galo. La ciudad de Rodas fue establecida por colonos de Rodas: de donde el río Ródano tomó su nombre. Paso por alto a los tirios, fundadores de Cartago, y la ciudad de Agenor; omito 427-428 las Tebas de Libero, que fundó en África: ciudad que ahora se llama Thebestis. Dejo de lado esa parte de Libia, que está llena de ciudades griegas. Paso a Hispania: ¿no fundaron Sagunto los griegos que partieron de la isla de Zacinto? y se dice que los jonios griegos establecieron la ciudad de Tartessos, que ahora se llama Carteia. ¿No muestran los montes de Hispania, Calpe, Idrus, Pirene: así como las islas Afrodisiades y Gimnesias, que se llaman Baleares, indicios del idioma griego? La misma Italia, ocupada por pueblos griegos, se llamaba en otro tiempo Magna Grecia. Ciertamente, lo que no se puede negar, los romanos son descendientes de Eneas, un hombre asiático. De ahí que suceda que en Occidente a menudo se encuentren ingenios griegos, y en Oriente se perciba la barbarie estúpida. No decimos esto porque no nazcan cosas diferentes en cada región, sino porque en gran parte también se llaman cosas que no son similares. Por lo tanto, no es de extrañar que los Gálatas sean llamados tontos y lentos para entender; cuando incluso Hilario, el Ródano de la elocuencia latina, él mismo galo y nacido en Poitiers, en el Canto de los Himnos llama a los galos indóciles. Y que ahora sean fértiles en oradores, no se debe tanto a la diligencia de la región, como al clamor de los retóricos: especialmente cuando Aquitania se jacta de su origen griego: y los Gálatas no provienen de esa parte de las tierras, sino de los galos más feroces. ¿Quiéren saber, oh Paula y Eustoquio, cómo el Apóstol ha señalado a cada provincia con sus características? Hasta hoy permanecen las mismas huellas de virtudes o de errores. Se alaba la fe del pueblo romano (Rom. I). ¿Dónde más se acude con tanto fervor y frecuencia a las iglesias y a las tumbas de los mártires? ¿Dónde resuena el Amén como un trueno celestial, y se sacuden los vacíos templos de los ídolos? No es que los romanos tengan otra fe, sino esta que tienen todas las Iglesias de Cristo: sino que su devoción es mayor, y su simplicidad para creer. Nuevamente, se les acusa de facilidad y soberbia. De facilidad, como allí: Os ruego, hermanos, que

observéis a los que causan divisiones y escándalos, contrarios a la doctrina que habéis aprendido; y apartaos de ellos: porque tales personas no sirven a Cristo nuestro Señor, sino a su propio vientre; y con dulces palabras y bendiciones seducen los corazones de los inocentes. Porque vuestra obediencia ha sido divulgada por todo lugar. Me alegro, pues, de vosotros: y quiero que seáis sabios para el bien, e inocentes para el mal (Rom. XVI, 17 ss.). De soberbia: No seáis altivos, sino temed (Rom. II, 20 y 25). Y: No quiero que ignoréis, hermanos, este misterio, para que no seáis sabios en vuestra propia opinión. Y en lo siguiente: Porque por la gracia que me ha sido dada, digo a todos los que están entre vosotros: no penséis de vosotros más de lo que conviene pensar; sino pensad con sobriedad (Rom. XII, 3). Y más claramente: Gozaos con los que se gozan, llorad con los que lloran. Tened el mismo sentir unos con otros. No seáis altivos; sino acomodaos a los humildes. No seáis sabios en vuestra propia opinión (Ibid., XV, 16). También nota a los corintios que sus mujeres tienen la cabeza descubierta, y los hombres dejan crecer su cabello (I Cor. X): y comen indistintamente en los templos (II Cor. X, 20); y, inflados con sabiduría secular, niegan la resurrección de la carne. Esto en parte permanece hasta hoy, no puede dudarlo quien haya visto Acaya (I Cor. IV). Los macedonios son alabados por su caridad, hospitalidad y acogida de los hermanos. Por eso se les escribe: Acerca del amor fraternal, no tenéis necesidad de que os escribamos. Porque vosotros mismos habéis aprendido de Dios a amaros unos a otros. Y en verdad lo hacéis con todos los hermanos en toda Macedonia (I Tes. IV, 9). Pero se les reprende por andar ociosos de casa en casa: y esperando comida ajena, mientras desean agradar a cada uno, yendo de aquí para allá, divulgan lo que sucede en cada casa. Pues sigue: Os rogamos, hermanos, que abundéis más, y que os esforcéis por vivir en tranquilidad: que os ocupéis de vuestros propios asuntos, y trabajéis con vuestras manos como os hemos mandado: para que andéis honestamente con los de afuera, y no necesitéis de nada (Ibid., X, 11). Para que nadie piense que esto se advierte más por el oficio del maestro que por el vicio de la gente, en la segunda carta a los mismos lo inculca y repite, diciendo: Porque aun cuando estábamos con vosotros, os ordenábamos esto: que si alguno no quiere trabajar, tampoco coma. Porque hemos oído que algunos de entre vosotros andan desordenadamente, no trabajando en nada, sino entrometiéndose en lo ajeno. A los tales mandamos y exhortamos en el Señor Jesucristo, que trabajando con tranquilidad, coman su propio pan (II Tes. III, 10 ss.). Sería largo si quisiera observar las virtudes o los vicios de cada nación en el Apóstol y en todas las Escrituras: cuando hemos llegado a esto mismo que hemos dicho, porque los Gálatas han sido declarados tontos y necios. Sabe conmigo quien ha visto Ancira, la metrópoli de la ciudad de Galacia, cuántas [Al. que] hasta ahora ha sido desgarrada por cismas, cuántas [Al. que] ha sido corrompida por la variedad de dogmas. Omito a los catafrigas, ofitas, borboritas y maniqueos; pues estos nombres ya son conocidos de la calamidad humana. ¿Quién ha oído alguna vez de los pasalorincitas, ascodrobos, artotiritas, y otros portentos más que nombres [Al. numina] en alguna parte del mundo romano? Las huellas de la antigua necedad permanecen hasta hoy. Una cosa es lo que inferimos, y lo que prometimos al principio devolvemos, que los Gálatas, excepto por el idioma griego, que todo Oriente habla, tienen casi la misma lengua que los tréveros, y no importa si han corrompido algo de ella, ya que incluso los africanos han cambiado en parte la lengua fenicia, y la misma latinidad se cambia diariamente por regiones y por tiempo. Pero ya volvamos al propósito.

Porque todos los que son de las obras de la Ley están bajo maldición. Pues está escrito: Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas que están escritas en el libro de la Ley, para hacerlas. Tengo la costumbre de que cada vez que los Apóstoles citan algo del Antiguo Testamento, recurro a los libros originales, y examino diligentemente cómo están escritos en sus lugares. Encontré 431 por tanto en el Deuteronomio esto mismo en los Setenta intérpretes así puesto: Maldito todo hombre que no permaneciere en todas las palabras de esta

Ley, para hacerlas: y dirá [Al. dice] todo el pueblo, así sea (Deut. XXVII, 26). En Aquila, sin embargo, así: Maldito el que no estableciere las palabras de esta Ley, para hacerlas: y dirá todo el pueblo, en verdad. Símaco: Maldito el que no afirmare las palabras [Al. añade estos] de esta Ley, para hacerlas, y dirá todo el pueblo, amén. Por su parte, Teodoción tradujo así: Maldito el que no suscitare las palabras de esta Ley, para hacerlas, y dirá todo el pueblo, Amén. De lo cual entendemos que el Apóstol, como en los demás casos, puso más el sentido del testimonio que las palabras: y tenemos incertidumbre sobre si los Setenta Intérpretes añadieron, todo hombre, y, en todas, o si en el antiguo hebreo estaba así, y después fue borrado por los judíos. Sin embargo, me lleva a esta sospecha el hecho de que la palabra, todo, y en todas, como necesaria para su sentido, para probar aquello de que todos los que son de las obras de la Ley están bajo maldición, el Apóstol, hombre de pericia hebrea, y muy docto en la Ley, nunca lo habría dicho si no estuviera en los volúmenes hebreos. Por esta razón, al releer los volúmenes hebreos de los samaritanos, encontré que CHOL, que se interpreta como, todo, o, en todas, estaba escrito, y concordaba con los Setenta intérpretes. En vano, por tanto, lo quitaron los judíos, para no parecer estar bajo maldición, si no podían cumplir todo lo que está escrito: cuando las letras de otra nación más antigua también testifican que fue puesto. Porque nadie puede cumplir la Ley, y hacer todo lo que se manda, y en otro lugar el Apóstol también lo testifica, diciendo: Porque lo que era imposible para la Ley, por cuanto era débil por la carne: Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado, y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne (Rom. VIII). Si esto es verdad, se nos puede objetar: ¿Entonces Moisés, Isaías, y los demás profetas, que estaban bajo las obras de la Ley, están bajo maldición? Lo cual no temerá afirmar quien haya leído al Apóstol diciendo: Porque Cristo nos redimió de la maldición de la Ley, hecho por nosotros maldición; 432 y responder que cada uno de los santos en su tiempo fue hecho maldición por el pueblo. Ni al atribuir esto inmediatamente a los hombres justos, parecerá quitarle al Salvador, como si no tuviera nada especial y excelente, hecho por nosotros maldición, cuando también los demás fueron hechos maldición por otros. Porque ninguno de ellos, aunque haya sido hecho maldición, liberó a alguien de la maldición, excepto solo el Señor Jesucristo, quien con su preciosa sangre, nos redimió a todos, y a ellos, digo a Moisés y Aarón, y a todos los profetas y patriarcas, de la maldición de la Ley. No penséis que esto lo digo de mi propio sentido, la Escritura es testigo: porque Cristo por la gracia de Dios, o como se lee en algunos ejemplares, sin Dios, murió por todos (II Cor. V). Si por todos, también por Moisés, y por todos los profetas, de los cuales ninguno pudo borrar el antiguo documento que estaba escrito contra nosotros, y clavarlo en la cruz (Colos. II): Todos pecaron, y están destituidos de la gloria [es decir, gracia] de Dios (Rom. III, 23). También el Eclesiastés confirma esta sentencia: No hay hombre justo en la tierra, que haga el bien y no peque (Eccl. VII, 21). Finalmente, el dicho del Apóstol más adelante enseña claramente que ni Moisés, ni ningún hombre ilustre de los antiguos, pudo ser justificado ante Dios por la Ley. Pues sigue:

(Vers. 11, 12.) Porque en la Ley nadie es justificado ante Dios, es evidente, porque el justo por la fe vivirá. La Ley, sin embargo, no es de fe, sino que el que las hiciere, vivirá en ellas. El ejemplo con el que se prueba que el justo vive por la fe, y no por las obras, lo tomó de Habacuc, que así lo editaron los Setenta intérpretes: Pero el justo por mi fe vivirá (Habac. II, 4). Aquila y Teodoción: Pero el justo por su fe vivirá, es decir, de Dios. Por lo tanto, se debe considerar que no dijo, hombre o varón vive por la fe, para no dar ocasión de despreciar las obras de las virtudes; sino, el justo por la fe vivirá: para que cualquiera que sea fiel, y por la fe vivirá, no pueda llegar a la fe, ni vivir en ella, a menos que primero haya sido justo, y con la pureza de vida como con ciertos grados hacia la fe 433 haya ascendido. Por lo tanto, puede suceder que alguien sea justo, y sin embargo no viva sin la fe de Cristo. Si al lector le surge una duda, que acepte las palabras de Pablo, en las que dice de sí mismo: Según la justicia que

es en la Ley, irreprochable (Filip. III, 6). Por lo tanto, Pablo era entonces justo en la Ley, pero aún no podía vivir, porque no tenía en sí a Cristo hablando: Yo soy la vida (Juan XI, 25). En quien creyendo después comenzó también a vivir. Hagamos nosotros algo similar a esto que se dice, el justo por la fe vivirá; y digamos: el casto por la fe vivirá, el sabio por la fe vivirá, el fuerte por la fe vivirá, y de las demás partes de las virtudes saquemos una sentencia similar contra aquellos que no creyendo en Cristo, se creen fuertes y sabios, templados o justos: para que sepan que nadie vive sin Cristo, sin quien toda virtud es vicio. Este testimonio también puede leerse así: porque el justo por la fe, para que luego se infiera, vivirá [Al. vivirá]. Pero lo que dice: La Ley no es de fe, sino que el que las hiciere, vivirá en ellas, se demuestra muy claramente que no se dice una vida simple, sino aquella que se refiere a algo. Pues el justo por la fe vivirá: y no se añade, en estos, o en aquellos. Pero viviendo en la Ley el que las hiciere, vivirá en ellas, es decir, en las que hizo, que consideró buenas: teniendo como recompensa de su trabajo solo aquellas obras que hizo, ya sea la longitud de la vida (como piensan los judíos) o la declinación, de la pena por la cual el transgresor de la Ley es muerto. Pero vivir en ellas, no pensemos que son palabras del Apóstol, sino del profeta Ezequiel, quien dice: Y los saqué al desierto, y les di mis preceptos y les mostré mis justificaciones, que hará el hombre, y vivirá en ellas (Ezequiel XX, 10, 11). Quien después de haber dicho que vivirían aquellos que anduvieran en los preceptos y justificaciones, añadió: Y les di preceptos no buenos, y justificaciones en las que no vivirían en ellas (Ibid., 25). ¡Cuánta consideración en las palabras! donde dijo: Les di preceptos y justificaciones en las que vivirían en ellas, no añadió buenos. Pero donde puso, en las que no vivirían en ellas, añadió: Y yo les di preceptos no buenos, y justificaciones en las que no vivirán en ellas. Pero esto se trata más plenamente en Ezequiel: ahora volvamos al orden de la Epístola.

(Vers. 13.) 434 Cristo nos redimió de la maldición de la Ley, hecho por nosotros maldición. En este lugar se infiltra Marción sobre el poder del Creador, a quien infama como sanguinario, cruel y vengador [Al. juez], afirmando que fuimos redimidos por Cristo, quien es el Hijo de otro Dios bueno. Si entendiera en qué se diferencian [Al. diferenciaran] comprar y redimir (porque quien compra, compra algo ajeno; pero quien redime, compra algo que era suyo, y dejó de serlo) nunca torcería las palabras simples de las Escrituras en calumnia de su dogma. Por tanto, Cristo nos redimió de la maldición de la Ley, que está establecida para los pecadores, a quienes él mismo reprende por el profeta, diciendo: He aquí que por vuestros pecados habéis sido vendidos, y por vuestras iniquidades dejé a vuestra madre (Isaías L, 1). Y el apóstol repite esto mismo, diciendo: Pero yo soy carnal, vendido al pecado (Rom. VII, 14). Las maldiciones de la Ley que están escritas en Levítico y Deuteronomio, no se cumplen por el autor que es Dios, sino que el espíritu profético anuncia a los que van a pecar lo que les va a suceder. Pero si alguien quisiera coaccionarnos con el testimonio del apóstol que dice: Porque todos los que son de las obras de la Ley están bajo maldición: pues está escrito: Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas que están escritas en el libro de la Ley, para hacerlas (Deut. XXVII, 26), y afirmar que todos los que estuvieron bajo la Ley fueron malditos, preguntemos a él, si aquellos que están bajo el Evangelio de Cristo, y no cumplen sus preceptos, son malditos, o no. Si dijera que son malditos, tendrá en el Evangelio lo que nosotros tenemos en la Ley. Si negara que son malditos, entonces los preceptos del Evangelio serían puestos en vano, y sin recompensa estarán aquellos que los cumplan. Por tanto, ambos se resuelven de esta manera: así como Cristo Jesús nos liberó de la maldición de la Ley, hecho por nosotros maldición: así también nos libra de la maldición del Evangelio que está establecido sobre aquellos que no cumplen sus preceptos, hecho por nosotros él mismo maldición, sabiendo que no dejará de lado ni la mínima porción del talento, y exigirá hasta el último cuadrante (Mat. V, y Marc. XII).

(Vers. 14.) Porque está escrito: Maldito todo el que cuelga de un madero, para que en las naciones la bendición de Abraham se hiciera en Cristo Jesús, para que recibamos la promesa del Espíritu por la fe. Antes de discutir sobre el sentido y las palabras del Apóstol, parece justo replicar brevemente el testimonio del Deuteronomio, del cual el apóstol tomó estas palabras (Deut. XXI, 22, 23), y compararlo con las demás ediciones. Los setenta intérpretes tradujeron este pasaje así: Si en alguno hay pecado y juicio de muerte, y ha muerto, lo colgaréis en un madero, no dormirá su cuerpo sobre el madero, sino que lo enterraréis ese mismo día; porque maldito por Dios es todo el que cuelga de un madero: y no contaminarás tu tierra que el Señor tu Dios te da en herencia. Aquila: Y cuando haya en un hombre pecado en juicio de muerte, y haya sido muerto, y lo cuelgues sobre un madero, no permanecerá su cadáver sobre el madero, sino que lo enterrarás ese mismo día, porque es maldición de Dios el que está colgado: y no contaminarás tu suelo que el Señor tu Dios te da como herencia. Símaco: Si en un hombre hay pecado para juicio de muerte, y ha sido muerto, y lo cuelgas sobre un madero: no pernoctará su cadáver sobre el madero, sino que lo enterrarás ese mismo día, porque por blasfemia de Dios está colgado: y no contaminarás tu tierra que el Señor tu Dios te da como herencia. Teodoción: Y porque habrá en un hombre pecado en juicio de muerte, y morirá, y lo colgarás en un madero, no dormirá su cadáver sobre el madero, porque lo enterrarás ese mismo día, porque es maldición de Dios el colgado: y no contaminarás tu tierra que el Señor tu Dios te ha dado como herencia. Por lo demás, ADAMA (), tierra o suelo, se llama en lengua hebrea. En el lugar donde Aquila y Teodoción tradujeron de manera similar, diciendo: porque es maldición de Dios el colgado, en hebreo se pone CHI CALALATH ELOIM THALUI. Estas palabras, Ebion, aquel hereje semicristiano y semijudío, las interpretó así, ὅτι ὕβρις Θεοῦ ὁ κρεμύμενος, es decir, porque es injuria de Dios el colgado. Recuerdo haber encontrado en la Altercación de Jasón y Papisco, que está escrita en lengua griega, así: λοιδορία Θεοῦ ὁ κρεμύμενος, es decir, maldición de Dios el que está colgado. Un hebreo que me instruyó en las Escrituras en parte, me decía que también podría leerse así: porque Dios es colgado con desdén. Hemos reunido esto porque es una cuestión muy famosa, y los judíos suelen echárnoslo en cara como infamia, que nuestro Salvador y Señor estuvo bajo la maldición de Dios. Primero, pues, hay que considerar que no cualquiera que cuelgue de un madero es maldito ante Dios, sino quien haya pecado y, por su crimen, haya sido condenado a muerte y colgado en la cruz: no es maldito por haber sido crucificado, sino por haber incurrido en tal culpa que mereció ser crucificado. Luego, hay que oponer que más adelante se expone más plenamente la causa del patíbulo, refiriendo la Escritura que fue crucificado por maldición y blasfemia de Dios. Esto lo tradujo más claramente Símaco, diciendo: porque por blasfemia de Dios está colgado. Finalmente, preguntemos si Ananías, Azarías y Misael, que no quisieron adorar el ídolo de Nabucodonosor, hubieran sido colgados en un madero (Dan. III); también Eleazar, de noventa años, bajo el rey Antíoco de Siria, y la madre gloriosa con sus siete hijos, ¿los considerarían malditos (II Mac. VII), o dignos de toda bendición? Ciertamente, si la cruz que Amán preparó para Mardoqueo (Ester VII), no la hubiera subido él por su propio mérito, creo que Mardoqueo habría subido a ella, no como maldito, sino como hombre santo. Con estos y otros ejemplos similares se comprueba que es maldito quien ha cometido un crimen digno de patíbulo: no quien, por la iniquidad de los jueces, el poder de los enemigos, el clamor del pueblo, la envidia de las virtudes o la ira del rey, ha sido crucificado. Y Naboth, en otro tiempo, por las cartas de Jezabel, toda la ciudad de Jezrael lo condenó a muerte (III Reyes XXI); pero su sangre, en tipo de Cristo, fue vengada muchos siglos después, cuando el Señor dijo a Oseas: Llama su nombre Jezrael, porque aún un poco, y vengaré la sangre de Jezrael sobre la casa de Jehú (Oseas I, 4). Esto contra los judíos. Sin embargo, para que la discusión vuelva a nosotros, no puedo saber por qué el Apóstol, en lo que está escrito: Maldito por Dios todo el que cuelga de un madero (Deut. XXI, 2), haya omitido o añadido algo. Pues si una vez seguía la autoridad de los setenta

intérpretes, debió, como fue editado por ellos, añadir también el nombre de Dios. Pero si, como hebreo de hebreos, consideraba que lo que había leído en su lengua era lo más verdadero, no debía asumir ni todo ni en el madero, que no están en hebreo. Por lo cual me parece que, o los antiguos libros de los hebreos tenían algo diferente de lo que ahora tienen, o el Apóstol (como ya dije antes) puso el sentido de las Escrituras, no las palabras, o lo que es más probable, que después de la pasión de Cristo, tanto en los códices hebreos como en los nuestros, alguien añadió el nombre de Dios, para infamarnos, que creemos en Cristo como maldito por Dios. Así que, con paso audaz, procedo a este certamen, para desafiar a los libros, en ningún lugar está escrito que alguien sea maldito por Dios, y dondequiera que se pone maldición, nunca se añade el nombre de Dios. Maldito seas entre todas las bestias (Génesis III, 14), se dice al serpiente. Y a Adán: Maldita será la tierra por tu causa (Ibid., 17). Y a Caín: Maldito seas de la tierra (Génesis IV, 11). Y en otro lugar: Maldito sea Canaán, siervo de siervos será para sus hermanos (Génesis IX, 25). Y también en otro lugar: Maldita sea su ira, porque es feroz, y su furor, porque es cruel (Génesis XLIX, 7). Sería largo enumerar todas las maldiciones que se escriben en Levítico, Deuteronomio y Josué; y sin embargo, en ninguna de ellas se añade el nombre de Dios: tanto que incluso Satanás, cuando prometía sobre Job que si fuera oprimido por grandes angustias, blasfemaría, lo significó desde la mejor parte, diciendo: Si no te bendijera en tu cara (Job I, 11). Y en los libros de los Reyes, se refiere que Naboth fue lapidado porque bendijo a Dios y al rey (III Reyes XXI). Nadie debe ser movido por el hecho de que Cristo se hizo maldición por nosotros, porque también Dios, que se dice que lo hizo maldición, él mismo (cuando Cristo no conocía pecado) lo hizo pecado por nosotros, y el Salvador, de la plenitud del Padre, se vació, tomando forma de siervo (Filipenses II): la vida murió, y la sabiduría de Dios fue llamada necedad, para que lo que era necio de Dios se hiciera más sabio que los hombres (I Cor. I). Y en el salmo sesenta y ocho habla de sí mismo: Dios, tú conoces mi insensatez, y mis delitos no están ocultos de ti (Salmo LXVIII, 7). La injuria del Señor es nuestra gloria. Él murió para que nosotros vivamos. Él descendió a los infiernos para que nosotros ascendamos al cielo. Él se hizo necedad para que nosotros nos hiciéramos sabiduría. Él se vació de la plenitud y de la forma de Dios, tomando forma de siervo, para que en nosotros habitara la plenitud de la divinidad, y nos hiciéramos señores de siervos. Él colgó en el madero para borrar el pecado que cometimos en el madero del conocimiento del bien y del mal, colgado en el madero. Su cruz convirtió las aguas amargas en dulce sabor, y el hacha perdida, sumergida en lo profundo, la levantó al ser arrojada a las aguas del Jordán (IV Reyes VI). Finalmente, él se hizo maldición, hecho, digo, no nacido: para que las bendiciones prometidas a Abraham, por él como autor y guía, se transfirieran a las naciones, y la promesa del Espíritu por su fe se cumpliera en nosotros: que debemos entender de dos maneras, o en los dones espirituales de las virtudes, o en la inteligencia espiritual de las Escrituras (I Cor. IX).

(Vers. 15 y ss.) Hermanos, hablo según el hombre: sin embargo, el testamento de un hombre confirmado, nadie lo desprecia ni lo anula: a Abraham se le hicieron las promesas, y a su descendencia. No dice, y a las descendencias, como si fueran muchas, sino como en uno, y a tu descendencia, que es Cristo. Esto digo, el testamento confirmado por Dios, que la Ley hecha después de cuatrocientos treinta años, no lo anula para invalidar la promesa, porque si la herencia es por la Ley, ya no es por la promesa. Pero Dios dio a Abraham por promesa. El Apóstol, que se hizo todo para todos, para ganar a todos, deudor a griegos y bárbaros, sabios e insensatos, también se hizo insensato para los gálatas, a quienes poco antes había llamado insensatos. No usó con ellos los argumentos que usó con los romanos, sino más simples; y que los insensatos pudieran entender, y casi triviales. Para que no pareciera que lo hizo por ignorancia y no por arte, apacigua al lector prudente antes, y lo que va a decir lo modera con una prefación previa: Hermanos, hablo según el hombre. Porque lo que voy a decir, no lo

digo según Dios: no lo digo según la sabiduría oculta, y aquellos que pueden alimentarse con alimento sólido, sino según aquellos que, por la debilidad del estómago, se alimentan con rocío lácteo, y no pueden escuchar lo que es grande (I Cor. V). Por eso, también a los corintios, entre quienes se oía de fornicación, y tal fornicación que ni siquiera entre los gentiles, dice: Yo digo, y no el Señor (I Cor. VII, 12). Y a los mismos en la segunda: Lo que hablo, no lo hablo según el Señor, sino como en insensatez (II Cor. XI, 17). Algunos piensan que al hablar del testamento de un hombre, y de la muerte del testador, y de otros ejemplos de similitud humana, dijo: Hermanos, hablo según el hombre: pero me parece que, también por esto que ellos piensan, pero principalmente por lo que sigue, se ha dicho: No dice, y a las descendencias, como si fueran muchas, sino como en uno, y a tu descendencia, que es Cristo. Recorriendo todas las Escrituras con sentido y memoria, nunca encontré escrito descendencias en plural, sino ya sea en buen sentido o en mal sentido, siempre en singular. Y también lo que añade: Esto digo, el testamento confirmado por Dios, si alguien compara diligentemente los volúmenes hebreos y las demás ediciones con la traducción de los setenta intérpretes, encontrará que donde está escrito testamento, no suena testamento, sino pacto, que en lengua hebrea se dice BERITH (). Por lo tanto, es evidente que el Apóstol hizo lo que prometió, y no usó sentidos ocultos con los gálatas, sino cotidianos, y vulgares, y que podrían (si no hubiera dicho antes, hablo según el hombre) desagradar a los prudentes. Se deben calcular en este lugar los años desde el momento en que el Señor habló a Abraham, diciendo: Y en tu descendencia serán bendecidas todas las naciones (Génesis XXII, 18), hasta el legislador Moisés: si son cuatrocientos treinta, o cómo en Génesis el mismo Señor promete a Abraham que después de cuatrocientos años sus hijos saldrán de la tierra de servidumbre. No es una pequeña cosa, y ha sido buscada por muchos, no sé si por alguno ha sido encontrada. También lo que en el mismo libro se lee sobre Tamar y sus dos pequeños (Génesis XXXVIII), que el primero, llamado Zera, extendió su mano, y la partera le ató un hilo escarlata, y luego, retirando él su mano hacia adentro, el posterior, llamado Fares, extendió su mano, concuerda con el presente lugar, que mostró Israel en la obra de la Ley su mano, y la contrajo manchada de sangre por los profetas y el mismo Salvador. Después, el pueblo de los gentiles irrumpió, por el cual se dice que fue destruido varias veces, y el muro intermedio que había entre judíos y gentiles fue derribado, para que hubiera un solo rebaño y un solo pastor, y hubiera gloria, honor y paz para todo el que hace el bien, primero al judío y luego al griego. El sentido simple que se teje en este lugar tiene esta fuerza, para enseñar el Apóstol que no puede la Ley, que fue dada después, destruir las promesas que antes se hicieron a Abraham, y que lo posterior no puede invalidar lo anterior, ya que las promesas a Abraham se hicieron cuatrocientos treinta años antes, que en él serían bendecidas todas las naciones. La observancia de la Ley, que quien la hiciera viviría en ella, fue dada a Moisés en el monte Sinaí después de cuatrocientos treinta años. Por el contrario, aquí se podría decir: ¿Por qué, entonces, fue necesario dar la Ley después de tanto tiempo de la promesa, cuando incluso dada la Ley, podría surgir la sospecha de que la promesa fue destruida, y permaneciendo la promesa, la Ley dada no sería útil? Previendo el Apóstol esta cuestión, en lo siguiente se la propone a sí mismo y la explica, diciendo:

(Vers. 19, 20.) ¿Qué, pues? La Ley fue puesta a causa de las transgresiones hasta que viniera la descendencia a quien fue hecha la promesa: ordenada por ángeles en mano de mediador, el mediador no es de uno solo, pero Dios es uno. Porque permaneciendo la promesa que se había hecho a Abraham, la Ley dada después por Moisés parecía introducida en vano, explica por qué fue dada: a causa de las transgresiones, dice. Después de la ofensa del pueblo en el desierto, después de adorar el becerro, y murmurar contra el Señor, la Ley sucedió para prohibir las transgresiones. Porque la ley no está puesta para el justo, sino para los iníquos y no sujetos, impíos y pecadores (I Tim. II, 9): y para repetir más profundamente, después de la

idolatría, a la que en Egipto habían sido entregados, hasta el punto de olvidar al Dios de sus padres, y luego decir: Estos son tus dioses, Israel, que te sacaron de la tierra de Egipto, se sancionó el rito de adorar a Dios y el castigo de los delincuentes en mano del mediador Cristo Jesús, porque todas las cosas fueron hechas por él, y sin él nada fue hecho: no solo el cielo, la tierra, el mar y todo lo que vemos, sino también aquellas cosas que por Moisés fueron impuestas como yugo de la Ley al pueblo duro (Juan I). Se escribe también a Timoteo: Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús (I Tim. II, 5). Después que por nuestra salvación se dignó nacer del vientre de la Virgen el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, se le llama mediador. Pero antes de asumir el cuerpo humano, y estando con el Padre en el principio como Dios Verbo, a todos los santos a quienes se hizo la palabra de Dios, a saber, Enoc, Noé, Abraham, Isaac, y Jacob, y después Moisés y todos los profetas que la Escritura menciona, sin el añadido del hombre, que aún no había asumido, se le llama solo mediador. Pero lo que dice: La Ley ordenada por ángeles, quiere decir que en todo el Antiguo Testamento, donde primero se refiere que un ángel fue visto, y después se introduce hablando como Dios: el ángel verdaderamente de entre los muchos ministros que sea visto, pero en él habla el mediador que dice: Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob (Éxodo III, 6). Y no es de extrañar que Dios hable en los ángeles, cuando también por los ángeles que están en los hombres, Dios hable en los profetas, diciendo Zacarías. Y dijo el ángel que hablaba en mí (Zacarías II, 3); y luego añade: Así dice el Señor todopoderoso. Porque el ángel que había sido dicho estar en el profeta, no se atrevía a hablar de su persona: Así dice el Señor todopoderoso. Debemos entender la mano del mediador como su poder y virtud. Que siendo según Dios, él mismo uno con el Padre, según el oficio de mediador se entiende distinto de él. Porque el orden de la lectura está confuso, y se perturba por hipébaton, así nos parece que debe ser restituido: La Ley fue puesta por ángeles en mano de mediador, ordenada por ángeles, a causa de las transgresiones, hasta que viniera la descendencia a quien fue hecha la promesa. La descendencia sin duda significa a Cristo, quien también se comprueba ser hijo de Abraham desde el principio de Mateo, refiriendo la Escritura: Libro de la generación de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham.

(Vers. 21 seqq.) ¿Es entonces la Ley contraria a las promesas de Dios? De ninguna manera. Porque si se hubiera dado una Ley que pudiera dar vida, ciertamente la justicia vendría de la Ley. Pero la Escritura ha encerrado todo bajo pecado, para que la promesa, basada en la fe en Jesucristo, se diera a los creyentes. Antes de que viniera la fe, estábamos custodiados bajo la ley, encerrados para esa fe que había de ser revelada. Así como el mediador entre Dios y los hombres fue intermedio entre el dador y el receptor de la Ley, así la misma Ley, que fue dada después de la promesa, se interpuso entre la promesa y su cumplimiento. No debe pensarse que la Ley excluye la promesa porque parece abolir lo que fue primero, sino que, al no poder dar vida ni otorgar lo que la primera promesa prometía, es evidente que fue dada para la custodia de la promesa, no para su subversión. Porque si se hubiera dado una Ley que pudiera otorgar vida y cumplir lo que la promesa había asegurado, ciertamente se pensaría que la promesa fue excluida por la Ley. Ahora bien, fue puesta a causa de las transgresiones, como dijimos antes, para acusar más a los pecadores, a quienes, después de la promesa, fue dada en custodia y, por así decirlo, en prisión, para que, al no haber querido esperar la promesa en la inocencia por la libertad del albedrío, fueran custodiados con vínculos legales y reducidos a la servidumbre de los mandamientos, hasta la llegada de la fe futura en Cristo, que traería el fin de la promesa. No debe pensarse que la Escritura es autora del pecado, porque se dice que ha encerrado todo bajo pecado, ya que el mandamiento que se da por derecho muestra y acusa el pecado, más que ser causa del pecado. Así como un juez no es autor del crimen al

encarcelar a los malvados, sino que los encierra y los declara culpables con la autoridad de su sentencia, para que luego, si quiere, el principal los absuelva con indulgencia de la pena debida.

(Vers. 24 seqq.) Así que la Ley fue nuestro pedagogo en Cristo, para que fuéramos justificados por la fe. Pero cuando vino la fe, ya no estamos bajo el pedagogo. Porque todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús. El pedagogo se asigna a los niños, para refrenar la edad lasciva y mantener los corazones inclinados al vicio, mientras la infancia tierna se educa en los estudios y se prepara, cohibida por el miedo al castigo, para las disciplinas mayores de la filosofía y el gobierno de la república. Sin embargo, el pedagogo no es maestro ni padre, ni el que es educado espera la herencia y el conocimiento del pedagogo; sino que el pedagogo custodia al hijo ajeno, del cual se apartará cuando llegue al tiempo legítimo de tomar la herencia. De hecho, el nombre de pedagogo suena precisamente a eso, y está compuesto de lo que significa guiar a los niños. Así también la ley de Moisés fue puesta al pueblo lascivo, a modo de un pedagogo más severo, para custodiarlo y prepararlo para la fe futura, que una vez llegada, y habiendo creído en Cristo, ya no estamos bajo el pedagogo, el tutor y el curador se apartan de nosotros, y al entrar en el tiempo legítimo de la edad, somos llamados verdaderos hijos de Dios, a quien nos engendra no la Ley abolida, sino la madre Fe, que está en Cristo Jesús. Si alguien, después de haber alcanzado la plenitud de su edad, cuando ya es llamado heredero, libre e hijo, quisiera estar bajo el pedagogo, sepa que no puede vivir bajo las leyes de un niño. ¿Dónde puede ahora cumplirse aquello de: "Tres veces al año aparecerá todo varón tuyo ante el Señor tu Dios" (Éxodo XXIII, 17), con Jerusalén destruida y el templo reducido a cenizas? ¿Dónde están los sacrificios saludables y por el pecado? ¿Dónde el fuego eterno de los holocaustos, con el altar completamente destruido? ¿Qué castigo puede decretarse para los culpables, cuando la Escritura dice: "Quitarás el mal de en medio de ti" (Deuteronomio XIII, 5), con los judíos sirviendo y los romanos reinando? Así sucederá que no vivirán ni bajo el padre ni bajo el pedagogo: ya que la Ley no puede cumplirse después de la sucesión de la fe, y la fe no se mantiene mientras se busca la Ley como pedagogo.

(Vers. 27, 28.) Porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, os habéis revestido de Cristo. No hay judío ni griego. No hay esclavo ni libre. No hay varón ni mujer. Porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús. Cómo nacemos hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús, lo muestra diciendo: Porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, os habéis revestido de Cristo. Que Cristo es vestidura, no solo se comprueba en este lugar, sino también en otro, con Pablo exhortando: "Revestíos del Señor Jesucristo" (Romanos XIII, 14). Si, por tanto, los que han sido bautizados en Cristo se han revestido de Cristo, es evidente que aquellos que no se han revestido de Cristo no han sido bautizados en Cristo. A aquellos que se consideraban fieles y que habían recibido el bautismo de Cristo, se les dijo: "Revestíos del Señor Jesucristo". Si alguien toma esto de manera corporal y visible a los ojos de la carne, solo como un baño de agua, no está revestido del Señor Jesucristo. Pues incluso Simón, de los Hechos de los Apóstoles, había recibido el baño de agua; pero como no tenía el Espíritu Santo, no estaba revestido de Cristo (Hechos VIII). Y los herejes o hipócritas, y aquellos que viven de manera impura, parecen recibir el bautismo, pero no sé si tienen la vestidura de Cristo. Así que consideremos si acaso se encuentra en nosotros alguien que, por no tener la vestidura de Cristo, se le acuse de no haber sido bautizado en Cristo. Pero cuando alguien se ha revestido de Cristo una vez, y es lanzado al fuego, arde con el ardor del Espíritu Santo, no se entiende si es oro o plata. Mientras el calor posee la masa, hay un solo color ígneo, y toda diversidad de género, condición y cuerpos se elimina con tal vestimenta. Porque no hay judío ni griego. Debemos entender por griego al gentil, porque "Ἕλλην" significa tanto griego como pagano. Ni el judío es mejor porque está circuncidado, ni el gentil peor porque tiene

prepucio; sino que, por la calidad de la fe, el judío o el griego es mejor o peor. El esclavo y el libre tampoco se separan por su condición, sino por la fe, porque el esclavo puede ser mejor que el libre, y el libre superar al esclavo en la calidad de la fe. De manera similar, el varón y la mujer se separan por la fortaleza y la debilidad de los cuerpos. Sin embargo, la fe se valora por la devoción de la mente, y a menudo sucede que la mujer se convierte en causa de salvación para el hombre, y el hombre precede a la mujer en religión. Dado que las cosas son así, y toda diversidad de género, condición y cuerpos se elimina con el bautismo de Cristo y su vestidura, todos somos uno en Cristo Jesús: para que, así como el Padre y el Hijo son uno en sí mismos, así también nosotros seamos uno en ellos.

(Vers 29.) Si sois de Cristo, entonces sois descendencia de Abraham, herederos según la promesa. Porque las promesas fueron hechas a Abraham y a su descendencia, que es Cristo Jesús, consecuentemente aquellos que son hijos de Cristo, es decir, su descendencia, también se llaman descendencia de Abraham, de quien son descendencia de la descendencia. Pero siempre que nuestro Señor Jesús es llamado descendencia de Abraham, debe entenderse corporalmente, que es generado de su linaje. Sin embargo, cuando nosotros, que hemos recibido la palabra del Salvador, hemos creído en él y hemos asumido la nobleza del linaje de Abraham, a quien se hizo la promesa, entonces debemos entender espiritualmente la descendencia de la fe y la predicación. Además, también debemos considerar esto, que cuando habla del Señor: "Las promesas fueron hechas a Abraham y a su descendencia", es decir, a Cristo Jesús, las promesas se ponen en plural. Pero cuando se habla de aquellos que son descendencia de Abraham a través de Cristo, la promesa se menciona en singular, como en el presente lugar: "Entonces sois descendencia de Abraham, herederos según la promesa". Era apropiado que lo que se decía en plural en Cristo uno, se pusiera en singular en muchos hombres. Sigue:

(Cap. IV.---Vers. 1, 2.) Digo, pues, que mientras el heredero es niño, en nada difiere del esclavo, aunque es señor de todo, pero está bajo tutores y administradores hasta el tiempo señalado por el padre. Este heredero niño, que en nada difiere del esclavo aunque es señor de todo, pero está bajo tutores y administradores hasta el tiempo señalado por el padre, representa a toda la humanidad hasta la venida de Cristo, y, para decir más, hasta la consumación del mundo. Así como todos en el primer hombre, Adán, mueren antes de nacer, así también todos los que nacieron antes de la venida de Cristo son vivificados en el segundo Adán. Y así sucede que nosotros servimos a la Ley en los padres, y ellos son salvados por la gracia en los hijos. Este entendimiento conviene a la Iglesia católica, que afirma una sola providencia del Antiguo y del Nuevo Testamento, y no distingue en el tiempo a aquellos que ha unido en condición. Todos hemos sido edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, con Jesucristo nuestro Señor como la piedra angular que nos contiene, quien hizo de ambos uno, y destruyó en su carne la enemistad del muro intermedio de separación entre ambos pueblos, y cambió la dificultad de la antigua Ley por la integridad de los dogmas evangélicos (Efesios II, 20). Verdaderamente en Cristo todos somos un solo pan, y dos hemos concordado sobre la tierra. Y así como nosotros estamos fundados sobre los profetas, así también los patriarcas se mantuvieron en el fundamento de los apóstoles. Los tutores y administradores pueden ser entendidos como los profetas, cuyas palabras nos instruían diariamente en la venida del Salvador, como se ha discutido anteriormente sobre la Ley de Moisés como pedagogo; y los ángeles de los niños que diariamente ven el rostro del Padre e interceden por ellos. De los cuales se dice: "El ángel del Señor acampa alrededor de los que le temen, y los libra" (Salmo XXXIII, 8). También pueden entenderse como los sacerdotes y príncipes, que entonces dominaban al pueblo y ahora se consideran ejemplos. Y correctamente se dice que están bajo tutores y administradores aquellos que, teniendo el

espíritu de temor, aún no han merecido recibir el espíritu de libertad y adopción. La edad de la infancia teme a los pecados, teme al pedagogo, no confía en ser libre, aunque por naturaleza sea señora. Y según ambas interpretaciones, en las que hemos dicho que los tutores y administradores son profetas o ángeles, este niño está bajo administradores y tutores hasta que haya cumplido el tiempo legítimo de hombre perfecto. El tiempo legítimo, así como en las leyes romanas, se termina en un espacio de veinticinco años, así se considera la venida de Cristo para la perfección del género humano. Tan pronto como él venga, y todos crezcamos en un hombre perfecto, el pedagogo y el tutor se apartan de nosotros. Entonces disfrutaremos de la autoridad del Señor y de la posesión de la herencia, en la que antes nacidos éramos considerados de alguna manera extraños.

(Vers 3.) Así también nosotros, cuando éramos niños, estábamos sirviendo bajo los elementos de este mundo. Llamó elementos del mundo a los mismos que antes había llamado tutores y administradores, porque estando primero bajo estos principales, ya que aún no podíamos recibir la venida del Hijo de Dios, éramos instruidos en medio. Algunos piensan que son ángeles que presiden los cuatro elementos del mundo: a saber, la tierra, el agua, el fuego y el aire: y que es necesario que antes de que alguien crea en Cristo, sea gobernado por ellos como árbitros. Algunos consideran que los elementos del mundo son el cielo y la tierra, y lo que hay dentro de ellos, ya que los sabios de Grecia, las naciones bárbaras y Roma, la sentina de todas las supersticiones, veneran al sol, la luna, los mares, los dioses de los bosques y montañas: de los cuales, cuando Cristo venga, seremos liberados, entendiendo que son criaturas, no deidades. Otros interpretan los elementos del mundo como la Ley de Moisés y las palabras de los profetas: porque a través de estos, como principios y comienzos de las letras, recibimos el temor de Dios, que es el principio de la sabiduría. Finalmente, a aquellos que ya deberían ser perfectos, y que, habiendo descuidado la verdad, aún se aferraban a los principios de las disciplinas, el Apóstol escribe en la Epístola a los Hebreos: "Porque debiendo ser ya maestros, por el tiempo, tenéis necesidad de que se os vuelva a enseñar cuáles son los elementos de los principios de los oráculos de Dios" (Hebreos V, 12). En contraste, se nos puede objetar que al escribir a los Colosenses, el apóstol Pablo llamó elementos del mundo a otras cosas: "Mirad", dice, "que nadie os engañe por medio de filosofías y vanas sutilezas, según las tradiciones de los hombres, conforme a los elementos del mundo, y no según Cristo" (Colosenses II, 8). Pero por lo que añadió, "según las tradiciones de los hombres, y vanas sutilezas", muestra que no se nombran los mismos elementos a los Colosenses y a los Gálatas. De estos elementos, después de que venga la plenitud del tiempo, somos redimidos, y avanzando hacia cosas mayores, recibimos la adopción de hijos. De aquellos no se dice que siga algo así; sino que simplemente se entienden los elementos como letras. Por lo tanto, como hemos dicho, la Ley de Moisés y los profetas pueden ser entendidos como elementos de las letras, porque a través de ellos se unen las sílabas y los nombres, y no se aprenden tanto por su utilidad propia, sino para poder leer un discurso tejido, en el que se considera más el sentido y el orden de las palabras que los principios de las letras. Pero que hayamos interpretado la Ley y los profetas como elementos del mundo, el mundo suele entenderse como aquellos que están en el mundo, como dice el mismo Pablo: "Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo" (II Corintios V, 9). Y en el Evangelio: "Y el mundo fue hecho por él, y el mundo no lo conoció" (Juan X). Algunos también se aventuran más libremente: que como la Ley tiene sombra de los bienes futuros, buscan si en otro mundo, del cual el Salvador dice: "Yo no soy de este mundo" (Juan VIII, 23), primero somos niños, y estando bajo los elementos de los comienzos, avanzamos poco a poco hacia la cima, y recibimos el lugar de adopción que una vez perdimos.

(Vers. 4.) Pero cuando vino la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley, para que recibiéramos la adopción de hijos. Prestad atención cuidadosamente a que no dijo, "hecho por mujer", como Marción y las demás herejías quieren, que simulan la carne ficticia de Cristo: sino "nacido de mujer", para que no se crea que nació por ella, sino de ella. Pero que llamara a la santa y bienaventurada Madre del Señor, mujer, no Virgen, también está escrito en el Evangelio según Mateo: cuando se llama esposa de José (Lucas II), y es reprendida por el mismo Señor como mujer (Juan II). No era necesario siempre decir Virgen como con cautela y temor, ya que mujer significa más el sexo que la unión con el hombre: y según la comprensión del griego, γυνή puede interpretarse tanto como esposa como mujer. Pero para pasar por alto todo: así como fue hecho bajo la Ley para redimir a los que estaban bajo la Ley, así quiso nacer de mujer por aquellos que nacieron de mujer. Pues también recibió el bautismo en el río Jordán como penitente, aunque estaba libre de pecados, para enseñar a los demás que deben ser purificados por el bautismo, y ser generados como hijos por la nueva adopción del Espíritu. Lo cual no entendiendo Juan el Bautista, le prohibía acercarse al baño, diciendo: "Yo necesito ser bautizado por ti" (Mateo III, 14). Y enseguida se le enseña el sacramento: "Deja ahora, porque así conviene que cumplamos toda justicia", para que quien vino por la salvación de los hombres, no pasara por alto nada de la conducta de los hombres. Alguien podría preguntar y decir: Si por eso fue hecho bajo la Ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley: que evidentemente era imposible redimir a los que estaban bajo la Ley, a menos que él mismo hubiera sido hecho bajo la Ley: o fue hecho sin Ley, para redimir a los que no estaban bajo la Ley: o si no fue hecho sin Ley, no redime a los que no estaban bajo la Ley. Pero si era posible redimir a los que estaban sin Ley, sin que él mismo fuera hecho sin Ley: entonces fue superfluo que fuera hecho bajo la Ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley. Esta cuestión se resolverá brevemente si alguien usa el ejemplo: "y fue contado con los que estaban sin Ley". Porque aunque en los códigos latinos, por la simplicidad de los intérpretes, está mal editado: "Y fue contado con los inicuos" (Lucas XXII, 37); sin embargo, debe saberse que ἄνομον, que está escrito aquí, significa algo diferente en griego que ἄδικον, que se encuentra en los volúmenes latinos. Ἄνομος se refiere a aquel que está sin ley y no está sujeto a ninguna ley. Ἄδικος, en cambio, significa inicuo o injusto. Por eso el mismo Apóstol en otro lugar dice: "aunque no estaba sin la Ley de Dios, sino en la Ley de Cristo" (I Corintios IX): y ciertamente en este testimonio también está escrito ἄνομος en griego; y quien aquí lo interpretó bien, pudo haber interpretado la misma palabra de manera similar allí: a menos que la ambigüedad lo haya engañado. Otro verá más agudamente la misma palabra, "redimir", y dirá que se refiere a aquellos que primero fueron parte de Dios y luego dejaron de serlo: pero aquellos que no estaban bajo la Ley, no tanto son redimidos como comprados. Por eso, a los Corintios, entre quienes se escuchaba de fornicación, y tal fornicación que ni siquiera entre los gentiles (Ibid. V), se escribe: "Fuisteis comprados por precio", no "redimidos": porque no estaban bajo la Ley. Recibimos, pues, la adopción de hijos de Dios: y redimidos por Cristo, dejamos de estar bajo la servidumbre de los elementos del mundo y bajo el poder de los tutores. Así como hemos mostrado la diferencia entre redimir y comprar, consideremos también qué diferencia hay entre recibir y recuperar la adopción de hijos.

(Vers. 6.) Porque sois hijos de Dios, Dios envió el espíritu de su Hijo a nuestros corazones, clamando: Abba, Padre. El apóstol Pablo claramente nombra tres espíritus: el Espíritu del Hijo de Dios, como en el presente lugar, "Dios envió el Espíritu de su Hijo a nuestros corazones" (Rom. VIII, 14). Y el Espíritu de Dios, como en aquel: "Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios". Y el Espíritu Santo, como allí:

"Vuestros cuerpos son templo del Espíritu Santo, que está en vosotros" (I Cor. VI, 19). Que el Espíritu Santo sea distinto del Hijo de Dios, se comprueba claramente también en el Evangelio: "Quien diga una palabra contra el Hijo del hombre, le será perdonado. Pero quien hable contra el Espíritu Santo, no le será perdonado ni en este siglo ni en el venidero" (Luc. XII, 10). Esto es así porque muchos, por ignorancia de las Escrituras (como también lo hace Firmiano en el octavo libro de las Epístolas a Demetrianus), afirman que el Espíritu Santo a menudo es llamado Padre, a menudo Hijo. Y aunque creemos claramente en la Trinidad, eliminando a la tercera persona, no quieren que sea su sustancia, sino su nombre. Para no extenderme demasiado (pues no se está escribiendo un diálogo, sino un comentario), mostraré brevemente que en el salmo cincuenta se nombran tres espíritus, cuando el profeta dice: "Crea en mí, oh Dios, un corazón puro, y renueva un espíritu recto dentro de mí. No me eches de tu presencia, y no quites de mí tu Espíritu Santo. Devuélveme la alegría de tu salvación, y con un espíritu principal afirmame". Llama al espíritu principal, Padre, porque el Hijo procede del Padre, y no el Padre del Hijo. El espíritu recto, de verdad y justicia, significa a Cristo el Señor: "Porque el Padre ha dado todo juicio al Hijo" (Juan V, 22), como dice David: "Oh Dios, da tu juicio al rey, y tu justicia al hijo del rey" (Sal. LXXI, 1). Además, llama al Espíritu Santo por su nombre abierto. Aunque difieran en nombres y personas, están unidos en sustancia y naturaleza: y el mismo Espíritu, por la sociedad de la naturaleza, se dice indistintamente que es del Padre o del Hijo. El argumento con el que intenta demostrar que ya no estamos bajo la Ley, sino bajo la gracia del Señor Jesús, lo concluye de esta manera. Anteriormente había dicho, "para que recibiéramos la adopción de hijos": ahora prueba que somos hijos de Dios por el espíritu que tenemos en nosotros. Porque nunca, dice, nos atreveríamos a decir: "Padre nuestro que estás en los cielos: Santificado sea tu nombre", si no fuera por la conciencia del Espíritu que habita en nosotros, y con gran voz de sentidos y doctrinas clamando: "Abba, Padre" (Rom. VIII, 15). Abba es hebreo, significando lo mismo que Padre. Y esta costumbre la conserva la Escritura en muchos lugares, poniendo la palabra hebrea con su interpretación. Bartimeo, hijo de Timeo. Aser, riquezas. Tabita, Dorcas (Hech. IX): y en Génesis, Mesech, criado (Gen. XV), y otras similares. Pero como Abba Padre se dice en hebreo y siríaco: y nuestro Señor en el Evangelio ordena que no se llame a nadie padre sino a Dios (Mat. XXIII), no sé con qué licencia en los monasterios llamamos a otros con este nombre, o consentimos ser llamados así. Y ciertamente, quien ordenó esto fue el mismo que dijo que no se debía jurar (Mat. V). Si no juramos, tampoco llamemos a nadie padre. Si interpretamos de una manera sobre el padre, también nos veremos obligados a pensar de otra manera sobre el juramento. También es de notar que el clamor en las Escrituras no se entiende como una gran emisión de voz, sino como la magnitud del conocimiento y las doctrinas. Pues en Éxodo el Señor respondió a Moisés: "¿Por qué clamas a mí?" (Éxod. XIV, 15), cuando en realidad no había precedido ninguna voz de Moisés. Pero el corazón compungido y gimiendo lastimeramente por el pueblo, la Escritura lo llamó clamor. Así como quien tiene el Espíritu del Hijo de Dios es hijo de Dios; de igual manera, en reciprocidad, quien no tiene el espíritu del Hijo de Dios, no puede ser llamado hijo de Dios.

(Vers. 7.) Así que ya no eres siervo, sino hijo. Y si hijo, también heredero por Cristo. Teniendo, dice, el espíritu del Hijo de Dios en vosotros clamando, Abba, Padre, no comenzasteis a ser siervos, sino hijos. Porque antes no os diferenciabais en nada de un siervo cuando erais por naturaleza de Dios; pero vivíais como niños bajo tutores y administradores: si sois hijos, consecuentemente os corresponde la herencia, de modo que así como al recibir el espíritu del Hijo de Dios, os convertisteis en hijos de Dios: así, al ser transformados de la servidumbre a la libertad, sois herederos con el heredero del Padre, Cristo Jesús, quien habla en el salmo desde la persona del hombre asumido: "El Señor me dijo: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy. Pídeme, y te daré las naciones por herencia, y los confines de la tierra por

posesión" (Sal. II, 7, 8). Lo que decimos en este lugar, también debemos observarlo en los demás, que se discute sobre todo el género humano en número singular. Porque todos los creyentes somos uno en Cristo Jesús, y miembros de su cuerpo, y reducidos a un hombre perfecto, lo tenemos a él como cabeza, porque la cabeza del hombre es Cristo (I Cor. XI, 2).

(Vers. 8, 9.) Pero entonces, no conociendo a Dios, servisteis a los que por naturaleza no eran dioses. Ahora, conociendo a Dios, o más bien siendo conocidos por él, ¿cómo os volvéis de nuevo a los elementos débiles y pobres, a los cuales queréis volver a servir? Reprende a los Gálatas por haber pasado del culto a los ídolos a la fe en el Dios verdadero, cómo, habiendo dejado los ídolos, que por naturaleza no eran dioses, y conociendo a Dios, o más bien siendo conocidos por él, y habiendo recibido el espíritu de adopción, vuelven de nuevo como niños, deseando estar bajo tutores y pedagogos, a los elementos débiles y pobres, que fueron dados al pueblo en el desierto por su débil y pobre entendimiento, porque no podían recibir y soportar cosas mayores. Los mismos elementos, que ahora llama débiles y pobres, anteriormente los llamó simplemente elementos del mundo. Y donde se llamaron elementos del mundo, no se añadió "débiles y pobres". De nuevo, donde se llamaron débiles, el nombre "del mundo", como dijimos antes, está tácito. Creo, por tanto, que mientras alguien es niño, y no ha cumplido el tiempo establecido por el padre para ser llamado hijo y heredero, está bajo los elementos del mundo, es decir, bajo la Ley de Moisés. Pero cuando, después de la libertad debida al hijo, vuelve de nuevo a la Ley, deseando ser circuncidado, y seguir toda la letra de la superstición judía, entonces lo que antes eran para él solo elementos del mundo, también se llaman principios débiles y pobres. Pues no son de tal utilidad para sus adoradores, que ni siquiera pueden ofrecerles lo que antes les ofrecían, con Jerusalén, el templo y el altar destruidos. Que alguien responda y diga: Si la ley y los preceptos que están escritos en la Ley son elementos débiles y pobres, y aquellos que han conocido a Dios, o más bien han sido conocidos por él, no deben observar la Ley (para no comenzar a adorar no tanto a Dios, por quien han sido conocidos, como a aquellos que por naturaleza no son dioses), o Moisés y los profetas observaron la Ley, y no conocieron a Dios, ni fueron conocidos por él; o si conocieron a Dios, no cumplieron los mandamientos de la Ley. Lo cual es peligroso decir: O que ellos no hicieron lo que es de la Ley, y así conocieron a Dios: o que no conocieron a Dios, mientras guardaban los elementos débiles y pobres de la Ley. Esto se puede resolver diciendo que ellos, como Pablo se hizo judío para ganar a los judíos (I Cor. IX), y en Génesis se cortó el cabello por voto (Hech. XVIII), y practicó la desnudez y la calvicie en el templo en Jerusalén para calmar la envidia de aquellos que habían sido catequizados sobre él, que actuaba contra la Ley de Moisés y el Dios de los profetas: así también los hombres santos hicieron lo que era de la Ley, pero siguieron más el sentido de la Ley que la letra. Quienes, no menos que Abraham, con el velo quitado de la cara, desearon ver el día de Cristo, y lo vieron y se alegraron: Hechos débiles para el pueblo débil, para ganar a los débiles (I Cor. IX), y a aquellos que estaban bajo la Ley como si ellos mismos estuvieran bajo la Ley, para separarlos de los ídolos, a los que estaban acostumbrados en Egipto. Pues es absurdo que Moisés y los demás interlocutores de Dios estuvieran en tal condición, que no creamos que para ellos también haya llegado el tiempo fijado por el Padre, y que hayan sido redimidos de la servidumbre legal, y hayan recibido la adopción de hijos, y hayan tomado la herencia con Cristo. Porque lo que la sabiduría de Dios ha otorgado a todo el género humano como a un solo Hijo, lo mismo ha concedido a cada uno de los santos siempre en su propio orden y disposición. Al decir que la Ley de Moisés son elementos débiles y pobres, los herejes encuentran ocasión para denigrar al Creador, porque creó el mundo y sancionó la Ley. A los cuales responderemos, como dijimos antes, que los elementos son débiles y pobres para aquellos que vuelven a ellos después de la gracia del Evangelio. Pero antes de que viniera el tiempo fijado por el Padre, no se llamaron tanto elementos débiles y pobres, como del mundo.

De hecho, antes de que el Evangelio de Cristo brillara en todo el mundo, los preceptos legales tenían su propio resplandor: pero después de que la luz mayor de la gracia evangélica resplandeció, y el sol de justicia se mostró al mundo entero, la luz de las estrellas se ocultó, y sus rayos se oscurecieron, de modo que el Apóstol en otro lugar dice: "Porque ni siquiera fue glorificado lo que fue glorificado en esta parte, a causa de la gloria excelente" (II Cor. III). Lo que ahora dice con otras palabras, que la Ley de Moisés, que antes del Evangelio era rica, opulenta y clara, después de la venida de Cristo, en comparación con él, se ha disminuido y destruido como débil y pobre por aquel que fue mayor que Salomón, y el templo, y Jonás. Porque lo que está escrito: "Es necesario que él crezca, y yo disminuya" (Juan III, 30): no creo que se haya dicho tanto desde la persona de Juan, como desde la de la Ley, porque siempre los menores ceden a los mayores, y lo perfecto se prefiere a los comienzos. De otro modo, confirmaremos que los elementos débiles y pobres son las tradiciones de los judíos, y la vil inteligencia según la letra, que son justificaciones no buenas, y preceptos no buenos. Porque la inteligencia espiritual de la Ley es robusta y rica (Ezequiel XX), de modo que no debe llamarse elemento en absoluto, o debe ser un elemento en comparación con el siglo futuro, y la vida en Cristo Jesús, en la que ahora viven los ángeles y las virtudes celestiales. Pero comparada con el sentido judío, no debe llamarse tanto elemento, es decir, principio, como perfección. Pero lo que dice: "Ahora, conociendo a Dios, o más bien siendo conocidos por él", muestra que después del culto a los ídolos, los Gálatas entendieron a Dios, o más bien fueron juzgados dignos de su conocimiento. No porque el Dios Creador de todo ignore algo; sino porque solo se dice que conoce a aquellos que han cambiado el error por la piedad. "Conoce el Señor a los que son suyos" (II Tim. II, 19). Y el Salvador en el Evangelio: "Yo soy", dice, "el buen pastor, y conozco a las mías, y las mías me conocen" (Juan X, 14). En cambio, a los impíos: "No os conozco, apartaos de mí, obradores de iniquidad" (Luc. XIII, 27). Y a las vírgenes necias: "No os conozco" (Mat. XXV, 12).

(Vers. 10, 11.) Observáis días, y meses, y tiempos, y años, temo por vosotros, no sea que haya trabajado en vano entre vosotros. Quien no adora al Padre en espíritu y verdad, no conoce el sabbatismo reservado para los santos, del cual habla Dios: "Si entran en mi reposo" (Sal. XCIV, 11): y no recuerda aquellos tiempos, de los cuales está escrito: "Recordad los días del siglo" (Isaías XLVI, 9). Y en otro lugar: "Me acordé de los días antiguos, y tuve en mente los años eternos" (Sal. LXXVI, 6). Observa los días judíos, y los meses, y los tiempos, y los años. Días, como el sábado, y las neomenias, y desde el décimo día del primer mes hasta el decimocuarto, cuando el cordero corporal se reserva para el sacrificio, y desde el decimocuarto hasta el vigésimo primero del mismo mes, cuando se comen los ázimos, no de sinceridad y verdad, sino en el viejo fermento de malicia y maldad de los fariseos. También quien cuenta siete semanas según el rito judío después de los ázimos, celebra los días de la Pentecostés israelita. Y también el toque de trompetas en el séptimo mes, el primer día del mes. También el décimo de ese mes, la expiación y el ayuno, y las cabañas según la costumbre, observan los días judíos. Observan los meses, quienes observan el primer y séptimo mes, sin entender el misterio de la verdad. También celebran los tiempos, quienes creen cumplir el precepto del Señor, diciendo: "Tres veces al año celebraréis fiesta para mí, la solemnidad de los ázimos, y la solemnidad de la siega de los primeros frutos; y la solemnidad de la cosecha al final del año" (Éxod. XXIII, 14, ss.). Y en otro lugar: "Tres veces al año aparecerá todo varón tuyo ante el Señor tu Dios" (Éxod. XVII). Pero lo que dice, "y años", creo que se refiere al séptimo año de remisión, y al quincuagésimo, que ellos llaman Jubileo. El Apóstol explica más plenamente este lugar a los Colosenses, diciendo: "Por tanto, nadie os juzgue en comida, o en bebida, o en parte de día de fiesta, o de neomenia, o de sábados, que son sombra de lo por venir" (Col. II, 16). Puso parte de día de fiesta para distinguir de la festividad perpetua, para que no tengamos una breve, y, por así decirlo, una cierta parte del

todo, sino que tengamos todo el espacio de nuestra vida como una perpetua solemnidad en Cristo. Y para conectar lo anterior con lo posterior, lo que siente sobre la ley de Moisés y la curiosidad superflua de los alimentos en esta misma Epístola, lo añade inmediatamente y dice: "Si habéis muerto con Cristo a los elementos de este mundo, ¿por qué, como si vivierais en el mundo, os sometéis a ordenanzas? No toquéis, ni gustéis, ni manejeis, que todas son cosas que perecen con el uso, según los mandamientos y doctrinas de los hombres". Alguien podría decir: Si no es lícito observar días, y meses, y tiempos, y años, también incurrimos en un crimen similar observando el cuarto día de la semana, y la preparación, y el día del Señor, y el ayuno de la Cuaresma, y la festividad de la Pascua, y la alegría de Pentecostés, y por la variedad de regiones, diversos tiempos establecidos en honor de los mártires. A lo cual quien responda simplemente, dirá: no son los mismos días de observancia judía que los nuestros. Porque no celebramos la pascua de los ázimos, sino la resurrección y la cruz. Ni contamos siete semanas según la costumbre de Israel en Pentecostés, sino que veneramos la venida del Espíritu Santo. Y para que la congregación desordenada del pueblo no disminuyera la fe en Cristo, por eso se establecieron algunos días, para que todos viniéramos juntos al mismo tiempo. No porque ese día en que nos reunimos sea más célebre, sino para que, sea cual sea el día en que nos reunamos, surja mayor alegría del mutuo encuentro. Quien intente responder más agudamente a la cuestión opuesta, afirmará que todos los días son iguales, y que no solo en la preparación se crucifica a Cristo, y en el día del Señor resucita, sino que siempre es santo el día de la resurrección y siempre se come la carne del Señor. Pero los ayunos y las congregaciones entre los días fueron establecidos por hombres prudentes para aquellos que más se dedican al mundo que a Dios, y no pueden, o más bien no quieren, congregarse en la Iglesia durante toda su vida, y ofrecer el sacrificio de sus oraciones a Dios antes de los actos humanos. Pues, ¿quién es el que al menos practica siempre estos pocos tiempos establecidos, ya sea de oración o de ayuno? Así como nos es lícito ayunar siempre, o siempre orar, y celebrar incesantemente el día del Señor recibiendo el cuerpo del Señor con alegría: no es así lícito para los judíos inmolar el cordero en todo tiempo, celebrar Pentecostés, levantar cabañas, ayunar diariamente. Con bastante cautela moderó las palabras entre la autoridad del Apóstol y la lenidad del hombre santo, añadiendo: "Temo por vosotros, no sea que haya trabajado en vano entre vosotros". Porque si hubiera querido condenar abruptamente, habría dicho: "Temo por vosotros: en vano he trabajado entre vosotros". Pero viendo que tienen celo de Dios, pero no según ciencia, no desesperó completamente de su salvación, quienes fueron engañados por un error piadoso, ni los dejó sin reprensión, para no darles ocasión de perseverar en el error, y a los demás de errar de manera similar. "Temo por vosotros", lo puso en lugar de "temo de vosotros". El maestro trabaja en vano cuando él mismo provoca a los discípulos a cosas mayores, y ellos, retrocediendo, vuelven a cosas menores y humildes.

(Vers. 12.) Sean como yo, porque yo también soy como ustedes. Lo que dice es así: como yo me hice débil para ustedes, que son débiles, y no pude hablarles como a espirituales, sino como a carnales y pequeños en Cristo, y porque aún no podían alimentarse con comida sólida, los alimenté solo con leche evangélica, no queriendo que permanecieran siempre en la infancia, sino llevándolos poco a poco hasta la adolescencia y juventud, para que pudieran recibir alimento sólido: así también ustedes deben ser como yo, es decir, tener un conocimiento más perfecto, dejando la leche y pasando a alimentos más fuertes y mayores. Esto lo dice como imitador del Salvador, quien no consideró como robo ser igual a Dios, sino que se despojó a sí mismo tomando forma de siervo; y fue hallado en forma de hombre, para que nosotros, de hombres, nos convirtiéramos en dioses, y no muriéramos más; sino que, resucitando con Cristo, fuéramos llamados sus amigos y hermanos, y para que el discípulo fuera como el maestro, y el siervo como el señor. También puede entenderse así: Les ruego,

hermanos, que, despreciando la observancia judía de días, meses, tiempos y años, que son sombras de lo futuro, me imiten a mí, que, habiendo vivido sin reproche bajo la Ley, consideré todo como basura y desperdicio, para ganar a Cristo. Porque yo también fui como ustedes ahora son, cuando estaba atado a las mismas observancias, y perseguía y devastaba la Iglesia de Cristo porque no las cumplía. (Vers. 13.) Hermanos, les ruego, no me han ofendido. Saben que por la debilidad de la carne les prediqué el evangelio hace tiempo. Unan lo que sigue a la sentencia anterior, para que sea más claro, con el orden que imaginamos: Les ruego, hermanos, sean como yo, porque yo también soy como ustedes. Esto es similar a: Rogamos por Cristo, reconcíliense con Dios (II Cor. V, 40). Y también en otro lugar: Ruego, ante todo, que se hagan súplicas, oraciones, peticiones, acciones de gracias (I Tim. II, 1). También las palabras de Pedro diciendo: Ruego a los ancianos entre ustedes, siendo yo también anciano y testigo de los sufrimientos de Cristo (I Petr. V, 1). Estas palabras nos provocan a la humildad y derriban la altivez de los obispos, que, como si estuvieran en alguna alta atalaya, apenas se dignan ver a los mortales y hablar con sus compañeros siervos. Aprendan del Apóstol, que llama hermanos a los gálatas errantes e insensatos. Aprendan después de la reprensión las palabras amables que dice: Les ruego (I Cor. XI). Lo que ruega es que sean sus imitadores, como él lo es de Cristo; más bien, para seguir el lugar presente, no es mucho lo que pide: que así como él se hizo menor por ellos, así ellos asciendan de lo menor a lo mayor. No me han ofendido, dice. Un discípulo ofende al maestro si, por su negligencia, desperdicia sus enseñanzas y esfuerzo. Los gálatas no habían ofendido al Apóstol, hasta ese momento guardaban su evangelio y mandamientos. O ciertamente así: Cuando les anuncié el evangelio por primera vez; y debido a la debilidad de su carne, porque no podían recibir los sacramentos mayores, les prediqué como a pequeños, y me hice pasar por débil para ganarlos a ustedes, los débiles: ¿no me recibieron como a un ángel, como a Cristo Jesús? Entonces, si en ese tiempo no me ofendieron, y me consideraron humilde y abatido por su causa, semejante al Hijo de Dios: ¿cómo es que al llamarlos a cosas mayores me ofenden, perdiendo mi esfuerzo y lamentando ahora en vano la disposición con la que me hice pasar por pequeño? Sin embargo, Pablo anuncia a los gálatas por la debilidad de la carne, no la suya, sino la de los oyentes, que no podían someter la carne a la palabra de Dios, sino que, como carnales, no recibían nada de inteligencia espiritual. Para que sea más evidente, pongamos un ejemplo. Enseña por la debilidad de la carne quien dice: Si no pueden contenerse, cásen se. Y: Si la mujer queda viuda, es libre: cáse se con quien quiera, solo en el Señor (I Cor. VII, 9, 39). Pero no enseña por la debilidad de la carne al recordar esto: Estás libre de esposa: no busques esposa. Y: Es tiempo de que los que tienen esposa vivan como si no la tuvieran (Ibid. 27, 29). Porque unos preceptos se dan a los espirituales, otros a los carnales. Y una cosa es lo que se ordena según el mandato, otra lo que se prescribe según la indulgencia.

(Vers. 14.) Y la tentación de ustedes, que estaba en mi carne, no la despreciaron ni la rechazaron: sino que me recibieron como a un ángel de Dios, como a Cristo Jesús. Un lugar oscuro, y que debe ser atendido con más agudeza. Yo, dice, les prediqué ya hace tiempo por la debilidad de su carne, comenzando con cosas menores, y (por así decirlo) balbuceando casi entre ustedes. Esta disposición y simulación de una predicación débil era mi gobierno; pero su tentación, si les agradaban y les parecían grandes las cosas que, por su condición, eran menores y que yo presentaba como humildes. Ustedes, sin embargo, no las consideraron pequeñas, sino grandes, hasta el punto de admirarme tanto que me recibieron como a un ángel, y, para decir más, como al Hijo de Dios. Esta fue su tentación, en la que yo los probaba con el anuncio carnal de mi discurso, no fue despreciada ni vil; sino que tuvo más dignidad de la que estimaba. Este lugar también puede explicarse así: cuando vine a ustedes, no vine con palabras de sabiduría, sino como un hombre humilde y despreciado, sin traer nada

grande, sino a Cristo crucificado. Entonces, cuando me vieron en un cuerpo sujeto a enfermedades, prometiendo reinos celestiales, no me ridiculizaron, ni consideraron que merecía desprecio: entendían que la humildad de mi carne y la vileza de mi apariencia se hacían para su tentación: si despreciarían a quien los incrédulos consideraban miserable; pero, por el contrario, recibieron a ese humilde, vil y despreciado como a un ángel, y más que a un ángel. O ciertamente podemos sospechar que el Apóstol, en el tiempo en que vino por primera vez a los gálatas, estaba enfermo; y, retenido por alguna debilidad corporal, no dejó de predicar el evangelio que había comenzado. Pues se dice que a menudo sufría un dolor de cabeza muy grave: y que este era el ángel de Satanás que se le había asignado para abofetearlo en la carne, para que no se exaltara. Esta debilidad y languidez del cuerpo fue una tentación para aquellos a quienes se anunciaba el evangelio: si despreciarían a quien veían sujeto a enfermedades corporales mientras prometía cosas sublimes. También puede decirse que, al principio de su llegada a los gálatas, sufrió insultos, persecuciones y golpes en el cuerpo por parte de aquellos que se oponían al evangelio: y que esta fue la mayor tentación para los gálatas, al ver al apóstol de Cristo ser golpeado. Pero cuando dice, como a un ángel, como a Cristo Jesús me recibieron: muestra que Cristo es mayor que el ángel, a quien el salmista había cantado como menor que los ángeles según la disposición del cuerpo, diciendo: Lo hiciste un poco menor que los ángeles (Sal. VIII, 6); y demuestra que sus palabras al principio tuvieron tanto poder que fueron considerados como ángeles y de Cristo.

(Vers. 15, 16.) ¿Dónde está, pues, su felicidad? Les doy testimonio de que, si hubiera sido posible, se habrían arrancado los ojos y me los habrían dado. ¿Me he convertido, entonces, en su enemigo por decirles la verdad? Bienaventurado es el que camina en el camino de las virtudes, pero si llega hasta las virtudes. No sirve de nada apartarse de los vicios si no se alcanzan las mejores cosas. Porque no son tanto los comienzos en los buenos estudios los que deben ser alabados, sino el final. Así como en la viña hay muchos pasos hasta el lagar de las uvas: primero es necesario que la vid brote en los sarmientos, prometa esperanza en las flores: luego, que al caer la flor, se forme la apariencia del futuro racimo, y poco a poco la uva hinchada esté lista para dar a luz, para que, prensada en los lagares, sude dulces mostos. Así también en la doctrina hay progresos individuales de bienaventuranzas: para que alguien escuche la palabra de Dios, la conciba, crezca en el vientre de su alma, y llegue hasta el parto. Para que, cuando lo haya dado a luz, lo alimente con leche, y lo lleve desde la infancia, niñez, adolescencia, juventud, hasta el hombre perfecto. Entonces, como dijimos, cada uno de los grados tiene su bienaventuranza según su progreso: si falta el final, y, por así decirlo, la última mano a la obra, todo el esfuerzo será en vano; y se dirá: ¿Dónde está, pues, su felicidad? Aunque, dice, en ese tiempo en que recibieron el evangelio según la carne, los llamaba bienaventurados porque ardían en los comienzos: sin embargo, ahora que no veo el edificio coronado, y casi no veo los cimientos puestos, me veo obligado a decir: ¿Dónde está, pues, su felicidad, que antes los consideraba bienaventurados y los alababa? En verdad, también confieso que me amaron tanto cuando les predicaba humildemente o estaba afligido por persecuciones, que si hubiera sido posible (hiperbólicamente deben entenderse estas palabras) se habrían arrancado los ojos; y me los habrían dado para que, con la luz de todos ustedes, viera más. Deseaban ser ciegos por el amor inefable que me tenían; para que la luz del evangelio brillara más en mi corazón, querían que mi beneficio creciera con sus pérdidas: y esto en ese tiempo, cuando les anunciaba cosas pequeñas y humildes como a pequeños y lactantes, ya sea por la debilidad de su carne o por las injurias a mi carne, no parecía digno de fe. Pero ahora, porque he comenzado a llamarlos de los elementos y sílabas y la lectura infantil a estudios mayores, para que tengan libros en sus manos, para que aprendan palabras llenas de erudición y sentido, se rebelan, se enojan, la perfección de las doctrinas les parece pesada: y tanto han cambiado de afecto, que a mí, a quien recibieron como a un ángel y a

Cristo, a quien querían dar sus ojos, ahora me tienen como enemigo: porque les anuncio la verdad plena. Terminó elegantemente la sentencia, diciendo: ¿Me he convertido, entonces, en su enemigo por decirles la verdad? para mostrar que los inicios de la predicación no eran tanto la verdad, sino la sombra e imagen de la verdad. Esta sentencia es similar a la famosa entre los poetas romanos (Terent. en And. I, 1): La complacencia hace amigos, la verdad engendra odio. Pero vean cuánto mejor aquí que allí; el Apóstol, a quienes había llamado necios, a quienes había llamado pequeños, moderó esta sentencia y la hizo especial: al dirigirla propiamente a las personas y a los gálatas. Aquel, sin embargo, al hacerla general y anunciar que se aplica a todos, erró gravemente. Porque la complacencia, cuando se piensa que hace amigos, sin la verdad, no es tanto complacencia como adulación y lisonja: que es más correcto llamar enemistades ocultas que amistades. Al mismo tiempo, también debe considerarse que hoy, mientras explicamos las Escrituras según la letra a los pequeños y lactantes, y a aquellos en cuyos corazones Cristo nunca crece ni progresa en edad, sabiduría y gracia ante Dios y los hombres, somos alabados, admirados, tenidos en alta estima. Pero cuando comenzamos a llamarlos un poco a cosas mayores, para que pasen a lo más alto, de ser nuestros pregoneros se convierten en enemigos; y prefieren seguir a los judíos que a los apóstoles, que, apartándose de la doctrina y tradiciones de los fariseos, han entrado en el propiciatorio mismo y en la perfección de la Ley: ni se dignan recibir la palabra divina, que ordena a los maestros de la Iglesia ascender a doctrinas más altas, y elevar su voz con todas sus fuerzas, sin temer el ruido de los pequeños que ladran alrededor, diciendo: Sube a un monte alto, tú que evangelizas a Sion. Exalta tu voz con fuerza, tú que evangelizas a Jerusalén. Exáltala, no temas (Isai. XL, 9).

(Vers. 17, 18.) Los celan no bien: pero quieren excluirlos, para que los celen a ellos. Pero celan bien en el bien siempre: y no solo cuando estoy presente con ustedes. Celan bien quienes, al ver que algunos tienen gracias, dones, virtudes, desean ser tales: y se esfuerzan por imitar la fe, vida y diligencia de aquellos que las merecieron, para poder también alcanzar aquellas cosas que son dignas de buena emulación. De los cuales también el Apóstol dice: Celan los dones espirituales: pero más bien que profeticen. Y más adelante: Así también ustedes, ya que son celosos de los dones espirituales, busquen abundar para la edificación de la Iglesia. Y de nuevo: Así que, hermanos, celan profetizar, y no prohíban hablar en lenguas. Pero celan no bien quienes no tanto desean ser mejores, para imitar a aquellos que son dignos de emulación, como quieren hacer a esos mismos peores, y arrastrarlos hacia atrás con una emulación perversa. Por ejemplo: alguien es cristiano, lee a Moisés y los profetas; sabe que todo fue anticipado en sombra e imagen para ese pueblo; pero fue escrito para nosotros, en quienes han llegado los fines de los siglos. Entiende la circuncisión no tanto del prepucio, sino de los oídos y el corazón. Ha resucitado con Cristo: busca las cosas que están arriba. Ha sido liberado de la carga y servidumbre de la Ley, que ordena no tocar, no gustar, no contaminarse: si alguien quiere persuadirlo con las palabras de las Escrituras, para que no las reciba a través de la tropología, sino según la letra que mata, para que se convierta en un judío manifiesto, no en oculto, lo cела no bien: sino que se apresura a detenerlo en su rápido curso hacia cosas mayores, para que lo emule a él, que va hacia atrás: o ciertamente no lo deja avanzar mucho más. Habla, pues, a los gálatas, que habían sido inducidos por los defensores de la Ley a imitarlos, cuando ellos debieron haber imitado a los gálatas. Porque es natural que el mayor se haga del menor, no el menor del mayor, y dice: Celan bien en el bien, es decir, no imiten a los defensores de la observancia judía, sino imiten las cosas que son buenas. Porque así como quien imita las riquezas, el poder, la dignidad de alguien, no emula tanto las cosas buenas como las que deben evitarse: así también ustedes, por el contrario, celan bien en el bien: buscando más las cosas espirituales que las carnales; para que no ellos los enseñen a ser judíos, sino ustedes a ellos a ser cristianos. Hagan esto siempre, para que,

con un paso perseverante, puedan llegar al final de la buena obra. Porque ciertamente celaban bien en el bien, antes cuando estaba con ustedes: que después de que me fui, perdieron todo lo que les había enseñado, y de una posición segura y un puerto confiable, fueron arrastrados de nuevo al mar por la ola que retrocede. Y no es de extrañar si, al retirarse el Apóstol, el vaso de elección, en quien hablaba Cristo el Señor, los gálatas cambiaron: cuando también ahora vemos que lo mismo sucede en las iglesias. Si alguna vez un maestro en la iglesia, adornado con elocuencia y vida, que incita a los oyentes como con ciertos estímulos a las virtudes, vemos a todo el pueblo apresurarse, arder, correr alrededor de las limosnas, ayunos, castidad, acogida de los pobres, entierros, y cosas similares. Pero cuando él se va, poco a poco se marchitan, y al retirarse el alimento, se debilitan, palidecen, languidecen, y sigue la ruina de todo lo que antes florecía. Por lo tanto, porque la mies es mucha, pero los obreros pocos (Mat. IX, 37), roguemos al Señor de la mies, que envíe obreros a cosechar, que recojan las espigas del pueblo cristiano, que están en la iglesia, preparadas para el futuro trigo, las cosechen, las recojan, y llevándolas a los graneros, no permitan que se pierdan. Esto sobre el celo y la emulación perversa, de la que también se ha dicho en otro lugar: No te irrites a causa de los malignos (Sal. XXXVI, 1): y aquí: Los celan no bien. Pero encontramos también otro celo, con el que los hijos de Jacob celaron a su hermano José (Gén. XXXVII ss.): y María y Aarón al amigo del Señor Moisés (Num. XII). Porque ni aquellos, ni estos, fueron incitados al celo para que José y Moisés fueran mejores: sino porque les dolía que ellos fueran mejores. Este celo es vecino de la envidia. Sería largo si quisiera presentar todos los tipos de celo, bueno o malo, del tesoro de las Escrituras. Leemos de un buen celo en Finees (Num. XXV), Elías (III Reg. XIX), Matatías (I Mac. II), y el apóstol Judas (pero no el traidor) que, por la notable virtud del celo en él, también recibió el nombre de Zelote (Hech. I). Pero un mal celo, como el de Caín contra Abel (Gén. IV), y de otros contra otros. Y el celo del hombre, del que está escrito: Y le vendrá el espíritu de celo (Num. V). A menos que este celo sea quizás intermedio, y no pueda tomarse ni en buen ni en mal sentido; sino que se llama más bien celotipia. De otra manera: Los que eran de la circuncisión, al ver que los gálatas de entre los gentiles abundaban en las virtudes del Espíritu Santo, y que ellos mismos no hablaban en lenguas, no tenían dones de curaciones; no tenían la gracia de la profecía, deseaban, incitados por los estímulos del celo, llevarlos a las cargas de la Ley, para que comenzaran también ellos a ser como ellos.

(Vers. 19.) Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo se forme en vosotros. Cuántas dificultades y dolores se experimentan al dar a luz, lo declara la primera maldición, diciendo: Con dolor darás a luz a tus hijos (Gén. III, 16). Queriendo, pues, Pablo mostrar la preocupación de los maestros por sus discípulos, y los sentimientos que padecen para que sus seguidores no pierdan la salvación, dice: Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto. Pues quien en otro lugar había dicho como padre: Aunque tengáis diez mil pedagogos en Cristo, no tenéis muchos padres (I Cor. IV, 15), ya no habla como padre, sino como madre en Cristo, para que reconozcan en él la ansiedad y el amor de ambos padres. Algo similar decía Moisés del pueblo: ¿Acaso yo concebí a todo este pueblo? (Núm. XI, 12). ¿Quién de nosotros, crees, está tan ansioso por la salvación de los discípulos, que no se atormenta por unas pocas horas, o a lo sumo por dos o tres días, sino durante toda su vida, hasta que Cristo se forme en ellos? El ejemplo de la mujer embarazada que concibe y forma en sí misma las semillas debe ser cuidadosamente considerado, para que podamos entender lo que se dice. La naturaleza no debe ser avergonzada, sino venerada. Pues así como en el útero de la mujer primero se deposita la semilla informe, para que se adhiera a sus surcos y fondo como un cierto pegamento: de lo cual el profeta, recordando su inicio, dice: Tus ojos vieron mi embrión (Sal. CXXXVIII, 16): luego, durante nueve meses, con la sangre

retenida, el futuro hombre se coagula, se forma, se alimenta y se distingue; para que después de haber palpitado en el útero, en el tiempo establecido, sea traído a la luz, y nazca con tantas dificultades como luego se nutre para que no muera: así también la semilla de la palabra de Cristo, cuando cae en el alma que escucha, crece en sus etapas, y, para pasar por alto muchas cosas (podemos, de hecho, transferir fácilmente la descripción corporal a la comprensión espiritual), está en peligro hasta que quien ha concebido dé a luz. Y no es inmediatamente el fin del esfuerzo haber dado a luz, sino que entonces comienza otro trabajo, para que la infancia lactante sea llevada con cuidados y estudios diligentes hasta la plena edad de Cristo. Y así como en el matrimonio a menudo la semilla del hombre es la causa de que no se procreen hijos, a veces la esposa estéril no retiene las semillas, y frecuentemente ninguno de los dos es apto para engendrar, y al contrario, ambos son fecundos: así también en aquellos que siembran la palabra de Dios, se guarda esta división cuádruple, para que el maestro cumpla su deber, pero el oyente sea estéril: o el oyente sea de buena índole, pero por la impericia del maestro, la semilla de la palabra perezca: o tanto el que enseña como el que es enseñado sean igualmente necios; y rara vez sucede que tanto el maestro como el discípulo estén de acuerdo, es decir, que el maestro enseñe tanto como el discípulo pueda absorber: o que el discípulo reciba tanto como el maestro pueda impartir. Pero ahora todos somos jueces. No sabemos qué salmo es, qué parte de la profecía, qué capítulo de la Ley, y con facilidad de palabra interpretamos audazmente lo que no entendemos. No nos corresponde a nosotros que Cristo se forme en el pueblo: para que cada uno, al regresar a su casa, tenga la semilla de la palabra de Dios, que cuando la haya concebido, pueda decir con el profeta: Por tu temor, Señor, hemos concebido y dado a luz, hemos hecho hijos de tu salvación sobre la tierra (Is. XXVI, 17, 18). Tales pasan a ser apóstoles, y merecen oír del Salvador: Quienquiera que haga la voluntad de mi Padre, ese es mi hermano, y hermana, y madre (Mat. XXII, 50): mostrada la diversidad de progresos en diversos nombres. También se forma Cristo en el corazón de los creyentes, cuando todos los sacramentos se les revelan, y lo que parecía oscuro se hace claro. Pero también debe considerarse que quien de alguna manera dejó de ser hombre por el pecado, por la penitencia es concebido por el maestro, y nuevamente en él se promete la formación de Cristo. Esto contra los novacianos, que no quieren que se reformen aquellos que una vez fueron quebrantados por el pecado.

(Vers. 20.) Quisiera estar ahora con vosotros, y cambiar mi voz, porque me confundo en vosotros. La Escritura divina edifica cuando se lee; pero mucho más provecho tiene si se convierte de las letras a la voz, para que quien enseñó por carta, instruya presente a los oyentes. La voz viva tiene ciertamente gran fuerza: la voz resonante de la boca de su autor, que se pronuncia y distingue con la entonación con que fue generada en el corazón del hombre. Sabiendo, pues, el Apóstol que el discurso que se hace a los presentes tiene mayor fuerza, desea cambiar la voz epistolar, la voz comprendida en letras, en presencia: y porque esto era más conveniente para aquellos que habían sido pervertidos en el error, atraerlos a la verdad con discurso vivo. Esto, sin embargo, porque se confundía en ellos: lo cual se dice más propiamente en griego. *Ἀποροῦμαι* no significa tanto confusión, que entre ellos se llama *αἰσχύνη* o *σῆγχυσις*, como indigencia y pobreza. El sentido, pues, es este; Quisiera estar ahora con vosotros, y pronunciar la voz de las letras presente yo mismo, porque carezco de vosotros. No tengo, en efecto, los frutos que los maestros suelen tener de los discípulos; y en vano se ha sembrado la semilla de las doctrinas, cuando sufro en vosotros una total indigencia: de modo que puedo exclamar con la voz de Jeremías: No he sido de provecho, ni nadie me ha sido de provecho (Jer. XXIII, 23). También puede interpretarse de otra manera: Pablo apóstol, que se había hecho judío para los judíos, para ganar a los judíos (I Cor. IX), y a los que estaban bajo la Ley, como si él mismo estuviera bajo la Ley, y débil para los débiles, para ganar a los débiles: según la calidad de aquellos que deseaba salvar, cambiaba

su voz, y a semejanza de los actores (pues se había hecho espectáculo al mundo, y a los ángeles, y a los hombres [I Cor. IV]) transformaba su apariencia y voces en diversas figuras. No porque fuera lo que pretendía ser; sino porque solo parecía ser lo que beneficiaba a los demás. Ve que los gálatas necesitan otra doctrina, deben ser salvados por otro camino, no por aquel por el que primero fueron llevados a la fe de Cristo desde el paganismo: y se ve obligado a decir: Quisiera estar ahora con vosotros, y cambiar mi voz, porque me confundo en vosotros. No, dice, veo que no soy de provecho, si hablo lo que antes hablé, por lo cual, ignorando qué hacer, y distraído en diversas direcciones, me desgarran, me confunden y me destrozan. Y así como los médicos, cuando ven que la fuerza de su arte no vale con el primer medicamento, pasan a otro, y prueban qué es lo que de entre muchos puede ser de provecho, hasta que llegan a la curación: para que lo que no pudo ser sanado con la suavidad de algún emplasto, se cure con un polvo más mordaz, y una cura más austera: así también yo, porque me confundo en vosotros, y la ignorancia me distrae aquí y allá, quisiera pronunciar la voz de las letras presente de mi boca, para corregiros yo mismo con mayor severidad; porque la carta no puede expresar la voz del que reprende; no puede resonar el clamor del que se enoja, y explicar el dolor del pecho con palabras. También puede entenderse más sencillamente: He usado ahora palabras blandas con vosotros, diciendo: Hermanos, os ruego. Y: Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto hasta que Cristo se forme en vosotros; pero yo, blando y suave, que os he hablado como un padre, por el amor con que no permito que mis hijos perezcan y se equivoquen perpetuamente, quisiera ahora estar presente si las cadenas de mi confesión no me ataran, y cambiar la voz blanda en palabras de reprensión. No es de ligereza, si ahora os halago, ahora me enoja; me impulsa el amor, me impulsa el dolor, a hablar con diversos sentimientos. No sé en qué palabras debo primero estallar, y con qué medicamento debo sanaros, porque me confundo en vosotros.

(Vers. 21.) Decidme, los que queréis estar bajo la Ley, ¿no habéis oído la Ley? Es de notar que aquí se llama Ley a la historia del Génesis, no como comúnmente se estima, lo que se debe hacer o evitar, sino todo lo que se narra de Abraham, sus esposas e hijos, llamado ley (Juan XV). Leemos también en otro lugar que los Profetas son llamados Ley. Escucha, pues, la Ley, quien según Pablo no mira la superficie, sino que penetra en su médula. No escucha la Ley, quien, como los gálatas, sigue solo la corteza exterior.

(Vers. 22, 23.) Porque está escrito que Abraham tuvo dos hijos, uno de la esclava y otro de la libre. Pero el de la esclava nació según la carne; el de la libre, por la promesa. Es de gran dificultad demostrar que solo Isaac, nacido de Sara, fue engendrado por la promesa, y no también Ismael, nacido de Agar, la esclava egipcia. La Escritura refiere que cuando, perseguida por Sara, Agar embarazada huyó, y el ángel la encontró en el desierto, y le aconsejó someterse al poder de su señora, el mismo ángel también dijo: Multiplicando multiplicaré tu descendencia, y no se podrá contar por su multitud (Gén. XVI, 10). Y después de Ismael (que ciertamente nadie dudará que son palabras de promesa): Este será un hombre rústico, su mano contra todos, y la mano de todos contra él, y habitará frente a todos sus hermanos. Pero se puede responder que la promesa del ángel es de menor autoridad que la del mismo Dios. Pues así como la estrella no brilla cuando sale el sol, así las palabras del ángel se oscurecen y desvanecen en comparación con la promesa de Dios, y se consideran como nada. Esta respuesta parece tener algún peso; pero inmediatamente se desmorona con la autoridad de la Escritura siguiente. Está escrito: Pero Abraham dijo a Dios: Que Ismael viva delante de ti (Gén. XVII, 18 ss.): y Dios le respondió: He aquí que Sara, tu esposa, te dará un hijo, y llamarás su nombre Isaac, y estableceré mi pacto con él, como pacto eterno, y con su descendencia después de él. De Ismael, sin embargo: He aquí que te he escuchado, y he aquí que lo he bendecido, y lo multiplicaré mucho. Doce príncipes engendraré, y lo haré una gran

nación, pero mi pacto lo estableceré con Isaac, que Sara te dará en este tiempo, el año próximo. De lo cual es evidente que también por las palabras del mismo Dios, Ismael fue engendrado según la promesa. Pero esto también se resuelve así, que la promesa se cumple propiamente en la entrega del pacto, y es una cosa bendecir, aumentar, multiplicar mucho, lo que está escrito de Ismael: otra cosa es hacer heredero por el pacto, lo que se dice de Isaac: Estableceré mi pacto con él, como pacto eterno, y con su descendencia después de él. Y en lo siguiente: Pero mi pacto lo estableceré con Isaac, que Sara te dará (Gén. XVII, 19). Y así como una cosa son los dones, otra la sustancia: una cosa los legados, otra la herencia (leemos que a los hijos de las concubinas de Abraham se les dieron dones: pero al hijo de Sara se le dejó la herencia de toda la sustancia); así es una cosa, como hemos dicho, la bendición y los legados, otra el pacto. Pero también se puede decir esto de Ismael, que después de su concepción, ya sea el ángel o Dios habló. De Isaac, sin embargo, antes de que fuera concebido en el útero de Sara, Dios lo había prometido. Esto se ha dicho hasta ahora en la medida en que nuestra mediocridad de ingenio lo permite. Sin embargo, si alguien puede encontrar algo mayor, cómo Ismael, nacido de la esclava, no es hijo de la promesa, pero Isaac, nacido de la libre, lo es: ese debe ser escuchado. Y si algo, dice el Apóstol, pensáis de otra manera, también esto os lo revelará Dios. Ahora brevemente debemos tender a cosas más altas, para decir que cada uno de nosotros primero no nace según la promesa, mientras se instruye con las palabras simples de las Escrituras, y aún se deleita con las exposiciones judías: cuando, sin embargo, ha pasado a cosas más sublimes, y ha entendido la ley espiritual, entonces nace según la promesa: y, para hablar más claramente, diariamente aquellos que hacen las obras de Abraham, nacen de Abraham. Pero aquellos que tienen el espíritu de servidumbre otra vez en temor, nacen de la esclava egipcia; aquellos que han recibido el espíritu de adopción, de Sara la libre: con la libertad con la que Cristo nos ha hecho libres. El Señor habla a los judíos, que aún querían ser hijos de la esclava: Si permanecéis en mi palabra, verdaderamente seréis mis discípulos, y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres (Juan VIII, 31, 32). Por lo cual ellos, ignorando que lo que se decía era místico, dicen: Somos descendencia de Abraham, y nunca hemos sido esclavos de nadie: ¿cómo dices tú, seréis libres? Jesús les respondió: En verdad, en verdad os digo, que todo el que hace pecado, es esclavo del pecado. El esclavo no permanece en la casa para siempre, el hijo permanece para siempre. Si somos esclavos del pecado, Agar nos ha engendrado, la egipcia: si el pecado no reina en nuestro cuerpo mortal, verdaderamente somos hijos de Dios.

(Vers. 24.) Lo cual es dicho por alegoría. La alegoría es propiamente de la gramática, y en qué se diferencia de la metáfora, o de los otros tropos, lo aprendemos en las escuelas desde pequeños. Pretende una cosa en las palabras, significa otra en el sentido. Los libros de los oradores y poetas están llenos de alegorías. También la Escritura divina está en gran parte tejida por esta figura. Entendiendo esto el apóstol Pablo (pues había tocado en alguna medida las letras seculares) usó el mismo término de la figura, para llamar alegoría, como se dice entre los suyos, para mostrar más claramente el abuso del lenguaje griego en este lugar. Que Pablo conocía, aunque no perfectamente, las letras seculares, lo atestiguan sus propias palabras: Dijo uno de ellos, su propio profeta: Los cretenses, siempre mentirosos, malas bestias, vientres perezosos (Tit. I, 12). Este verso heroico es del poeta Epiménides, de quien también Platón y otros escritores antiguos hacen mención. También en Atenas, cuando se defendía en el Areópago, añadió: Como también algunos de vuestros poetas han dicho: Porque somos linaje suyo (Hech. XVII, 28). Este hemistiquio se encuentra en Arato, quien escribió sobre el cielo y las estrellas. Y también aquello: Las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres (I Cor. XV, 33); es un trimetro yámbico tomado de la comedia de Menandro. De lo cual y de otros, es evidente que Pablo no ignoraba las letras seculares, y lo que aquí llamó alegoría, en otro lugar lo llamó inteligencia espiritual. Como

allí: Sabemos que la Ley es espiritual (Rom. VII, 14), por lo que es, alegoría, o figurada alegóricamente. Y en otro lugar: Todos comieron el mismo alimento espiritual, y bebieron la misma bebida espiritual. Bebían de la roca espiritual que los seguía, y la roca era Cristo (I Cor. X, 34). Aquí el maná, la erupción repentina de la fuente, y la misma roca que sigue, nadie duda que deben ser entendidos alegóricamente. Sé lo que se puede oponer en contrario: Hermanos, si alguno es sorprendido en alguna falta: vosotros que sois espirituales, restaurad a tal en espíritu de mansedumbre (Gal. VI, 1). Y en otro lugar: Pero el espiritual juzga todas las cosas: él mismo no es juzgado por nadie (I Cor. II, 25): lo cual ciertamente significa otra cosa que lo que dijimos antes, la palabra espiritual. Pero nosotros decimos que el espiritual, porque juzga todas las cosas, y él mismo no es juzgado por nadie, es aquel hombre que, conociendo todos los sacramentos de las Escrituras, los entiende sublimemente: y viendo a Cristo en los libros divinos, no admite nada de la tradición judía en ellos.

(Vers. 25, 26.) Estos son dos testamentos: uno del monte Sinaí, que engendra para servidumbre, que es Agar. Sinaí es un monte en Arabia, que es contiguo a la Jerusalén actual, y sirve con sus hijos. Pero la Jerusalén de arriba es libre, y es madre de todos nosotros. Casi todos explican este pasaje interpretando a Agar, la esclava, como la Ley y el pueblo judío; y a Sara, la libre, como la Iglesia, que está reunida de entre las naciones y es madre de los santos, como dice Pablo: "Que es madre de todos nosotros". Esta no dio a luz durante mucho tiempo, antes de que Cristo naciera de la Virgen, y fue estéril: aún no resonaba la risa de Isaac en el mundo, hijo del padre elegido con la voz de sublimes doctrinas: ya que Abraham en nuestra lengua se refiere como padre elegido con sonido. Pero Agar, que se interpreta como παροιμία, es decir, residencia, o peregrinación, o demora, engendra a Ismael, quien solo escucha los mandamientos de Dios, pero no los cumple, un hombre rústico, sanguinario, que sigue el desierto: quien es enemigo de todos sus hermanos nacidos de la libre, y se opone a ellos con rostro adverso. No es de extrañar que el Antiguo Testamento, que fue establecido y escrito en el monte Sinaí, que está en Arabia y es contiguo a la Jerusalén actual, no sea perpetuo: ya que la residencia es diferente de la posesión perpetua, y el nombre del monte Sinaí suena a tentación: y Arabia significa ocaso: y por el contrario, la Jerusalén de arriba, que es libre y madre de los santos, demuestra que esta Jerusalén, que está en el presente, está abajo, y sumergida en lo bajo y humilde. Hay quienes entienden los dos Testamentos de otra manera: que la Escritura divina, tanto la antigua como la nueva, según la diversidad de sentido y la opinión de quienes la leen, se interprete como esclava o libre, y que aquellos que aún sirven a la letra y tienen el espíritu de temor en servidumbre, quieran ser engendrados de Agar la egipcia: pero aquellos que ascienden a lo superior, y quieren entender alegóricamente lo que está escrito, sean hijos de Sara, que en nuestra lengua se interpreta como ἄρχουσα, es decir, princesa, en género femenino. Y esto lo afirman por la necesidad de que no es justo entender que Moisés y todos los profetas sean engendrados de la esclava, pero cualquiera de los gentiles de la libre. Por lo tanto, es mejor que no solo de aquellos que están en la Iglesia, por la diversidad (como dijimos antes) de entendimientos, consideremos a algunos como siervos y a otros como libres: sino también de un mismo hombre, mientras sigue la historia, sea hijo de la esclava: pero cuando Jesús abre las Escrituras, y su corazón se enciende, y en la fracción del pan ve a quien antes no veía (Luc. XXIV): entonces también él sea llamado hijo de Sara. Marción y Maniqueo no quisieron quitar de su código este pasaje en el que el Apóstol dijo: "Que son alegóricos", y lo que sigue, pensando que se deja en contra de nosotros: que la Ley debe ser entendida de otra manera que como está escrita; cuando ciertamente, incluso si debe ser entendida alegóricamente (lo que también confesamos, y Pablo enseña), no debe ser según la voluntad del lector, sino que fue establecida según la autoridad del escritor: y en eso mismo, que parecen guardar contra nosotros, son derrotados:

que Moisés, siervo del Dios creador, escribió cosas espirituales, enseñando también el Apóstol de ellos lo mismo, a quien ellos afirman ser predicador de otro Cristo, y de un Dios mejor.

(Vers. 27.) Porque está escrito: Alégrate, estéril, que no das a luz: rompe y clama, tú que no estás de parto: porque más son los hijos de la desolada que de la que tiene marido (Isai. LIV, 1). La sinagoga tuvo por marido la Ley: y según la profecía de Ana, fue fecunda en hijos (I Reg. I). Pero la Iglesia estéril, sin Cristo como esposo, sin ninguna palabra de su esposo, yació mucho tiempo en el desierto. Pero después de que aquella recibió el libro de repudio en sus manos, y convirtió todos los ornamentos de su marido en ornamento de ídolo: entonces el esposo, con el antiguo cinturón pudriéndose, tejió otro cinturón de las naciones: que tan pronto como se unió al esposo, concibió y dio a luz. Y en Isaac clama el Señor por el profeta: "Si hay una nación nacida de repente" (Isai. XLIX, 54): cuando en un solo día en los Hechos de los apóstoles tres mil, y cinco mil hombres creyeron (Actor. III, seqq.). Y no creo que sea necesario hablar de la multitud cristiana, y de la escasez de los judíos, cuando en todo el mundo resplandecen las banderas de la cruz: y apenas aparece un judío raro y notable en las ciudades.

(Vers. 28.) Pero nosotros, hermanos, según Isaac somos hijos de la promesa. No hay dificultad en entender que el Apóstol y los semejantes a él son hijos de la promesa según Isaac. Pero como Orígenes, al explicar este pasaje, puso el ejemplo del Apóstol: "Vosotros, hermanos, según Isaac sois hijos de la promesa", se pregunta cómo llama ahora hijos de la promesa según Isaac a los Gálatas, a quienes había llamado necios, y había dicho que comenzando en el espíritu, terminaban en la carne. Decimos, por tanto, que el Apóstol los llama hijos de la promesa según Isaac, porque no desespera completamente de su salvación, y estima que volverán al espíritu con el que comenzaron, y se convertirán en hijos de la libre. Que si terminan en la carne, son hijos de la esclava.

(Vers. 29-31.) Pero como entonces el que había nacido según la carne perseguía al que había nacido según el espíritu: así también ahora. Pero ¿qué dice la Escritura? Echa fuera a la esclava y a su hijo: porque no heredará el hijo de la esclava con mi hijo Isaac. Así que, hermanos, no somos hijos de la esclava, sino de la libre. Con la libertad con que Cristo nos hizo libres. No creo que se pueda encontrar dónde Ismael persiguió a Isaac; sino solo aquello, que cuando el hijo de la egipcia, que era mayor, jugaba con Isaac, Sara se indignó y dijo a Abraham: "Echa fuera a la esclava y a su hijo: porque no heredará el hijo de la esclava con mi hijo Isaac" (Gen. XXI, 10). Y ciertamente un simple juego entre niños no es digno de expulsión y rechazo. Pero el Apóstol, como hebreo de hebreos, y educado a los pies del maestro Gamaliel: quien una vez refrenó a los fariseos furiosos contra el Señor [Al. él] en el concilio, entendió por las palabras de Sara diciendo: "no heredará el hijo de la esclava con mi hijo Isaac", que aquel juego simple no lo era. Pero porque tal vez Ismael, como mayor, y en ese tiempo circuncidado cuando ya podía entender y sentir lo que había sufrido, reclamaba para sí la primogenitura, la Escritura llamó juego a la disputa de los niños. Por lo cual Sara, no soportando estas palabras, y no tolerando la costumbre del hijo de la esclava reclamando la primogenitura desde una edad temprana, estalló en voz: "Echa fuera a la esclava con su hijo: porque no heredará el hijo de la esclava con mi hijo Isaac". Lo cual, aunque parecía duro a Abraham (siempre se deben mayores cosas a los primogénitos), no solo dejaría de ser Ismael el primero; sino que ni siquiera recibiría una porción igual con su hermano menor: Dios, que quería que la libre estuviera dentro, y la esclava fuera expulsada, confirma las palabras de Sara, y habla a Abraham: "No te parezca duro por el niño y la esclava. Todo lo que Sara te diga, escucha su voz: porque en Isaac será llamada tu descendencia". Así como entonces el hermano mayor Ismael perseguía al pequeño y lactante Isaac, reclamando para sí

la prerrogativa de la circuncisión, la primogenitura: así también ahora el Israel según la carne [Al. Ismael], se levanta, se infla, se erige contra el pueblo cristiano menor de las naciones. Consideremos la locura de los judíos, que mataron al Señor, persiguieron a los profetas y apóstoles, y se oponen a la voluntad de Dios: y veremos persecuciones mucho mayores, que también nos enseñan las Historias, suscitadas por los judíos contra los cristianos que por los gentiles. ¿Nos asombramos de los judíos? Hoy también aquellos que son pequeños en Cristo, y viven carnalmente, persiguen a los que han nacido del agua y del espíritu; y resucitando con Cristo, buscan las cosas que están arriba, no las de abajo. Hagan lo que quieran: con Ismael persigan a Isaac: serán echados fuera con la madre esclava egipcia: y no recibirán la herencia, que solo el que nació de la promesa conseguirá. Elegante también es aquello, que el que nació según la carne, persigue al espiritual. Nunca el espiritual persigue al carnal; sino que le perdona como a un hermano rústico: sabe que puede mejorar con el tiempo. Y si alguna vez ve al hijo de la egipcia enojado, recuerda al único padre, que creó la luz, los bueyes y el mosquito: y en una gran casa, no solo hay vasos de oro y plata; sino de madera y barro. Así que con el apóstol Pablo digamos: "No somos hijos de la esclava, sino de la libre" (II Tim. II); y renovados en Cristo, escuchemos las palabras del Señor hablando a los judíos: "Si permanecéis en mi palabra, conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres" (Juan VIII, 31, 32). Con esta libertad también el Apóstol liberado decía: "Porque aunque soy libre de todos. El que hace pecado, es esclavo del pecado" (I Cor. IX, 19). Él, porque sabía que estaba libre de todos los vicios, ajeno a toda concupiscencia y error, correctamente se regocijaba en la libertad de Cristo diciendo: "No somos hijos de la esclava, sino de la libre: con la libertad con que Cristo nos hizo libres" (Juan VIII, 34).

(Cap. V.---Vers. 1.) Estad firmes, y no os sometáis de nuevo al yugo de servidumbre. Y de esto se muestra, que no está firme quien se adhiere al yugo de servidumbre. Y porque el que ha sido donado con la libertad de Cristo, estará bajo el yugo mientras tenga el espíritu de servidumbre en temor, y siga los principios de la Ley. Pero lo que dice, estad firmes, exhorta a una fe firme y estable en Cristo, para que las iglesias de Galacia permanezcan con pie firme en el Salvador. De quien también en otro lugar el justo habla: "Puso mis pies sobre la roca" (Sal. XXXIX, 3), por lo que es, "sobre Cristo": para que no sean llevados por todo viento de doctrina, y sean arrastrados a diversas cosas (Ephes. IV). Por lo cual también se dice a los que están firmes: "Y el que está firme, mire que no caiga" (I Cor. X, 12). Y en otro lugar: "Estad firmes, comportaos varonilmente, fortaleceos" (Ibid. XVI, 13), para que estén firmes con aquel, a quien Esteban vio de pie a la derecha del Padre perseverando en el martirio (Act. VII), y quien habló a Moisés: "Tú, sin embargo, permanece conmigo" (Exod. XXXIV, 2). El yugo de servidumbre, llama a la Ley dura, difícil, laboriosa, que consume a sus cultivadores día y noche con una obra pesada. Como también Pedro en los Hechos de los apóstoles: "¿Por qué tentáis", dice, "imponer un yugo pesado sobre el cuello de los hermanos, que ni nosotros ni nuestros padres pudimos llevar?" (Act. XV, 10). Pero lo que añadió, no os sometáis de nuevo, no porque los gálatas hubieran guardado antes la Ley; sino porque también el yugo de la idolatría es pesado, con el que el pueblo de Egipto fue oprimido, y como plomo fue sumergido en el Mar Rojo (Exod. XV). Según este sentido también había dicho antes: "¿Cómo os volvéis de nuevo a los elementos débiles y pobres; a los cuales queréis volver a servir, observando días, y meses, y tiempos, y años?" Porque los gálatas que a la predicación del apóstol Pablo, dejando los ídolos, inmediatamente ascendieron a la gracia del Evangelio, no volvían a la servidumbre de la Ley judía, que nunca antes habían conocido: sino que queriendo observar tiempos, circuncidarse en la carne, y ofrecer sacrificios corporales, de alguna manera volvían a los mismos cultos, a los que antes habían servido en la idolatría. Dicen, en efecto, que también los sacerdotes de Egipto, y los ismaelitas, y los madianitas no

tienen prepucio. Pero que las naciones observen días, meses, y años, ojalá no lo supiéramos, para que no haya nunca festividad mezclada con ellos.

(Vers. 2.) He aquí, yo Pablo os digo: que si os circuncidáis, Cristo no os aprovechará de nada. En el Evangelio el Salvador habla a los discípulos. "El que os oye, me oye a mí: el que os recibe, me recibe a mí" (Luc. X, 16). Y el Apóstol testifica, diciendo: "Vivo, pero ya no yo; sino que Cristo vive en mí" (Supra, II, 20); y en otro lugar: "¿Buscáis una prueba de que Cristo habla en mí?" (II Cor. XIII, 3). De lo cual se comprueba claramente que lo que ahora dice: "He aquí, yo Pablo os digo", no debe ser tomado como solo palabras de Pablo, sino del Señor. Pues cuando también en la primera a los Corintios había dicho antes: "A los que están casados les ordeno, no yo, sino el Señor" (I Cor. VII, 10); e inmediatamente añadió: "a los demás yo digo" (Ibid., 12), para que no se considerara vil su autoridad: "creo", dice, "que también yo tengo el Espíritu de Dios": para que, con el espíritu y Cristo hablando en él, no fuera despreciado, quien imitando a los profetas dijera: "Así dice el Señor todopoderoso". Pero lo que se dijo: "He aquí, yo Pablo os digo: que si os circuncidáis, Cristo no os aprovechará de nada", será mayor si se une con el principio, en el que dice: "Pablo apóstol no de hombres, ni por hombre, sino por Jesucristo", y lo demás: para que los oyentes se muevan no tanto por la autoridad del enviado, sino del que envía. Alguien podría decir: Es contrario a este pasaje lo que se escribe a los Romanos: "La circuncisión ciertamente aprovecha, si guardas la Ley" (Rom. II, 25); y más adelante: "¿Qué ventaja tiene, pues, el judío; o qué utilidad tiene la circuncisión? Mucho en todo sentido. Primero, porque les fueron confiados los oráculos de Dios" (Ibid., 1, 2). Si a los que se circuncidan Cristo no les aprovecha de nada: ¿cómo la circuncisión aprovecha a los que guardan la Ley? Esto se resolverá con esta respuesta, para que digamos [Al. se diga], que la Epístola que se escribió a los Romanos, está dirigida a aquellos que habían creído de entre los judíos y los gentiles: y Pablo hizo esto, para que [Al. no] ninguna de las dos naciones se ofendiera: para que cada pueblo poseyera su privilegio: para que ni los gentiles se circuncidaran, ni los circuncidados trajeran el prepucio. Pero escribiendo a los Gálatas usó otro argumento. No eran de la circuncisión: sino de los gentiles que habían creído. Y no podía aprovecharles la circuncisión, que después de la gracia del Evangelio volvieran de nuevo a los elementos legales. Y en los Hechos de los apóstoles la historia narra (Act. XV): cuando algunos de la circuncisión se levantaron afirmando que aquellos que habían creído de entre los gentiles debían ser circuncidados, y guardar la ley de Moisés, los ancianos que estaban en Jerusalén, y los apóstoles reunidos, decidieron por cartas, que no se les impusiera el yugo de la Ley, ni observaran más, sino que se guardaran solo de los sacrificios a los ídolos, y de la sangre, y de la fornicación, o como está escrito en algunos ejemplares, y de los ahogados. Y para que no quede ninguna duda, que la circuncisión no aprovecha de nada, sino que por aquellos que habían creído de entre los judíos, moderó su sentencia sobre la circuncisión a los Romanos, descendiendo poco a poco a las partes posteriores de la misma Epístola, mostró que ni la circuncisión, ni el prepucio valen algo, diciendo: "La circuncisión, pues, no es nada, y el prepucio no es nada, sino la observancia de los mandamientos de Dios" (I Cor. VII, 19). Porque la circuncisión no es nada, que tampoco a la casa de Israel, jactándose de la circuncisión, le aprovechó de nada, recordando el profeta: "Todas las naciones son incircuncisas de carne, pero la casa de Israel es incircuncisa de corazón" (Ezech. XLIV, 9), y el incircunciso Melquisedec bendijo al circunciso Abraham. Porque lo que dice: "Si os circuncidáis" (Genes. XLIV); es como si quisiera decir, si os circuncidáis en la carne. Lo cual en otro lugar no llama circuncisión, sino concisión, diciendo: "Mirad la concisión. Porque nosotros somos la circuncisión, que servimos a Dios en espíritu, y nos gloriamos en Cristo, y no confiamos en la carne" (Philip. III, 2, 3). No confía en la carne, quien espera toda utilidad de Cristo, y no siembra en la carne, para que de la carne coseche corrupción; sino en el espíritu, del cual se genera la vida eterna.

La sentencia debe ser considerada más sutilmente: "Si os circuncidáis, Cristo no os aprovechará de nada". Lo cual no solo si se circuncidan, no les aprovecha la misma circuncisión; sino que incluso si parecen tener otras virtudes en Cristo fuera de la circuncisión, todas perecen, cuando después de la fe en Cristo se circuncidan. ¿Qué, pues? ¿no aprovechó de nada la circuncisión a Timoteo? Mucho en todo sentido. No fue circuncidado tanto para pensar que de la misma circuncisión podría obtener algún beneficio, como para ganar a los demás (I Cor. IX). Hecho judío para los judíos, para llevar a los judíos a la fe en Cristo con su circuncisión. Entonces ciertamente no aprovecha la circuncisión, cuando se piensa que por sí misma puede traer alguna utilidad.

(Vers. 3.) Testifico, pues, a todo hombre que se circuncida, que está obligado a cumplir toda la Ley. Dios, que primero ordenó la circuncisión a Abraham y luego a través de Moisés en la Ley, estableció no solo la circuncisión, sino también muchas otras observancias: Días festivos que debían celebrarse en Jerusalén, holocaustos de sacrificios, siempre por la mañana y por la tarde, la inmolación del cordero en un solo lugar, el año sabático de la tierra, el año quincuagésimo de remisión, y otras cosas que cada lector puede fácilmente extraer de las Escrituras. Por lo tanto, obligaremos a Ebion y a sus seguidores, quienes después del Evangelio, creyendo en Cristo, piensan que deben circuncidarse, a que o bien realicen la circuncisión y las demás cosas que se ordenan en la Ley, o si es imposible hacer todo, que cesen también en la circuncisión, que al igual que las demás, ha sido omitida como si estuviera mutilada. Y si responden que solo deben hacer lo posible (pues Dios no exige de nosotros lo que no podemos, sino lo que podemos cumplir), les diremos que no es propio del mismo Dios querer que se guarde la Ley y abandonar a aquellos que la guardan. ¿O cómo puede hacer culpables por la Ley omitida a aquellos que, incluso si quisieran, no pueden cumplirla toda? Nosotros, en cambio, seguimos la ley espiritual, que dice: No pondrás bozal al buey que trilla (Deut. XXV, 4), y con el Apóstol entendemos: ¿Acaso le importa a Dios de los bueyes? (I Tim. X, 18; I Cor. IX, 9), sino que lo dice por nosotros, y observamos los sábados delicados (Isai. LVIII, 13), no para que nuestro buey y asno, y los animales viles se alegren en el sábado, sino aquellos hombres y animales de los que está escrito: Salvas a hombres y bestias, Señor (Sal. XXXV, 7). Hombres racionales y espirituales, y animales, aquellos que son de entendimiento más lento y son instruidos por los espirituales para guardar los sábados del Señor. Y no es contrario a lo que se dijo antes: Si os circuncidáis, Cristo no os aprovechará de nada: Y lo que sigue: Testifico a todo hombre que se circuncida, que está obligado a cumplir toda la Ley, a lo que añadimos nosotros. Porque no son los oyentes de la Ley justos ante Dios, sino los hacedores de la Ley serán justificados. Porque aquel es hacedor de la Ley, quien puede decir: No somos circuncisión; y, En lo oculto, judío; y, sabemos que la Ley es espiritual. Pero quien sigue la concisión y la letra que mata, no es hacedor de la Ley, sino verdaderamente enemigo de la ley, especialmente después de la venida del Salvador, quien al convertir a sí mismo quita el velo del corazón, para que todos, contemplando la gloria del Señor con el rostro descubierto, seamos transformados de la antigüedad de la letra a la novedad del espíritu.

(Vers. 4.) Habéis sido separados de Cristo: los que os justificáis en la Ley, habéis caído de la gracia. Así como nadie puede servir a dos señores (Mat. VI), así es difícil cumplir tanto la sombra como la verdad de la Ley. La sombra está en la Ley antigua, hasta que llegue el día y se aparten las sombras: la verdad está en el Evangelio de Cristo: Porque la gracia y la verdad vinieron por Jesucristo (Juan I, 17). Por lo tanto, pierde la gracia de Cristo y pierde el Evangelio que había retenido, quien piensa que se justifica en alguna observancia de la Ley: y habiendo perdido la gracia, es abandonado por la fe de Cristo, y descansa en su obra: κατηγορήθητε ἀπὸ τοῦ Χριστοῦ, no como se ha interpretado mal en latín: Habéis sido

separados de Cristo, sino, habéis cesado en la obra de Cristo, se entiende mejor, para que lo que antes había ordenado específicamente sobre la circuncisión, diciendo: si os circuncidáis, Cristo no os aprovechará de nada, ahora lo comprenda de toda la Ley en general, que no les aprovecha en la obra de Cristo a quienes creen que se justificarán en cualquier observancia de la Ley.

(Vers. 5.) Porque nosotros por el Espíritu, por la fe, esperamos la esperanza de la justicia. Puso Espíritu, en distinción de la letra. La esperanza de la justicia, debe entenderse como Cristo: porque Él es la verdad, la paciencia, la esperanza, la justicia, y todas las virtudes, cuyo segundo advenimiento esperamos, que juzgará todas las cosas, y ya no vendrá con paciencia, sino con justicia, para dar a cada uno según sus obras. La presencia de Dios, que el apóstol y los que son semejantes a él esperan, dicen: Venga tu reino (Mat. VI, 10), para que cuando el Hijo entregue el reino a Dios y al Padre, y cuando todo esté sometido, también Él mismo se someta: entonces la cabeza se someterá en el cuerpo, y Dios será todo en todos (I Cor. XV). Porque quien ahora es en parte, por cada uno, entonces comenzará a ser todo por todos.

(Vers. 6.) Porque en Cristo Jesús, ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión, sino la fe que obra por la caridad. Aquellos que quieren vivir en Cristo Jesús, deben buscar las virtudes y evitar los vicios. Las cosas intermedias entre virtudes y vicios, como la circuncisión y la incircuncisión, y otras similares, no deben ser ni buscadas ni evitadas. La circuncisión ciertamente es útil si guardas la Ley. Fue útil para aquellos que vivieron bajo la Ley, no porque estuvieran circuncidados, sino porque les fueron confiadas las palabras de Dios, que al convertirlas en obras, no fueron extraños a la salvación. No nos debe preocupar que Séfora, tomando un pedernal, circuncidara a su hijo y detuviera al ángel que asfixiaba a su marido (Éxodo IV), o como se refiere de otra manera en el texto hebreo, porque ahora no se testifica tanto que la circuncisión no aprovecha en absoluto, sino que en Cristo Jesús no vale, desde el momento en que el Evangelio brilló en todo el mundo, la injuria de la circuncisión es superflua. Que entonces, como también las demás cosas de la Ley, valió, cuando se prometían bendiciones carnales a los que guardaban la Ley; que si la cumplían, serían benditos en la ciudad, benditos en el campo, tendrían graneros llenos, y muchas otras cosas que se contienen en las promesas (Deut. XXVIII). Pero nosotros queremos valer y fortalecernos en Cristo Jesús, es decir, en la verdadera circuncisión, y no en la concisión judía. Porque no es judío el que lo es exteriormente, ni la circuncisión es la que se manifiesta en la carne, sino el judío es el que lo es en lo oculto, y la circuncisión es la del corazón, en espíritu, no en letra (Rom. II, 28, 29). Por lo tanto, la circuncisión de la carne no aprovecha en Cristo, sino la del corazón y de los oídos, que quita el oprobio de los judíos: He aquí, vuestros oídos son incircuncisos, y no podéis oír (Éxodo VI, 12). Aprovecha la circuncisión de los labios, que según la humildad, Moisés aún no se atribuía tener, como está escrito en hebreo: Pero yo tengo prepucio en los labios. Mucha utilidad ofrece también la circuncisión en las cosas venéreas, cuando por la castidad se corta la impudicia. Por lo tanto, en Cristo Jesús ni la circuncisión vale, ni el prepucio corporal, porque están en medio, es decir, entre los vicios y las virtudes; pero la fe, que obra por la caridad, para que también la fe que fue contada a Abraham como justicia, sea confirmada, y toda obra de fe se coloque en la caridad, de la que dependen toda la Ley y los Profetas. En estos dos mandamientos: Amarás a tu Dios, y amarás a tu prójimo, el Salvador afirmó que consisten la Ley y los Profetas. Y Pablo en otro lugar: Porque no cometerás adulterio, no robarás, no codiciarás, y si hay algún otro mandamiento, en esta palabra se resume: Amarás a tu prójimo como a ti mismo (Rom. XIII, 9). Si, por lo tanto, todo mandamiento se resume en lo que se ha dicho: Amarás a tu prójimo como a ti mismo, y la fe que obra por la caridad vale mucho, es manifiesto que la operación de la fe por la caridad contiene la plenitud de todos los mandamientos. Y así como según el

apóstol Santiago, la fe sin obras está muerta (Santiago III), así sin fe, aunque las obras sean buenas, se consideran muertas. Por lo tanto, aquellos que no creen en Cristo, y tienen buenas costumbres, ¿qué tienen más que obras de virtudes? Un ejemplo de la fe que obra por la caridad lo da aquella meretriz del Evangelio, que cuando en la casa del fariseo lavó los pies del Señor con lágrimas, los secó con sus cabellos, los ungió con ungüento, y al fariseo que murmuraba, el Señor le propuso la parábola del deudor de cincuenta y quinientos denarios, añadió: Por lo cual te digo: Se le perdonan muchos pecados, porque amó mucho (Luc. VII, 47 y 50). Y volviéndose a la mujer, le dijo: Tu fe te ha salvado: ve en paz. Claramente en este lugar se demostró que esta mujer tenía una fe que obraba por la caridad, que valió mucho en Cristo. Aunque alguien diga: Bien ha mostrado que la circuncisión en Cristo no vale nada, que sabía que alguna vez valió: ¿acaso alguien dudaba también del prepucio, para decir, ni el prepucio? Pero si consideramos a muchos de los cristianos, es decir, de los nuestros, que siendo injertados del acebuche en la raíz del buen olivo (Rom. XI), se jactan contra las ramas rotas del pueblo judío, y dicen que el prepucio vale más, en el que Abraham agradó a Dios, y le fue contada la fe como justicia, que la circuncisión, que fue dada como señal de fe, y no aprovechó a Israel que la tenía: veremos que también esta usurpación de algunos ha sido excluida con mucha cautela.

LIBRO TERCERO.

Hemos forjado este tercer volumen a los Gálatas, oh Paula y Eustoquio, no ignorando nuestra debilidad, y sintiendo el exiguo murmullo de nuestro ingenio, apenas resonando con un pequeño murmullo. Pues ya en las Iglesias se buscan estas cosas: y dejando de lado la simplicidad y pureza apostólica de las palabras, se acude como a un Ateneo, y a auditorios, para suscitar los aplausos de los que rodean: para que el discurso, adornado con el engaño del arte retórico, salga al público como una meretriz, no tanto para instruir a los pueblos, sino para buscar el favor del pueblo, y al modo de una cítara y una flauta que suenan dulcemente, acaricie los sentidos de los oyentes; para que verdaderamente pueda aplicarse a nuestros tiempos aquello del profeta Ezequiel, diciendo el Señor a él: Y te has convertido para ellos en una voz de cítara que suena suavemente, y bien compuesta: y oyen tus palabras, y no las hacen (Ezequiel XXXIII, 32). Pero, ¿qué haré? ¿Callaré? Pero está escrito: No aparecerás vacío ante tu Señor. Y Isaías (como se tiene en los volúmenes hebreos) se lamenta: ¡Ay de mí, miserable, porque he callado! ¿Hablaré? Pero toda la elegancia del discurso, y la belleza del elocuente latín, ha sido empañada por el ruido de la lectura hebrea. Vosotras mismas sabéis que hace más de quince años que nunca han pasado por mis manos Cicerón, ni Virgilio, ni ningún autor de las letras gentiles: y si algo de allí se desliza mientras hablamos, lo recordamos como un antiguo sueño entre nieblas. Lo que he logrado con el infatigable estudio de esa lengua, lo dejo al juicio de otros: yo sé lo que he perdido en la mía. A esto se añade que, debido a la debilidad de mis ojos y de todo mi cuerpo, no escribo con mi propia mano: ni puedo compensar con esfuerzo y diligencia la lentitud del discurso: lo que también se dice de Virgilio, que sus libros los formó lamiéndolos como un oso a su cría: pero llamando a un notario, o digo inmediatamente lo que me viene a la boca: o si quiero pensar un poco, para decir algo mejor, entonces él me reprende en silencio, retrae la mano, frunce el ceño, y con todo el gesto del cuerpo testifica que está presente en vano. Un discurso, aunque provenga de un ingenio de buena índole, y esté distinguido por invenciones, y adornado con el florecimiento de las palabras: sin embargo, a menos que sea pulido y limado por la mano de su autor, no es brillante, no tiene mezclada con el decoro la gravedad; sino que al modo de los ricos rústicos, se acusa más por sus riquezas que se adorna. ¿A qué viene esto? Evidentemente para que tanto vosotras como los demás (que tal vez quieran leer) tengan la respuesta de que no escribo un panegírico, ni una controversia, sino un comentario, es decir,

que tengo el propósito de que no se alaben mis palabras, sino que se entiendan las que han sido bien dichas por otro, tal como fueron dichas. Mi deber es explicar lo oscuro, resumir lo manifiesto, detenerme en lo dudoso. Por eso, muchos llaman a la obra de los comentarios, explicación. Si alguien busca elocuencia, o se deleita con las declamaciones, tiene en ambas lenguas a Demóstenes y Cicerón, a Polemón y Quintiliano. La Iglesia de Cristo no se congregó de la Academia y el Liceo, sino de la plebe vil. Por eso también el Apóstol: Ved, dice, vuestra vocación, hermanos, que no muchos sabios según la carne, no muchos poderosos, no muchos nobles; sino que Dios eligió lo necio del mundo para confundir a los sabios: y Dios eligió lo débil del mundo para confundir a lo fuerte: y Dios eligió lo vil del mundo, y lo despreciable, y lo que no es, para destruir lo que es (I Cor. I, 26, 27, 28). Porque el mundo, por la sabiduría, no conoció a Dios a través del orden, la variedad, la constancia de las criaturas, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación: no en sabiduría de palabras, para que no se vacíe la cruz de Cristo. ¿Dónde está el sabio, dónde el gramático, dónde los investigadores de las causas naturales? Ni en palabras persuasivas de sabiduría, sino en demostración de espíritu y poder: para que la fe de los creyentes no esté en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios. Por eso también el mismo Apóstol hablaba a los mismos Corintios: Y yo, hermanos, cuando fui a vosotros, no fui con sublimidad de palabras y sabiduría, anunciándoos el testimonio del Señor. Porque no juzgué saber algo entre vosotros, sino a Jesucristo, y a este crucificado (I Cor. II, 1, 2). Y para que no se pensara, diciendo esto, que era un predicador de insensatez, con mente previsora, lo que se podía oponer, lo destruye. Pero habla, dice, la sabiduría de Dios en misterio, que está oculta: que ninguno de los príncipes de este siglo conoció. ¿Cuántos ahora leen a Aristóteles? ¿Cuántos conocen los libros de Platón, o su nombre? Apenas en los rincones los ancianos ociosos los recuerdan. Pero nuestros rústicos y pescadores los habla todo el orbe, los resuena todo el mundo. Por lo tanto, con un discurso simple, deben exponerse sus palabras simples. Las palabras, digo, no los sentidos. Porque si, orando vosotras, pudiera tener en la exposición de sus Epístolas el mismo espíritu que ellos tuvieron al dictarlas: entonces veríais tanta majestad y amplitud en estas verdaderas sabidurías, cuanta arrogancia y vanidad hubo en los literatos del siglo. Brevemente os confieso el secreto de mi mente: Quien por mí va a entender al Apóstol, no quiero que mis escritos los entienda con dificultad, y que para entender al intérprete, busque otro intérprete. Pero ya es tiempo de que prosigamos con lo restante.

(Vers. 7.) Corríais bien, ¿quién os impidió no obedecer a la verdad? Lo que ahora el intérprete latino ha puesto, no obedecer a la verdad, y en griego está escrito, τῇ ἀληθείᾳ μὴ πείθεσθαι, en el lugar anterior lo interpretó así, no creer a la verdad. Lo cual anotamos que no se encuentra en los códices antiguos: aunque también los ejemplares griegos están confundidos con este error. El sentido es este: Adorabais al Padre en espíritu y verdad, y recibiendo de la plenitud de Cristo, sabíais que la Ley fue dada solo al pueblo por Moisés, y no también hecha. Pero la gracia y la verdad no solo fueron dadas, sino también hechas por Jesucristo. Así que, cuando corríais tan bien, sirviendo más a la verdad que a las imágenes, ¿por qué maestro perverso habéis sido impedidos, que seguís la sombra de la Ley y dejáis la verdad del Evangelio? Sigue.

No habéis consentido a nadie. Pero como no encontramos esto escrito ni en los libros griegos, ni en los que han comentado sobre el Apóstol, parece que debe pasarse por alto.

(Vers. 8.) Vuestra persuasión no es de aquel que os llamó. En los códices latinos se encuentra escrito así: Vuestra persuasión es de Dios, que os llamó. Lo cual creo que fue, de aquel, y no entendido, poco a poco por similitud, de Dios, se ha extendido, en lugar de, de aquel. Pero tampoco así puede sostenerse el sentido, que a quienes ahora había acusado de por qué no

obedecían a la verdad, mostrando que estaba en su arbitrio obedecer o no obedecer, ahora al contrario afirma que la persuasión y obediencia de ellos, no tanto es de ellos que son llamados, como de aquel que llama. Mejor y más verdaderamente se lee así: Vuestra persuasión no es de aquel que os llamó. Porque una cosa es la obra de Dios, otra la de los hombres. La obra de Dios es llamar: la de los hombres, creer o no creer. Y dondequiera que se afirma el libre albedrío del hombre en las Escrituras, como allí: Si queréis y me escucháis (Éxodo XIX, 5). Y de nuevo: Y ahora, Israel, ¿qué pide de ti el Señor tu Dios? (Deut. X, 12), y de este lugar se comprueba especialmente. Pero los más simples, pensando que honran a Dios, para que también nuestra persuasión esté en su poder, han quitado la parte de la oración no y han devuelto un sentido contrario al Apóstol. Por lo tanto, ya sea en buena o mala parte, ni Dios ni el diablo están en la causa, porque nuestra persuasión no es de aquel que nos llamó, sino de nosotros, que consentimos o no consentimos al que llama. De otra manera: Esta persuasión que ahora seguís, no es de Dios, que al principio os llamó, sino de aquellos que después os perturbaron.

(Vers. 9.) Un poco de levadura fermenta toda la masa. Está mal en nuestros códices: Un poco de levadura corrompe toda la masa, y el intérprete trasladó más su sentido que las palabras del Apóstol. Con esta misma sentencia Pablo también se dirige a los Corintios: donde ordenó que aquel que tenía la esposa de su padre fuera apartado del medio y entregado a la penitencia para la destrucción y aflicción de la carne mediante ayunos y enfermedades, para que el espíritu sea salvo en el día del Señor Jesucristo. Dice: No es buena vuestra jactancia. ¿No sabéis que un poco de levadura corrompe toda la masa? (1 Cor. V, 5, 6 ss.) o (como ya hemos corregido) fermenta toda la masa. E inmediatamente añadió: Limpiaos del viejo fermento, para que seáis una nueva masa, como sois ázimos, pues Cristo, nuestro cordero pascual, ha sido sacrificado. Así que celebremos la fiesta no con el viejo fermento, ni con el fermento de malicia y maldad, sino con los ázimos de sinceridad y verdad. Ahora, mediante esta misma sentencia, enseña que el pan espiritual de la Iglesia, que descendió del cielo, no debe ser violado por la interpretación judía: y el Señor ordenó lo mismo a sus discípulos, que se guardaran de la levadura de los fariseos (Juan VI). Lo que el evangelista aclara añadiendo: Pero les había hablado de la doctrina de los fariseos (Mat. XVI, 12). Ahora bien, ¿cuál es esa otra doctrina de los fariseos, sino la observancia de la Ley según la carne? El sentido, por tanto, es: No penséis que las insidias de unos pocos hombres, que vienen de Judea enseñando otra cosa, deben ser despreciadas. Una chispa es una cosa pequeña, y casi no se ve cuando se percibe; pero si prende el combustible, y encuentra alimento, aunque sea un pequeño fuego, consume murallas, ciudades, vastos bosques y regiones. La levadura, cuya parábola en el Evangelio está moderada (Luc. XIII), parece una cosa pequeña y sin valor; pero cuando se mezcla con la harina, corrompe toda la masa con su vigor, y todo lo que se mezcla con ella se convierte en su fuerza: así también la doctrina perversa, de un insensato apenas encuentra dos o tres oyentes al principio; pero poco a poco se extiende como un cáncer en el cuerpo, y según el proverbio vulgar, la sarna de una oveja contamina todo el rebaño. Por lo tanto, la chispa debe ser extinguida tan pronto como aparezca, y la levadura debe ser alejada de la masa, las carnes podridas deben ser cortadas, y el animal sarnoso debe ser apartado del redil de las ovejas, para que no arda, se corrompa, se pudra y perezca toda la casa, la masa, el cuerpo y el ganado. Arrio en Alejandría fue una chispa; pero porque no fue oprimida de inmediato, su llama devastó todo el mundo.

(Vers. 9.) Confío en vosotros en el Señor, que no pensaréis de otra manera. No por conjetura, como algunos quieren, sino por espíritu profético Pablo proclama que los Gálatas volverán al camino de la verdad que habían perdido (1 Cor. XII). Pues quien exhortaba a otros a emular los carismas, más aún a profetizar: él mismo hablaba lleno de la misma gracia: En parte

conocemos, y en parte profetizamos (Ibid., XIII, 9). Previendo, por tanto, en espíritu, que no creerían otra cosa que lo que se les enseñaba por la Epístola, dice: Confío en vosotros en el Señor, que no pensaréis de otra manera. Pues la adición del nombre del Señor significa lo mismo. Si lo estimara por conjetura, podría haber dicho: Confío en vosotros. Pero ahora, añadiendo, en el Señor, confiando en un cierto espíritu divino, profetizó lo que sabía que sucedería.

(Vers. 10.) Pero el que os perturba llevará su juicio, quienquiera que sea. Dicen que, ocultamente, ataca a Pedro, a quien arriba escribe que se resistió en su cara, porque no caminó rectamente hacia la verdad del Evangelio. Pero ni Pablo hablaría con tal maldición procaz del príncipe de la Iglesia (Galat. II), ni Pedro sería digno de ser culpable de la Iglesia perturbada. Por lo cual se debe pensar que se dice de otro, que o bien estuvo con los Apóstoles, o vino de Judea, o creyó de los fariseos, o ciertamente es considerado grande entre los Gálatas, para que lleve el juicio de la Iglesia perturbada, quienquiera que sea. Llevar el juicio, es decir, lo que en otras palabras dijo en lo siguiente: Cada uno llevará su propia carga. Y creo que en las Escrituras, la carga puede ser entendida tanto en buen como en mal sentido, es decir, tanto en aquellos que están oprimidos por graves pecados, como en aquellos que sostienen las ligeras cargas de las virtudes. De los pecados habla el penitente en el salmo: Mis iniquidades se han elevado sobre mi cabeza, como una carga pesada se han agravado sobre mí (Sal. XXXVII, 5). De las virtudes, y de la doctrina de las virtudes, el Salvador dice: Porque mi yugo es suave, y mi carga es ligera (Mat. XI, 30). Que también la doctrina se entienda como carga, se hace evidente en el Evangelio. Pues los fariseos atan cargas pesadas, y que no se pueden llevar, y las ponen sobre los hombros de los hombres, pero ellos no quieren tocarlas ni con un dedo (Ibid., XXIII). Cuán grave es turbar a alguien de la tranquilidad, y agitar los corazones serenos de los hombres con ciertas olas, lo testifican las palabras del Salvador a los apóstoles, diciendo: No se turbe vuestro corazón, ni temáis (Juan XIV). Es conveniente para quien perturba y escandaliza a alguien en la Iglesia, que se le ate una piedra de molino al cuello, y sea arrojado con ella al mar, que escandalizar a uno de estos pequeños, que son mostrados por el Salvador (Luc. XVII). Por tanto, los Gálatas habían sido perturbados entre el espíritu y la letra, la circuncisión y la incisión, el judaísmo oculto y manifiesto, sin saber qué hacer. Pero también puede ser entendido brevemente así: Quienquiera que sea el que os retrae a la doctrina de los fariseos, y desea ser circuncidado en la carne, aunque sea elocuente, y se jacte de su erudición en la Ley, no digo más que esto (lo que incluso vosotros no podéis negar) que llevará juicio por esta obra, y recibirá por su labor su recompensa.

(Vers. 11.) Pero yo, hermanos, si predico la circuncisión, ¿por qué aún sufro persecución? Entonces ha sido evacuado (o como mejor dice en griego, ha cesado) el escándalo de la cruz. Leemos en los Hechos de los apóstoles, y el mismo apóstol Pablo en sus Epístolas menciona a menudo, que sufrió persecuciones muy frecuentes de los judíos, porque enseñaba a los que de las naciones creían en Cristo, que no debían ser circuncidados. Aquellos de quienes arriba dice: Pero el que os perturba llevará su juicio, quienquiera que sea, para engañar a los Gálatas, añadían también esto: No solo Pedro, y Santiago, y Juan, y los demás apóstoles en Judea observan la circuncisión y otros preceptos de la Ley, sino que el mismo Pablo, que os enseñó de otra manera, que la verdad del asunto es, circuncidó a Timoteo, y frecuentemente se hizo judío para los judíos, por la verdad obligando. Esta opinión que Pablo ahora quiere quitar de las mentes de los Gálatas, dice: Pero yo, hermanos, si predico la circuncisión, ¿por qué aún sufro persecución? Todo, dice, el odio de los judíos hacia mí, y la locura con que se enfurecen contra mí, no es por otra cosa, sino porque enseñé que las naciones no deben ser circuncidadas, y que las cargas de la Ley son superfluas y ya abolidas. Pero como sufro

persecución, es evidente que no predico la circuncisión, que destruyo. Pues no sufro tanto persecución de los judíos, porque predico al crucificado, y digo que Jesús es el Cristo, a quien la Ley y los profetas anunciaron, como porque enseñé que la Ley ha sido cumplida. Pero que la cruz sea escándalo para los judíos, y necedad para las naciones, nuestro mismo Señor lo muestra, quien es llamado piedra de tropiezo, y roca de escándalo (Mat. XXI; Luc. XX): por nada más creo, sino porque cuando la predicación avanza con velas llenas hacia los oyentes, tan pronto como llega a la cruz, tropieza: y no puede avanzar más con curso libre. Pero esta cruz que es escándalo para los judíos, y necedad para las naciones, para nosotros que creemos es poder y sabiduría. Porque Cristo es poder de Dios, y sabiduría de Dios (1 Cor. I, 24), para que por lo que se decía necedad, lo necio de Dios sea más sabio que los hombres: y por lo que era debilidad y escándalo, lo débil de Dios sea más fuerte que los hombres. Pero cuando, dice, el escándalo de la cruz de Cristo permanece, y yo sufro persecución, que no sufriría si el escándalo no permaneciera: en vano algunos se jactan de que predico la circuncisión, que al combatirla sufro persecución.

(Vers. 12.) Ojalá se mutilen los que os perturban. Se pregunta cómo Pablo, discípulo de aquel que dijo: Bendecid a los que os maldicen. Y él mismo diciendo: Bendecid y no maldigáis (Rom. XII, 14). Y en otro lugar: Ni los maldicientes heredarán el reino de Dios (1 Cor. XV): ahora ha maldecido a aquellos que perturban las Iglesias de Galacia, y con un voto de deseo ha maldecido: Ojalá se mutilen los que os perturban. Pues tan detestable es la pasión de la mutilación, que quien la inflige a otros contra su voluntad es castigado por las leyes públicas, y quien se mutila a sí mismo es tenido por infame. Pues si aquello, dicen, es verdad: Vive en mí Cristo (2 Cor. XIII, 3); y esto: ¿Buscáis una prueba de que Cristo habla en mí? ciertamente la voz de maldición no puede ser entendida de aquel que dice: Aprended de mí, que soy humilde, y manso, y de corazón humilde (Mat. XI, 29). Y más se piensa que por furia judía, y cierta insania desenfrenada no pudo contenerse, que haber imitado a aquel que como cordero ante el que lo trasquila, no abrió su boca, y no devolvió maldición a los que lo maldecían (Is. LIII). Sin embargo, se entregó a la muerte condenado. A lo cual quien responderá por Pablo, dirá esto: no son tanto palabras de furia contra los adversarios, como de amor por las Iglesias de Dios, las que habló. Pues veía que toda la provincia, que él mismo con su sangre, y peligros había llevado de la idolatría a la fe de Cristo, estaba perturbada por una persuasión repentina, y con dolor apostólico, con dolor de padre, no podía contenerse: cambiaba su voz, y a quienes había halagado, se enojaba, para que a quienes no podía retener con suavidad, al menos los retuviera con reprensión. Y no es de extrañar que el Apóstol, como hombre, y aún encerrado en un frágil vaso, viendo otra ley en su cuerpo que lo cautivaba, y lo llevaba en la ley del pecado, una vez haya dicho esto, en lo que frecuentemente vemos caer a hombres santos. Pero también se puede decir (aunque a algunos les parezca superfluo) que Pablo no tanto maldijo a ellos, como oró por ellos, para que perdieran esas partes del cuerpo por las que se veían impulsados a pecar. Y como en el Evangelio se dice: es mejor que alguien entre en el reino de los cielos sin ojo, y sin mano, y sin pie, y sin cualquier otra parte de los miembros, que ir entero al infierno (Mat. XVIII): así también ahora desea que pierdan más bien una parte del cuerpo, que por la ocasión del cuerpo entero sean condenados al fuego perpetuo. Este pasaje, si alguna vez es criticado por los paganos, hemos mostrado cómo se les puede responder. Ahora lo sacamos contra los herejes, a saber, Marción, y Valentín y todos los que ladran contra el Antiguo Testamento, de qué manera aquellos que acusan al Creador de sanguinario, severo guerrero, y solo juez, pueden excusar esto en el Apóstol del buen Dios. Y ciertamente no creo que haya en la Ley antigua una sentencia tan cruel, tan sangrienta en alguien, como, ojalá se mutilen los que os perturban. Ni pueden decir que el Apóstol oró por los enemigos de Cristo, que perturbaban sus Iglesias. Ni que fue pronunciado por amor, lo cual, lleno de hinchazón e indignación, se

demuestra por el peso mismo de las palabras. Por tanto, cualquier excusa que traigan por el Apóstol, con eso defenderemos la Ley antigua.

(Vers. 13.) Porque vosotros, hermanos, habéis sido llamados a la libertad: solo que no uséis la libertad como ocasión para la carne (se sobreentiende): lo cual, al no estar en griego, el intérprete latino lo ha añadido. Este pasaje, por ser muy oscuro, se ha decidido trasladarlo palabra por palabra del décimo libro de los Stromata. No porque no se puedan explicar cada uno en sus lugares y sentidos, sino porque, separados del asunto anterior, forman un cuerpo difícil: y si se entienden tal como suenan, parecen inconsecuentes y abruptamente contradictorios entre sí. Estas son las palabras de Orígenes: «Es un pasaje difícil: y así nos parece que debe ser discutido. Quien es libre, y sigue al espíritu y la verdad en un sentido más elevado, desprecia los tipos anteriores y la letra: no por eso debe despreciar a los menores, y dar ocasión a aquellos que no pueden sentir más sublimemente, de desesperar completamente de sí mismos. Aunque sean débiles y se les llame carne en comparación con el espíritu: sin embargo, son carne de Cristo. Pues si entiende el misterio de la caridad sirviendo a los más débiles, haga algo por los débiles: para que en su conocimiento no perezca el hermano, por quien Cristo murió. Presta atención diligente, si este sentido se teje a partir de las cosas consecuentes. Vosotros, dice, hermanos, habéis sido llamados a la libertad: tal vez porque no todos podían captar la llamada de la libertad. Por lo cual ahora escucháis: Solo que no uséis la libertad como ocasión para la carne. Porque es necesario que los mayores sirvan a los menores por amor: porque quien quiera ser mayor, será el siervo de todos (Mat. XX; Marc. X). Por lo tanto, ni el espiritual debe desgarrar las carnes de Cristo: ni darles ocasión para que se muerdan entre sí provocándose mutuamente para no consumirse unos a otros. Por lo tanto, es necesario que quien camina en el espíritu, y sigue las palabras de las Escrituras en el espíritu, no cumpla el deseo de la carne de ellas. Pero si lo que se dice: Caminad en el espíritu, y no cumpliréis el deseo de la carne, lo entendemos simplemente (como muchos piensan) contra el argumento y la hipótesis de toda la Epístola, de repente Pablo estallará en esto; pues inmediatamente sigue: Si sois guiados por el espíritu, no estáis bajo la Ley. Y aunque hasta aquí el discurso se mantiene en parte coherente, nuevamente si seguimos la simple inteligencia, nos transfiere repentinamente a preceptos desordenados, discutiendo sobre la carne y el espíritu, es decir: Las obras de la carne son manifiestas, estas y aquellas. Y por el contrario: El fruto del espíritu es amor, y los demás. Pero tampoco debemos desesperar de la consecuencia en estos; porque la historia de los volúmenes divinos contiene las obras de la carne; no ayudando mucho a aquellos que la entienden tal como está escrita. Pues ¿quién no será enseñado a servir a la lujuria, y a tener la fornicación por nada: cuando lea que Judá entró a una prostituta (Gen. XXVIII); y que los patriarcas tuvieron muchas esposas a la vez? ¿Cómo no será provocado a la idolatría, quien piense que la sangre de toros, y las demás víctimas del Levítico no indican más que lo que suena en la letra? Pero que el discurso de la Escritura enseñe enemistades, se prueba desde este lugar: Hija de Babilonia miserable, bienaventurado el que te retribuya la retribución que nos diste. Bienaventurado el que tome y estrelle a tus pequeños contra la roca (Sal. CXXXVI, 8, 9). Y de aquel: Por la mañana mataba a todos los pecadores de la tierra (Sal. C, 8), y otras cosas similares: de contiendas, emulación, ira, riñas, disensiones. A las cuales (si no sentimos algo más profundo) nos provocan más los ejemplos de las historias, que nos prohíben. También las herejías han subsistido más por la inteligencia carnal de la Escritura, que por la obra de nuestra carne, como muchos piensan. Asimismo, aprendemos la envidia y las borracheras por la letra de la Ley. Noé se embriaga después del diluvio, y los patriarcas con su hermano José en Egipto (Gen. IX y XLIII). Pero también las comilonas están escritas en el libro de los Reyes; cuando David danzaba y tocaba panderos delante del Arca del testamento de Dios (I Reg. VI), y

cosas similares. Se pregunta cómo el simple discurso de la Escritura divina, que se dice carne, nos provoca a la hechicería y a las artes mágicas: a menos que trascendamos al espíritu de la misma Escritura. Creo que esto significa, que Daniel y los tres jóvenes fueron hallados más sabios que los magos, encantadores, y caldeos, y que Moisés fue instruido en toda la sabiduría y doctrina de los egipcios. Por lo tanto, es ocasión de muchos males, si alguien permanece en la carne de la Escritura. Los que hacen tales cosas, no heredarán el reino de Dios. Por lo tanto, busquemos el espíritu de la Escritura y sus frutos, que no se dicen ser manifiestos. Pues con mucho trabajo y sudor, y con un digno cultivo en las Escrituras, se encuentra el fruto del espíritu. Por lo cual creo que Pablo dijo diligente y cautelosamente sobre los sentidos carnales de la Escritura: Las obras de la carne son manifiestas (Gál. V, 19). Pero de las espirituales no dijo allí, manifiesto es el fruto del espíritu; sino así: El fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, y los demás (Ibid., 22). Que si dejando los tipos, pasamos a la verdad y al espíritu de la Escritura, inmediatamente se nos revela el primer amor, y avanzando desde allí al gozo, llegamos a la paz, por la cual alcanzamos la paciencia. ¿Quién no será instruido en la misericordia y la bondad, cuando incluso lo que algunos consideran triste en la Ley, como los castigos y las guerras, y las destrucciones de naciones, y las amenazas a los pueblos por los profetas, lo entienda más como remedios que como castigos? Pues el Señor no se enojará para siempre (Isa. LVII). Cuando estas cosas se nos hayan revelado, tendremos una fe más razonable, y la templanza acompañará a las costumbres corregidas, seguida por la continencia y la castidad: y después de todo esto, la Ley comenzará a estar a nuestro favor.» Hasta aquí Orígenes. A lo cual podemos añadir, que digamos que hemos sido llamados de la servidumbre legal a la libertad del Evangelio (a quienes se dice anteriormente: Permaneced firmes, y no os sometáis de nuevo al yugo de servidumbre) también ahora se nos advierte, que siguiendo el yugo ligero de Cristo y los preceptos deleitables del Evangelio, de ninguna manera pensemos que nos es lícito usar esta misma libertad para vivir según la carne: es decir, vivir según la carne, circuncidarse según la carne; sino más bien permanecer en el espíritu, cortar el prepucio de la carne en el espíritu, y tendiendo a las cosas más altas del espíritu, dejar la humildad de la letra. Pero también puede entenderse de otra manera. Que alguien aprenda: Si he dejado de estar bajo la Ley, oh Pablo, y he sido llamado de la servidumbre a la libertad: entonces debo vivir de acuerdo con la libertad, sin estar sujeto a ningún precepto, sino hacer, cumplir, seguir lo que me plazca y la voluntad sugiera. A lo cual el Apóstol responde: Hemos sido llamados a la libertad del espíritu: pero de tal manera que la misma libertad no sirva a la carne. Ni pensemos que todo nos es lícito, todo nos conviene: sino que, habiendo dejado de ser siervos de la Ley, hechos libres, más bien por amor nos sirvamos unos a otros, para que los preceptos fragmentarios de la Ley se concluyan en un solo capítulo de amor.

(Vers. 14.) Pero servíos unos a otros por amor, porque toda la ley se cumple en un solo mandamiento. Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Quien siendo libre de todos, se hizo siervo de todos por amor, para ganar a más (I Cor. XIII), exhorta correctamente a los demás, para que por amor se sirvan unos a otros: que no busca lo suyo, sino lo del prójimo. Porque quien quiera ser el primero, será el siervo de todos (Marc., X, 44): para que así como el Salvador, estando en la forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, y hallado en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (Filip. II): así también nosotros, lo que antes parecíamos hacer bajo la necesidad de la Ley, ahora sepamos, siendo libres, que debemos hacerlo más por amor. Tan grande es el bien del amor, que toda la ley se resume en él. El Apóstol enumera también en otro lugar los bienes del amor, diciendo: No tiene envidia, no obra con soberbia (I Cor. XIII, 7, 8). Y después de repetir muchas cosas en medio, concluye al final: Todo lo espera, todo lo soporta, el amor

nunca falla. Y el Salvador en el Evangelio, dice que esta es la señal de su discípulo, si ama al prójimo (Mat. XXII). Lo cual creo que no solo se aplica a los hombres, sino también a los ángeles. Se dice lo mismo con otras palabras: Lo que no queréis que os hagan a vosotros, no lo hagáis a los demás, y lo que queréis que os hagan los hombres, hacedlo también vosotros a ellos de la misma manera (Ibid., VII, 12). No quiero que adulteren a mi esposa, no quiero que me roben la propiedad, no quiero ser oprimido con falso testimonio, y para resumir todo en una breve frase, me indigna que se me haga algo injusto. Si estas mismas cosas, por el amor operando en mí, las hago o las deseo para otro, toda la ley está cumplida. Y no es difícil enseñar cómo todos los preceptos, no matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no dirás falso testimonio, y otros similares, se mantienen con una sola observancia del amor. Es arduo mostrar cómo también los sacrificios que se prescriben en el Levítico, y la abstinencia o permiso de alimentos, con algunos considerados puros y otros impuros, así como los ciclos anuales de solemnidades, se resumen en un solo precepto de amor. A menos que alguien se traslade a afirmar que la Ley es espiritual, y que servimos a las imágenes y ejemplos de las cosas celestiales, antes de que llegara el verdadero Sumo Sacerdote: quien después de ofrecerse a sí mismo una vez como víctima, nos redimió con su sangre, toda aquella variedad y dificultad de la antigua Ley se completó en su amor sobre los hombres. Pues tanto amó el Padre al mundo, que dio a su Hijo amado y unigénito por nosotros. Pero para quien, viviendo en el espíritu, ha mortificado las obras de la carne, y amado por el Salvador, ya no se le llama siervo, sino amigo, no hay más Ley puesta, que está constituida para los impíos y pecadores, y no para los sujetos y malvados. Pero ahora, cuando hacemos todas las cosas que son más difíciles, o al menos en parte, solo no hacemos esto, que es más fácil de hacer, y sin lo cual todo lo que hacemos es vano. El cuerpo siente la injuria del ayuno: las vigiliass mortifican la carne: las limosnas se buscan con esfuerzo: la sangre en el martirio, aunque arda la fe, sin embargo, no se derrama sin dolor y temor. Todos estos son hechos por algunos: solo el amor es sin esfuerzo. Y porque solo el amor purifica el corazón, es atacado por el diablo en nosotros, para que no veamos a Dios con una mente pura. Pues cuando sentado hablo contra mi hermano, y pongo tropiezo contra el hijo de mi madre (Sal. XLIX, 20), cuando me atormenta la felicidad ajena, y hago del bien ajeno mi mal, ¿no se cumple en mí lo que sigue: Si os mordéis y os coméis unos a otros, mirad que no os consumáis unos a otros? El amor es una posesión rara. ¿Quién quiere ser anatema de Cristo por sus hermanos, siguiendo al Apóstol? ¿Quién llora con los que lloran, se alegra con los que se alegran, se hiere con la herida ajena? ¿Quién muere con la muerte del hermano? Todos somos más amantes de nosotros mismos que amantes de Dios. Mira cuán grande es el bien del amor. Si hacemos el martirio de tal manera que deseamos que nuestras reliquias sean honradas por los hombres: si siguiendo la opinión del vulgo, derramamos la sangre intrépidamente, y damos nuestra sustancia hasta la propia mendicidad, a esta obra no se le debe tanto premio como castigo: y son más tormentos de perfidia que corona de victoria.

(Vers. 15.) Pero si os mordéis y os coméis unos a otros, mirad que no os consumáis unos a otros. Esto puede entenderse también simplemente, para que no nos calumniemos unos a otros, no pensemos vengarnos con maldiciones, no deseemos entristecer a los que nos han entristecido, y como bestias, morder y ser mordidos, para que después de las mordeduras siga la destrucción y el consumo. Pero es mejor, para no ir contra la razón y la consecuencia de toda la Epístola, entender esto de tal manera que refiramos todo a la circuncisión y observancia de la Ley. Si otros os perturban, y vosotros os perturbáis. Si leyendo toda la antigua Escritura, la entendéis tal como está escrita: Ojo por ojo: diente por diente (Deut. XIX, 21), y la ira desea venganza, y la venganza impone dolor: lo cual la Ley no solo no prohíbe, sino que también lo ordena, restituyendo justicia en talión, sigue que el despojado

despoje, y el herido hiera de nuevo, y el comido muerda de nuevo, y lo que parece ser justicia, sea consumo, no vengando a uno, sino consumiendo a ambos.

(Vers. 16.) Digo pues: Caminad en el espíritu, y no cumpliréis el deseo de la carne. Y esto debe entenderse de acuerdo con lo anterior de dos maneras, para que digamos que aquellos que han mortificado las obras de la carne por el espíritu y han sembrado en el espíritu, para que del espíritu cosechen vida eterna, cada vez que sientan el placer de la carne tentar, no cumplan su deseo (lo cual si se cumple, parece halagar por un tiempo), sino que lo refrenen con el espíritu, y según la sentencia del Historiador (Sallustio), vivan más por el dominio del alma, que por el servicio del cuerpo. También aquello, porque la Ley es espiritual (Rom. VII), y no el que es judío en lo manifiesto, sino el que lo es en lo oculto, y la circuncisión del corazón en el espíritu, no en la letra, decimos que caminan en el espíritu, y no cumplen el deseo de la carne, quienes espiritualmente salen de Egipto, y toman alimento y bebida espiritual de la roca espiritual, quienes no son juzgados en comida, o en bebida, o en parte de día de fiesta, o de luna nueva y sábado, sino que caminan en todo espiritualmente, no cumpliendo el deseo de la ley carnal y de la letra, sino cosechando los frutos de la inteligencia espiritual. También se ha dicho una tercera interpretación en este lugar por algunos, pero que no difiere mucho de la segunda, para que afirmen que el deseo de la carne está en aquellos que son niños en Cristo: pero el camino del espíritu en los hombres perfectos, y que el sentido es: En la gravedad del espíritu, es decir, en el camino del hombre perfecto, y no haréis los deseos de los niños.

(Vers. 17.) Porque la carne desea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne. Estos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que queréis. La carne se deleita en lo presente y breve: el espíritu en lo perpetuo y futuro. En medio de esta contienda se encuentra el alma, teniendo en su poder el bien y el mal, querer y no querer, pero no teniendo este querer y no querer de manera perpetua: porque puede suceder que, habiendo consentido a la carne y realizado sus obras, nuevamente, al arrepentirse, se una al espíritu y realice sus obras. Esto es lo que dice: Estos se oponen entre sí, es decir, la carne y el espíritu: para que no hagáis lo que queréis. No porque nos haya quitado el libre albedrío, con el cual podemos consentir a la carne o al espíritu: sino porque lo que hacemos no es propiamente nuestro, sino que la obra misma se atribuye a la carne o al espíritu. Es un gran trabajo y una disputa excesiva encontrar algo intermedio, que no parezca pertenecer ni a la carne ni al espíritu. Se nos llama carnales cuando nos entregamos por completo a los placeres. Espirituales, cuando seguimos al Espíritu Santo como guía, es decir, cuando con él somos instruidos y enseñados por su autoría. Creo que los filósofos son animales, que piensan que sus propios pensamientos son sabiduría, de los cuales se dice correctamente: El hombre animal no recibe las cosas del espíritu. Porque para él es necesidad. Para que esto sea más claro, tomemos un ejemplo: La carne, tierra; el alma, oro; el espíritu, fuego. Mientras el oro esté en la tierra, pierde su nombre y se llama por la tierra a la que está mezclado. Pero cuando se separa del suelo, recibe la apariencia y el nombre de oro, aunque aún no probado. Si, sin embargo, es fundido y purificado por el fuego, entonces recibe el esplendor del oro y la dignidad de su ornamento. Así también el alma, entre la tierra y el fuego, es decir, entre la carne y el espíritu, cuando se entrega a la carne, se llama carne; cuando al espíritu, se llama espíritu. Pero si cree en su propio pensamiento, y sin la gracia del Espíritu Santo estima haber encontrado la verdad, se designa con el nombre de hombre animal, como oro impuro. Este pasaje puede explicarse mejor de esta manera, y convertirse en una serie o cuerpo que se entrelaza, sin discrepar entre sí. Hermanos, habéis sido llamados de la servidumbre de la Ley a la libertad del Evangelio. Pero os ruego, no abuséis de la libertad como licencia, y penséis que todo os es lícito, dando ocasión a la carne y a la lujuria. Más bien, aprended que esta libertad es una mayor servidumbre, para que lo

que antes la Ley exigía de los no dispuestos, ahora por caridad os sirváis unos a otros. Pues toda la carga de la Ley y sus múltiples preceptos no han sido tanto excluidos por la gracia del Evangelio, como resumidos en una sola palabra de caridad, para que amemos al prójimo como a nosotros mismos. Porque quien ama al prójimo, cumple toda la ley, otorgándole bienes y no infligiéndole males. Pero si cesa el amor, y no hay caridad, por la cual se cumple toda la ley, habrá un cierto latrocinio público entre los hombres, devorándose y mordiendo unos a otros, consumiéndose mutuamente. Vosotros, hermanos, debéis vivir según la ley espiritual, para que no cumpláis los deseos de la carne. Porque la carne teme el frío, desprecia el hambre, se debilita con las vigiliass, se enciende con las pasiones, desea todo lo suave y placentero. En cambio, el espíritu busca lo contrario a la carne, y lo que puede debilitarla. Y así sucede que no porque hayáis dejado de estar bajo la servidumbre de la Ley, penséis que sois libres: sino que sepáis que estáis más retenidos por la ley de la naturaleza, porque no inmediatamente si la ley no manda, la naturaleza cesa, para que vuestra voluntad no sea seguida por las obras, sino que frecuentemente os veáis obligados a hacer lo que no queréis, con la carne oponiéndose al espíritu. Por lo tanto, hermanos, os ruego que no deis vuestra libertad como ocasión a la carne, sino que sirváis más bien al espíritu, para que comencéis a hacer lo que queréis, y no debáis nada a la ley, es decir, no estéis bajo la carne. Porque podréis tener verdaderamente la libertad de la ley abolida en el Evangelio, cuando la carne no os obligue a hacer lo que no queréis, sino que sirviendo al espíritu, mostréis que no estáis bajo la Ley. Y porque antes comenzamos a exponer este lugar según una doble inteligencia, debemos devolver lo que omitimos. La carne desea contra el espíritu, es decir, la historia y el entendimiento carnal de la Escritura, se oponen a la alegoría y la doctrina espiritual. El espíritu, sin embargo, contra la carne, es decir, lo sublime se opone a lo bajo, lo eterno a lo breve, la verdad a la sombra. Y el sentido carnal de la Escritura, que no puede cumplirse (pues no podemos hacer todo lo que está escrito) muestra que no estamos en nuestra propia potestad para cumplir la Ley, ya que incluso si queremos seguir la letra, la imposibilidad no lo permite.

(Vers. 18.) Pero si sois guiados por el espíritu, no estáis bajo la Ley. No se refiere al espíritu del que el Apóstol habla en otro lugar: El mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios (Rom. VIII, 16), es decir, no al espíritu del hombre que está en él, sino al Espíritu Santo: al seguirlo, nos hacemos espirituales, y dejamos de estar bajo la Ley. Es notable que aquí el espíritu no se menciona con artículo, ni con algún añadido, como en otros casos leemos, espíritu de mansedumbre, y espíritu de fe: sino que simplemente se llama Espíritu: estas minucias, más observadas en griego que en nuestra lengua (que no tiene artículos), parecen tener algún significado. Se pregunta en este lugar, si cualquiera que es guiado por el espíritu, no está bajo la Ley, si Moisés y los profetas fueron guiados por el espíritu, y vivieron bajo la Ley, lo que el Apóstol niega: o si teniendo el espíritu, no estuvieron bajo la Ley, lo que el Apóstol aquí afirma: o lo que es tercero, viviendo bajo la Ley, no tuvieron el espíritu, lo cual es impío creer de tales hombres. A lo cual responderemos brevemente: No es lo mismo estar bajo la Ley, que estar como bajo la Ley: así como no es lo mismo estar en la semejanza de la carne del pecado, que estar en la carne del pecado. Ni suena igual el verdadero serpiente, y la semejanza aérea del serpiente, que Moisés suspendió en el desierto (Num. XXI). Así, los santos profetas y Moisés, caminando en el espíritu y viviendo en el espíritu, no vivieron bajo la Ley, sino como bajo la Ley, para que ellos parecieran estar bajo la Ley; pero ganaran a los que estaban bajo la Ley, y los provocaran de la humildad de la letra a la altura del espíritu. Pues también Pablo, que se hizo judío para los judíos, y todo para todos, para ganarlos a todos (I Cor. IX): no dijo, hecho bajo la Ley, sino, hecho como bajo la Ley, para mostrar que no guardó la verdad de la Ley, sino su semejanza. Creemos haber resuelto la cuestión propuesta. Pero ¿qué haremos con aquel capítulo de Pablo

que dice: Pero cuando vino la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley (Supra)? Si Cristo estuvo bajo la Ley, y no como bajo la Ley, toda la discusión anterior quedará vacía. Sin embargo, esta oposición se resolverá en su lugar. Porque quien fue hecho bajo la Ley para redimir a los que estaban bajo la Ley, ciertamente, siendo libre de la Ley, se sometió a la Ley por voluntad: y era mucho más libre que Pablo, quien no bajo la Ley, sino como bajo la Ley, testificó haber estado. Y así como descendió al cieno y al abismo de la muerte por nosotros, que orábamos diciendo: ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? (Rom. VII, 14), así también quiso nacer de mujer, y estar bajo la Ley, para salvar a los que nacieron de mujer y bajo la Ley. Y ciertamente no nació de mujer, es decir, de casada, sino de virgen. Pero abusivamente se llamó mujer a la virgen, por aquellos que no sabían que era virgen. Así, para aquellos que pensaban que María tenía marido, se puso mujer por virgen: así también para aquellos que pensaban que Cristo estaba bajo la Ley, ignorando que fue hecho para los que estaban bajo la Ley, como bajo la Ley, se dice que él mismo fue hecho bajo la Ley.

(Vers. 19-21.) Manifiestas son las obras de la carne, que son: fornicación, impureza, lujuria, idolatría, hechicerías, enemistades, contiendas, celos, iras, riñas, disensiones, herejías, envidias, borracheras, comilonas, y cosas semejantes a estas, de las cuales os advierto, como ya os lo he dicho: que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios. Anteriormente, al exponer sobre la carne y el espíritu, mencionamos tres interpretaciones: o bien son carnales aquellos que, siendo niños y corporales, no pueden recibir el alimento sólido en Cristo y de edad perfecta; o bien son carnales aquellos que, al modo judío, solo siguen la historia y la letra; o ciertamente, según el sentido simple, en la ficción del hombre subsisten carne y espíritu, y según la diversidad de la sustancia, las obras son de la carne o del espíritu. Ahora bien, las obras de la carne que aquí se mencionan, a saber, fornicación, impureza, lujuria, y las demás que siguen, me parecen referirse más a la simple inteligencia de carne y espíritu, que a la carne de la Ley y a los niños en Cristo, aunque en el lugar donde anteriormente trasladamos palabra por palabra del décimo Stromate de Orígenes, se expresa también lo que se puede pensar sobre esto. Lo que dice: Manifiestas son las obras de la carne, o bien demuestra que son conocidas por todos: porque por sí mismas se muestran malas y deben ser evitadas, tanto que incluso quienes las cometen desean ocultar lo que hacen. O ciertamente son manifiestas solo para aquellos que han creído en Cristo. Pues muchos de los gentiles se glorían en sus deshonras, y piensan que si han satisfecho su placer, han conseguido una especie de victoria de las torpezas. Pero también es elegante que haya puesto las obras en la carne y los frutos en el espíritu: porque los vicios se terminan y perecen en sí mismos, mientras que las virtudes brotan y abundan en frutos. No pensemos que el alma no tiene obra alguna, si los vicios se atribuyen a la carne y las virtudes al espíritu. Porque el alma (como dijimos antes) está situada en un cierto medio, o se une a la carne, y se dice de ella: No permanecerá mi espíritu en estos hombres, porque son carne (Gén. VI, 3); o se une al espíritu, y pasa al nombre de espíritu. Porque el que se adhiere al Señor, es un solo espíritu (I Cor. VI, 17). La primera obra de la carne es la fornicación. La puso manifiesta al principio, para que no dudemos de las intermedias. Pues todo lo que hace el hombre, es fuera del cuerpo: pero el que fornicar, peca contra su propio cuerpo. Y no somos nuestros: porque hemos sido comprados por precio, glorifiquemos y llevemos a Dios en nuestro cuerpo. En esto, el fornicador es de mayor crimen: porque toma los miembros de Cristo, y los hace miembros de una prostituta. Serán dos en una sola carne. El que no es fiel, ni cree en Cristo, hace sus miembros miembros de una prostituta: el que cree y fornicar, hace los miembros de Cristo miembros de una prostituta. Por el contrario, el infiel en su fornicación, no sé si viola o edifica un templo al ídolo. Pues por los vicios se cultivan sobre todo los demonios. Esto sé:

que el que fornicaba después de la fe en Cristo, viola el templo de Dios. La segunda obra de la carne se llama impureza, y la sigue la lujuria. Pues como en la antigua Ley sobre los crímenes nefandos, que se hacen en secreto, y es muy vergonzoso incluso nombrarlos (para que no se contaminen la boca del que habla y los oídos de los que escuchan), la Escritura los abarcó en general, diciendo: Haced a los hijos de Israel reverentes de toda impureza (Lev. XV, 31): así en este lugar, las demás voluptuosidades extraordinarias, incluso las obras de los matrimonios, si no se hacen con pudor y honestidad, como bajo los ojos de Dios, para servir solo a los hijos, las llamó impureza y lujuria. En el cuarto lugar del catálogo de las obras de la carne, se encuentra la idolatría. Porque el que una vez se ha entregado a la lujuria y al placer, no mira al Creador. Además, toda idolatría se deleita en festividades, gula, vientre, y en lo que está debajo del vientre. Y para que quizás las hechicerías y las artes mágicas no parecieran prohibidas en el Nuevo Testamento, también se mencionan entre las obras de la carne. Porque a menudo por las artes mágicas, sucede amar y ser amado con amargura. También la enemistad, que se pone después de las hechicerías, manifiesta su culpa por la sujeción del crimen. Pues en cuanto depende de nosotros, no debemos ser enemigos de nadie, sino tener paz con todos. Pero si hablando la verdad, nos ganamos algunos enemigos: no somos tanto enemigos de ellos, como ellos lo son de la verdad. Pues lo que se dice en el Génesis a Abraham: Seré enemigo de tus enemigos: y adversario de tus adversarios, como se debe entender arriba, no tanto Abraham fue enemigo de ellos, como ellos lo fueron de las virtudes y religión de Abraham, por las cuales, despreciados los ídolos, veneraba al Dios conocido. También lo que se ordena al pueblo de Israel, que sean enemigos de los madianitas con odio eterno y discordia transmitida a los descendientes (Núm. XXXI), se dice como a aquellos que estaban bajo el pedagogo, y en otro lugar merecían oír: Odiarás a tu enemigo (Mat. V, 43). O ciertamente no es tanto una disensión de personas, como de costumbres: para que como Dios puso enemistad útil entre la serpiente y la mujer, para que su amistad no fuera inútil al hombre, por la cual fue expulsado del paraíso: así también en los israelitas y madianitas, más que una nación condenada, fue una vida disímil. El séptimo lugar entre las obras de la carne lo ocupa la contienda, colocada en un número casi sagrado y eminente entre los vicios. Pero el siervo del Señor no debe reñir, sino ser amable con todos, apto para enseñar, paciente, corrigiendo con mansedumbre a los que se oponen (II Tim. II, 24, 25). Después de la contienda, sigue la octava, que es la emulación, que en griego se llama más significativamente ζήλος. De este mal, no sé quién de nosotros carece. Pues los patriarcas tuvieron celos de su hermano José: y María y Aarón, profetisa de Dios y sacerdote, fueron engañados por tal pasión contra Moisés (Gén. XXXVII, Núm. XII): tanto que aquella de la que la Escritura había narrado, diciendo: Tomando María la profetisa el pandero (Éxod. XV. 20), y demás, después fue expulsada del campamento, manchada por el vicio de la lepra, y señaló su penitencia con una separación de siete días (Núm. XII). Luego sigue la ira, que no obra la justicia de Dios (Sant. I), y es una especie de furor. Entre la iracundia y la ira, hay esta diferencia: que el iracundo siempre se enoja: el irado se excita por un tiempo. Y no sé quién puede poseer el reino de Dios: cuando el que se enoja, se separa del reino (Mat. V). También las riñas, que los griegos llaman ἐριθείας, si bien rixa se dice μάχη, están prohibidas del reino de Dios. Pero ἐριθεία es cuando alguien siempre está listo para contradecir, se deleita en el enojo ajeno: y con disputa femenina contiende, y provoca al contendiente. Esto también se llama φιλονεικία entre los griegos. Asimismo, las disensiones son obras de la carne: cuando alguien no es perfecto, dice con el mismo sentido y la misma sentencia: Yo soy de Pablo, y yo de Apolo, y yo de Cefas, y yo de Cristo (I Cor. I, 12). Pero también se encuentra esta misma disensión entre las casas: a saber, del marido con la esposa, del padre con el hijo, del hermano con el hermano, del siervo con el siervo, del soldado con el compañero de tienda, del artesano con el artesano del mismo oficio. A veces sucede que también en las exposiciones de las Escrituras surge disensión: de las cuales también brotan las herejías que

ahora se ponen en la obra de la carne. Pues si la sabiduría de la carne es enemiga de Dios (Rom. VIII) (y todos los dogmas de falsedad que se oponen a Dios son enemigos), consecuentemente las herejías enemigas de Dios se refieren a las obras de la carne. Αἵρεσις en griego se dice por elección: porque cada uno elige para sí la disciplina que cree mejor. Por tanto, cualquiera que entienda la Escritura de manera diferente a como lo exige el sentido del Espíritu Santo con el que fue escrita: aunque no haya salido de la Iglesia, sin embargo, puede ser llamado hereje, y es de las obras de la carne, eligiendo lo que es peor. A las herejías sigue la envidia, que no debemos pensar que es lo mismo que el celo. Porque el celo también puede tomarse en buena parte, cuando alguien se esfuerza por emular lo que es mejor. Pero la envidia se atormenta con la felicidad ajena, y se divide en una doble pasión: cuando o bien es algo en lo que no quiere que otro sea, o bien al ver a otro mejor, se duele de no ser semejante a él. Un cierto poeta moderno, al traducir un verso griego en metro elegíaco, jugó sobre la envidia, diciendo: Nada hay más justo que la envidia: que inmediatamente roe al mismo autor, y tortura el alma. También el bienaventurado Cipriano escribió un libro sobre el Celo y la Envidia muy bueno: quien lo lea, no dudará en enumerar la envidia entre las obras de la carne. Entre el envidioso y el envidiado hay esta diferencia: que el envidioso envidia al más feliz. El envidiado es aquel que sufre la envidia de otro. El decimocuarto lugar entre las obras de la carne lo ocupa la embriaguez. Pues los borrachos no heredarán el reino de Dios. Y el Señor a los discípulos: Cuidaos, dice, no sea que se carguen vuestros corazones con vino y embriaguez (Luc. XXI, 34). El vino trastorna el sentido del hombre: los pies caen: la mente vacila: la lujuria se enciende: Por eso el Apóstol clama: Y el vino en el que hay lujuria (Efes. V, 18). Cada uno tiene el poder de su propia opinión. Yo sigo al Apóstol: en el vino hay lujuria, en el vino hay embriaguez. Y no puede negar que la embriaguez y la lujuria se cuentan entre las obras de la carne, ni siquiera aquel que es vencido por las mismas pasiones. Y aunque algunos me consideren digno de reproche en ese libro que escribí sobre la conservación de la virginidad, porque dije que las jóvenes deben huir del vino como del veneno: no me arrepentiré de mi opinión. Pues allí más bien se condenó la obra del vino que la criatura de Dios: y quitamos la licencia a la virgen que arde con el calor propio de su edad, para que bajo el pretexto de beber poco, no bebiera más y pereciera. De lo contrario, sabíamos que el vino se consagra en la sangre de Cristo: y a Timoteo se le ordenó beber vino. Pero la embriaguez puede ocurrir tanto por el vino como por otros tipos de bebidas que se preparan de diversas maneras; de lo cual también se dice del santo: No beberá vino ni licor (Luc. I, 15). Sicera se interpreta como embriaguez. Y para que nadie que no beba vino piense que debe beber otra cosa, se excluye la excusa; ya que todo lo que puede embriagar se quita junto con el vino. La decimoquinta, que es también la última entre las obras de la carne, es la comilona. Pues el pueblo comió y bebió, y se levantaron para jugar (Éxod. XXXII, 6). Siempre la embriaguez está unida a la lujuria. Un cierto orador no ignoble, al describir a un ebrio despertado del sueño, dijo: «Ni dormido podía estar despierto, ni despierto podía estar ebrio.» Con esta sentencia expresó, de alguna manera, que no estaba ni muerto ni vivo. Sería largo repetir todas las obras de la carne y hacer un catálogo de vicios. Por tanto, concluyó todo con una sola palabra diciendo, y cosas semejantes a estas. Ojalá pudiéramos evitarlas tan fácilmente como las entendemos. Os advierto, dice, como ya os lo he dicho: que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios. Donde antes había advertido: No reine, dice, el pecado en vuestro cuerpo mortal, para obedecer a sus deseos (Rom. VI, 12). El pecado tiene todas estas especies, en las cuales ahora nos hemos detenido más de lo que quizás era necesario al discriminarlas. Por tanto, en el alma en la que el pecado ha reinado, no puede reinar el reino de Dios. Pues ¿qué participación hay entre la justicia y la iniquidad? ¿qué comunión entre la luz y las tinieblas? ¿qué consenso entre Cristo y Belial (II Cor. VI, 14, 15)? Y pensamos que podemos conseguir el reino de Dios, si estamos libres de fornicación, idolatría y hechicerías. He aquí que las enemistades, la contienda, la ira, la riña,

la disensión, la embriaguez también, y las demás que consideramos pequeñas, nos excluyen del reino de Dios. Y no importa si uno es excluido de la bienaventuranza por una sola cosa o por muchas, ya que todas igualmente excluyen. En los códices latinos, también se mencionan adulterio, impudicia y homicidios en este catálogo de vicios. Pero se debe saber que no se nombran más de quince obras de la carne, sobre las cuales también hemos disertado.

(Vers. 22.) El fruto del espíritu, en cambio, es amor, gozo, paz, longanimidad, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley. Y ¿qué otra cosa debía tener el primado entre los frutos del espíritu, sino el amor, sin el cual las demás virtudes no se consideran virtudes, y del cual nacen todas las cosas buenas? Pues tanto en la Ley como en el Evangelio, ella tiene el primado: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu fuerza: y amarás a tu prójimo como a ti mismo (Deut. VI, 5; Matt. XXII, 37). Cuántos bienes contiene el amor, ya lo hemos mencionado brevemente antes, y ahora basta con decir un poco: que el amor no busca lo suyo, sino lo ajeno (I Cor. XIII). Y aunque alguien por su propio vicio sea enemigo del que ama, y trate de agitar su tranquilidad con olas de odio: sin embargo, nunca se turba: nunca considera digna de odio a la criatura de Dios. Pues el amor cubre multitud de pecados (I Petr. IV, 8). También lo que dice el Salvador: No puede el árbol bueno dar frutos malos: ni el árbol malo dar frutos buenos (Matt. VII, 18), creo que no se pronunció tanto sobre los hombres, como sobre los frutos de la carne y del espíritu: porque ni el espíritu puede hacer jamás esos vicios que se enumeran entre las obras de la carne; ni la carne puede abundar en esos frutos que surgen del espíritu. Sin embargo, puede suceder por negligencia del poseedor, que el espíritu que habita en el hombre no tenga sus frutos: y por el contrario, la carne, con sus obras mortificadas, deje de pecar. No obstante, no llegan hasta el punto de que el árbol del espíritu descuidado produzca obras de la carne, y el árbol de la carne cultivado, germine frutos espirituales. En el segundo lugar de los frutos espirituales, se ha puesto el gozo: que también los estoicos, que distinguen entre las palabras con más sutileza, consideran algo diferente de la alegría. Pues dicen que el gozo es la elevación del ánimo sobre las cosas dignas de exultación: mientras que la alegría es una elevación desenfrenada del ánimo, que no conoce medida, y se alegra incluso en las cosas mezcladas con vicio. Otros, en cambio, ponen el placer en lugar del gozo: no este que incita al cuerpo a la lujuria, estimula los sentidos, halaga con dulce afecto; sino otro homónimo a este, que sin moderación y sin decoro de alegría, eleva su voz en risa. Si esto es verdad, y su distinción entre las palabras no engaña ni se engaña, consideremos si quizás por eso se ha dicho: No hay gozo para los impíos, dice el Señor (Isai. LVII, 21). Al mismo tiempo, también es de notar que después del amor, sigue el gozo. Pues el que ama a alguien, siempre se alegra en su felicidad. Y si lo ve engañado por algún error, y caído en el resbalón de los pecados, se dolerá ciertamente, y se apresurará a rescatarlo: pero no podrá cambiar el gozo por tristeza, sabiendo que ninguna de las criaturas racionales perece perpetuamente ante Dios. El tercer fruto del espíritu es la paz, de la cual también Salomón, que precedió en tipo de Cristo, recibió su nombre. Y el salmista canta sobre la Iglesia: Su lugar se hizo en paz (Ps. LXXV, 2). Y entre las ocho bienaventuranzas del Evangelio se escribe: Bienaventurados los pacificadores: porque serán llamados hijos de Dios (Matt. V, 9). También en el primer salmo de los grados se canta: Con los que odian la paz, yo era pacífico (Ps. CXIX, 6). No pensemos que la paz debe buscarse solo en no reñir con otro: sino que la paz de Cristo, es decir, nuestra herencia, está con nosotros si la mente tranquila no se perturba con pasiones. Después de la paz sigue la longanimidad, o paciencia: porque μακροθυμίαν podemos interpretarlo de ambas maneras. A esta se opone la pusilanimidad, de la cual se escribe: El pusilánime es muy insensato: pero el que es paciente, y soporta todo, es un hombre sabio (Eccli, VII). Y con énfasis se llama mucho sabio, como también está escrito en los Proverbios: El hombre longánime es grande en prudencia (Prov. XIV, 29). También la benignidad o suavidad,

porque en griego Χρηστότης significa ambas cosas, es una virtud suave, amable, tranquila, y apta para la compañía de todos los buenos, invitando a la familiaridad consigo misma, dulce en el discurso, moderada en las costumbres. Finalmente, los estoicos también la definen así: La benignidad es una virtud dispuesta espontáneamente a hacer el bien. La bondad no es muy diferente de la benignidad: porque también parece estar dispuesta a hacer el bien. Pero difiere en que la bondad puede ser más triste, y con el ceño fruncido por costumbres severas, hacer el bien y conceder lo que se pide: pero no ser amable en la compañía, ni invitar a todos con su dulzura. También los seguidores de Zenón la definen así: La bondad es una virtud que beneficia: o, una virtud de la cual surge la utilidad: o, una virtud por sí misma: o un afecto que es fuente de utilidades.

Entre los frutos del espíritu, la fe ocupa el séptimo y más sagrado lugar, que también en otros lugares se menciona entre las tres: esperanza, fe, caridad. No es de extrañar que la esperanza no se mencione en este catálogo, ya que en la fe está lo que se espera, y así lo define el Apóstol escribiendo a los Hebreos: "La fe es la sustancia de las cosas que se esperan, la evidencia de las que no se ven" (Hebr. XI, 1). Lo que esperamos que venga y aún no está presente, lo poseemos por la fe, esperando tener lo que creemos. También se pregunta cómo la fe está situada en la caridad. Quien ama, nunca estima que se le haga daño, nunca sospecha otra cosa que lo que ama y es amado. Sin embargo, cuando el amor está lejos, la fe también se aleja. Después de la fe, se enumera la mansedumbre, que es contraria a la ira, las disputas, las disensiones, y nunca se provoca a sus contrarios, verdaderamente brotando buenos frutos del buen árbol del espíritu. Por esta razón, el siervo de Dios Moisés mereció recibir el testimonio de la Escritura, que dice: "Moisés era muy manso, más que todos los hombres sobre la tierra" (Num. XII, 3). Dice "sobre la tierra". Porque no podía estar por encima de aquellos que veían a Dios cara a cara, ya que a menudo nos vemos obligados a hacer muchas cosas por la debilidad de la carne. También sobre David, aunque muchos piensan que se profetizó sobre nuestro Señor, lo cual no negamos, el Espíritu Santo canta en el tipo del que ha de venir: "Acuérdete, Señor, de David y de toda su mansedumbre" (Sal. CV, 1). ¿No brilló su mansedumbre especialmente contra Saúl, Absalón y Semei (I Reg. XXIV; II Reg. XV)? Cuando uno quería matarlo, otro tramaba nuevas cosas, intentando defraudarlo del imperio, otro lanzándole piedras y esparciendo polvo, gritaba y decía: "Sal, sal, hombre iniquo" (Ibid., XVI, 7). La continencia extrema se coloca entre los frutos del espíritu. No solo debemos entenderla en la castidad, sino también en la comida y la bebida, en la ira y la perturbación de la mente, y en la lujuria de la difamación. Entre la modestia y la continencia hay esta diferencia: que la modestia está en los hombres perfectos y de virtud consumada, de quienes el Salvador dice: "Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra" (Mat. V, 4). Y de sí mismo: "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón" (Mat. XI, 29). La continencia, en cambio, está en el camino de la virtud, pero aún no ha llegado a su fin, porque las pasiones todavía nacen en la mente de quien se contiene, y contaminan el principal de la mente, aunque no lo superen ni lo lleven a la acción. No solo en los deseos y la lujuria es necesaria la continencia, sino también en las otras tres perturbaciones, a saber, el dolor, la alegría y el miedo. Contra tales frutos del espíritu, no hay ley. Porque la ley no está hecha para el justo, sino para los inicuos y desobedientes, impíos y pecadores (I Tim. I, 9). La ley me dice: "No cometerás adulterio, no matarás, no darás falso testimonio, no defraudarás, no codiciarás lo ajeno, no perjurarás, no robarás" (Éxodo XX, 12 y ss.): si no hago todas estas cosas, con el fruto del espíritu reinando en mí por la caridad, los preceptos de la ley son superfluos para mí. Finalmente, también los sabios del mundo han opinado sobre la filosofía de tal manera que lo que las leyes públicas obligan a los hombres a hacer por necesidad, eso persuade a hacerlo por voluntad.

(Vers. 24.) Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos. Orígenes, conectando este pasaje con los anteriores, lo lee así: "Contra tales cosas no hay ley, quienes han crucificado la carne de Cristo con sus pasiones y deseos", de modo que no como suena en latín, diga que los que son de Cristo han crucificado su propia carne con sus pasiones y deseos, sino que la carne de Cristo ha sido crucificada por ellos con sus pasiones y deseos. Y pregunta cómo en aquellos que tienen los frutos del espíritu, y contra quienes la ley ha cesado de ser, se pone la crucifixión de la carne del Señor en alabanza, cuando a los Hebreos se pone en reproche: "Crucificando de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y exponiéndolo a la vergüenza" (Hebr. VI, 6). En lugar de "crucificando de nuevo", es mejor un verbo compuesto en griego, ἀνασταυροῦντες, que podemos interpretar como "recrucificando". Primero, entonces, hay que notar que es diferente crucificar que recrucificar. Luego, que no es lo mismo recrucificar al Hijo de Dios que crucificar la carne de Cristo con sus pasiones y deseos. Porque la carne de Cristo no es principalmente y propiamente el Hijo de Dios, sino Jesucristo, quien, siendo en el principio con el Padre, el Verbo Dios se hizo carne, y se anonadó a sí mismo, tomando forma de siervo, para crucificar la carne y despojar a los principados y potestades, triunfando sobre ellos en el madero (Filip. II), para que se cumpliera aquello del Apóstol: "Porque en cuanto murió, al pecado murió una vez" (Rom. VI, 10). Por lo tanto, si nuestros cuerpos son miembros de Cristo, consecuentemente nuestra carne es carne de Cristo, que crucificamos, mortificando por ella sobre la tierra, la fornicación, la impureza, la pasión, el mal deseo y la avaricia: y de nosotros se pone ahora en alabanza, quienes han crucificado la carne de Jesucristo con sus pasiones y deseos, y siempre llevamos en nuestro cuerpo la mortificación de Jesús, para que también su vida se manifieste en nuestra carne. No es poco trabajo vivir en este siglo presente de tal manera que ya ahora la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne. Así también se vivificarán nuestros cuerpos mortales por el espíritu que habita en nosotros. Donde el intérprete latino puso "vicios", en griego se lee παθήματα, es decir, "pasiones". Y porque la pasión puede significar tanto el dolor como las demás necesidades del cuerpo, el Apóstol añadió cuidadosamente "deseos", para que no pareciera negar la naturaleza del cuerpo en los hombres espirituales, sino los vicios. Y esto se advierte así, si seguimos la edición Vulgata, leyendo: "Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus vicios y deseos", para que no digamos que han crucificado la carne de Cristo, sino la suya propia. Casi olvidé la segunda interpretación. Había predicho que todo lo que sigue debe referirse a la Ley y a la circuncisión. Por lo tanto, este es el sentido: En quienes está el fruto del espíritu, la caridad, el gozo y los demás, han crucificado la inteligencia corporal de la Escritura, que ahora se llama carne de Cristo, con sus pasiones y deseos, que generan en los pequeños y lactantes los fomentos de los vicios. Ha crucificado la carne de Cristo, quien no milita según la carne de la historia, sino que sigue el espíritu de la alegoría que lo guía.

(Vers. 25.) Si vivimos por el espíritu, andemos también por el espíritu. Usemos este testimonio contra aquellos que no quieren entender las Escrituras espiritualmente. ¿Quién es el que vive por el espíritu, sino nuestro hombre interior, que también a veces suele vivir según la carne? Pero cuando vive por el espíritu, anda por el espíritu. Cuando quiere andar en la carne, viviendo está muerto. El hombre perfecto en Cristo siempre vive en el espíritu: obedece al espíritu, nunca vive en la carne. Y al contrario: quien se entrega totalmente a la carne y se dedica a las pasiones, nunca vive en el espíritu. Entre estos hay medianos, a quienes no podemos llamar ni espirituales ni carnales; sino que, fluctuando entre virtudes y vicios, a veces son atraídos a lo mejor y son espíritu, a veces son engañados por el resbalón de la carne y son carne.

(Vers. 26.) No nos hagamos vanagloriosos, provocándonos unos a otros, envidiándonos unos a otros. Una palabra en griego, κενόδοξοι, el intérprete latino la expresó con un rodeo de tres palabras. Cuántas definiciones y significados tiene la gloria, los innumerables libros de los filósofos y los dos volúmenes de Cicerón, que escribió sobre la gloria, son testimonio de ello. Pero nosotros, como no intentamos disertar sobre etimologías de palabras, sino sobre el sentido de la Escritura, así conectaremos este pasaje con los anteriores: Si vivimos por el espíritu, obedezcamos al espíritu, no por la Ley, sino sirviéndonos unos a otros por la caridad. No debemos contender sobre la interpretación de las Escrituras y decir: La circuncisión es mejor: no, sino el prepucio. Despreciar la historia y seguir la alegoría, o más bien la alegoría es vana y sombría, y no está fijada en ninguna raíz de verdad. De donde sucede que nacen envidias entre nosotros. Porque quieren excluirnos, dice, para que los envidiéis: no tanto queriendo enseñar la verdad de la Ley, como vencer. Pero para no pasar por alto completamente la palabra gloria, dejando sus necesidades a los filósofos, revisemos algunas cosas de las Escrituras. La opinión del vulgo y la alabanza buscada por el favor de los hombres suena a nombre de gloria, donde se dice: "Todo lo hacen para ser vistos por los hombres" (Mat. XXIII, 5). Y en otro lugar: "¿Cómo podéis creer, buscando la gloria unos de otros?" (Juan V, 44). Por otro lado, en el mismo lugar, en buen sentido: "Y no buscando la gloria de aquel que es el único". De lo cual entendemos que la misma palabra, a veces significa virtud, a veces vicio. Si busco la gloria de los hombres, es vicio: si de Dios, es virtud, quien también nos exhorta a la verdadera gloria, diciendo: "A los que me glorifican, los glorificaré". La gloria también significa otra cosa en las Escrituras divinas, cuando algo más augusto y divino se presenta a la vista de los hombres. Se vio la gloria del Señor en el tabernáculo, y en el templo que Salomón construyó, había gloria (I Reg. VIII), y en el rostro de Moisés, cuando no sabía que su rostro había sido glorificado (Éxodo XL), sobre cuya gloria del rostro, creo que también el Apóstol dice: "Pero todos nosotros, con el rostro descubierto, contemplando como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados en la misma imagen de gloria en gloria, como por el Espíritu del Señor" (II Cor. III, 18). Y el mismo Salvador, ha sido llamado el resplandor de la gloria y la imagen de la sustancia de Dios (Hebr. I). También Esteban vio la gloria de Dios, y a Jesús de pie a su derecha (Hechos VII). Para que también nosotros nos atrevamos a inventar nombres, pues para cosas nuevas (como dice alguien) deben inventarse nombres nuevos: porque aquí se ha dicho: "No nos hagamos vanos, o vacíos de gloria", afirmemos que son ávidos de plena gloria, quienes desean la gloria de Dios, y la alabanza digna de virtud, y una visión que muestra algo más divino. Por lo cual, en muchos lugares, nuestros traductores han trasladado majestad por gloria. Hace tiempo que deseo estallar en palabras, pero me detiene el temor de hablar. Sin embargo, lo diré, y no callaré mi pasión, una pasión casi común, no por las riquezas, no por el poder, no por la belleza y el encanto de los cuerpos; pues estas cosas se nombran claramente entre las obras de la carne. La limosna, si se hace por alabanza, es gloria vana: la larga oración, el palor que sigue al ayuno. No son mis palabras, sino del Salvador tronando en el Evangelio (Mat. VI). La misma castidad en el matrimonio, la viudez, las vírgenes, a menudo buscan el aplauso humano: y lo que hace tiempo temo decir, pero debe decirse, el mismo martirio, si se hace para ser admirado y alabado por los hermanos, en vano se ha derramado la sangre. Que hable el Apóstol, que hable el vaso de elección: "Si entrego mi cuerpo para ser quemado, pero no tengo caridad, de nada me sirve" (I Cor. XIII, 3). Aquel que dijo: "Conozco a un hombre en Cristo, hace catorce años, si en el cuerpo, no lo sé, si fuera del cuerpo, no lo sé, Dios lo sabe, arrebatado hasta el tercer cielo" (II Cor. XII, 2). Y poco después: "Arrebatado al paraíso, oyó palabras inefables, que no le es lícito al hombre hablar": a él, digo, que trabajó más que todos, para que la grandeza de las revelaciones no lo exaltara, se le dio un aguijón en su carne, un ángel de Satanás, que lo abofeteara, para que no se exaltara. Y ciertamente rogó tres veces al Señor que se apartara de él; pero se le dijo: "Bástate

mi gracia: porque mi poder se perfecciona en la debilidad". ¿Qué obra de Dios es tan grande como leer las Escrituras, predicar en la Iglesia, desear el sacerdocio, ministrar ante el altar del Señor? Pero también estas cosas, a menos que alguien guarde su corazón con toda diligencia, surgen de la codicia de la alabanza. Verás a muchos (como también dice Tulio) titular sus libros sobre el desprecio de la gloria, y por causa de la gloria, poner los títulos de su propio nombre. Interpretamos las Escrituras: a menudo corregimos el estilo: escribimos lo que es digno de lectura; y si no se hace por causa de Cristo, sino por la memoria para la posteridad, y la fama entre los pueblos, todo el trabajo será en vano: y seremos como un tambor resonante, y un címbalo que retiñe (I Cor. XIII). Verás a muchos contender entre sí sobre las Escrituras: hacer del discurso un campo de batalla atlético de Dios: se provocan mutuamente, y si son vencidos, envidian: son ávidos de gloria vana. Sé que en los códices latinos en el testimonio que pusimos arriba: "Si entrego mi cuerpo para ser quemado", tienen "ardeam" en lugar de "glorier"; pero por la similitud de la palabra, que en griego, "ardeam" y "glorier", es decir, *καυθήσομαι* y *καυχήσομαι*, se distingue por una parte de la letra, entre nosotros ha crecido el error. Pero también entre los mismos griegos hay ejemplares diversos.

(Cap. VI---Vers. 1.) Hermanos, si alguno es sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, instruid a tal persona con espíritu de mansedumbre, considerando a ti mismo, no sea que tú también seas tentado. Sabiendo Pablo que es adorador de ese Dios que no quiere la muerte del pecador, sino el arrepentimiento (Ezequiel XVIII, XXXIII): y exceptuando a la Trinidad, toda criatura, aunque no peque, sin embargo puede pecar: también exhorta a quien es espiritual, por temor a sí mismo de no pecar, a extender la mano al que cae. Y bellamente llama al hombre sorprendido en falta, quien puede morir: mostrando la fragilidad de la condición desde el mismo nombre; para que sea digno de perdón, quien como hombre engañado por el error, y sumergido en el abismo, no puede levantarse sin ayuda y apoyo. Al espiritual no se le añade hombre: sino que se le ordena como a Dios, que instruya al hombre sorprendido en falta: o (como mejor se tiene en griego) lo perfeccione en espíritu de suavidad. Pero quien es perfeccionado, no le faltan todas las cosas, sino algunas. Finalmente, si no ha errado en muchos pecados, sino que ha sido sorprendido en alguna falta: el espiritual debe aplicar el espíritu de suavidad y mansedumbre en la corrección del pecador, no sea que quiera corregir al errante con rigidez, con ira y tristeza; sino que lo incite, prometiéndole salvación; prometiéndole perdón: que presente el testimonio de Cristo: que invita a los oprimidos por el pesado yugo de la ley y los pecados, a su yugo suave y carga ligera: para que aprendan que es humilde y manso, y de corazón apacible (Mateo XI), y encuentren descanso para sus almas. Usemos este testimonio contra los herejes: que inventando diversas fábulas de naturalezas, dicen que el espiritual es un buen árbol, y nunca da malos frutos. He aquí el Apóstol, cuya autoridad ellos mismos siguen, dice que los que son espirituales pueden pecar, si se enorgullecen por la altitud de su corazón y caen. Lo que también nosotros confesamos; y que los terrenales pueden hacerse espirituales, si se vuelven a lo mejor. Se nos puede oponer aquello que se escribe a los Corintios: ¿Qué queréis? ¿Que vaya a vosotros con vara, o con amor y espíritu de mansedumbre? (I Cor. IV, 21). Pues si allí a los pecadores, dice que no irá con espíritu de mansedumbre, sino con vara: ¿cómo aquí a los que han sido sorprendidos en alguna falta, no aplica la vara, sino el espíritu de mansedumbre? Pero allí se dice a aquellos que después del pecado no sienten su error, no querían someterse a sus mayores, ni corregirse con penitencia. Donde el pecador entiende su herida, se entrega al médico para ser curado, allí no es necesaria la vara, sino el espíritu de suavidad. Pero también se puede preguntar, que si por eso alguien debe instruir al pecador en espíritu de suavidad: porque considera que él mismo no sea tentado; entonces el justo, que está seguro de su mente, que sabe que no puede caer, ¿no debe instruir al pecador en espíritu de suavidad? A lo que

diremos, aunque el justo haya vencido, sabiendo con cuánto esfuerzo ha superado, más bien otorgará perdón al pecador. Pues también el Salvador fue tentado, en todo semejante a nosotros, sin pecado: para que pueda compadecerse y condolerse de nuestras debilidades, enseñado por su propio ejemplo, cuán difícil es la victoria en la carne. Si alguien ha permanecido virgen hasta la vejez; perdone al que alguna vez fue engañado por el calor de la juventud, sabiendo con cuántas dificultades ha pasado esa edad. Si alguien por la confesión del nombre de Cristo ha sido torturado, al ver a otro negar en los tormentos, compadézcase de las heridas del que niega, y no tanto admire que él ha sido vencido, sino que él mismo ha vencido. Observad también la cautela del que escribe, porque no dijo: Considerando a ti, no sea que caigas; sino, no sea que también tú seas tentado. Pues vencer o ser vencido, a veces está en nuestro poder: sin embargo, ser tentado, está en el poder del que tienta. Pues si el Salvador fue tentado, ¿quién puede estar seguro de pasar por el mar de esta vida sin ser tentado? Los que piensan que Pablo, por humildad, y no verdaderamente dijo: Y si soy ignorante en el habla, no obstante en el conocimiento, defiendan la consecuencia de este lugar. Pues debió decir según el orden: Vosotros, que sois espirituales, instruid a tal en espíritu de suavidad, considerando a vosotros mismos, no sea que también vosotros seáis tentados; y no introducir el número singular en plural. Hebreo, pues, de hebreos, y que era muy docto en su lengua vernácula, no podía expresar profundos sentidos en lengua ajena: ni se preocupaba mucho por las palabras, teniendo el sentido seguro. Esto según la simple inteligencia. Sin embargo, para seguir también el orden de la segunda exposición, este lugar debe ser explicado desde el final de la Epístola a los Romanos. Pues allí, al escribir de manera similar sobre las comidas y observancias de los judíos, y a los que despreciaban los preceptos de la Ley según la letra, los llamaba fuertes y perfectos: pero a aquellos que aún eran llevados por la antigua costumbre, los narraba como débiles y pequeños, y viendo que había disputa entre los espirituales y los carnales: advirtió a los espirituales que no despreciaran a los carnales, y dijo: Recibid al débil en la fe, no para disputas de pensamientos. Porque uno cree que puede comer de todo: pero el que es débil, coma legumbres. El que come, no desprecie al que no come: y el que no come, no juzgue al que come, porque Dios lo ha recibido. ¿Quién eres tú para juzgar al siervo ajeno? Para su propio señor está en pie o cae. Pero estará en pie: porque poderoso es Dios para sostenerlo (Rom. XIV, 1, ss.). Y discuriendo mucho sobre el sentido en medio, añadió al final: No destruyas la obra de Dios por causa de la comida. Y de nuevo: Pero nosotros, los fuertes, debemos soportar las flaquezas de los débiles, y no agradarnos a nosotros mismos. Cada uno de vosotros agrade a su prójimo para edificación buena (Rom. XV, 1, 2).

(Vers. 2.) Llevad los unos las cargas de los otros, y así cumpliréis la ley de Cristo. Porque el pecado es una carga, y el salmista también lo testifica diciendo: Mis iniquidades se han elevado sobre mi cabeza, como una carga pesada se han agravado sobre mí (Salmo XXXVII, 5). Y Zacarías, en la figura de una mujer, vio la iniquidad sentada sobre un talento de plomo (Zacarías V). Esta carga el Salvador la llevó por nosotros, enseñándonos con su ejemplo lo que deberíamos hacer. Él mismo lleva nuestras iniquidades, y se duele por nosotros (Isaías LIII), y a los que están oprimidos por la carga de los pecados y la Ley, los invita a la carga ligera de la virtud, diciendo: Mi yugo es suave, y mi carga ligera (Mateo XI, 30). Quien no desespera de la salvación de su hermano, sino que extiende la mano al que suplica, y en cuanto a él se refiere, llora con el que llora, es débil con el débil, y juzga sus propios pecados como ajenos, este por la caridad cumple la ley de Cristo. ¿Cuál es la ley de Cristo? Este es mi mandamiento, que os améis unos a otros (Juan XIII, 34). ¿Cuál es la ley del Hijo de Dios? Amaos unos a otros, como yo os he amado. ¿Cómo nos amó el Hijo de Dios? No hay mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos (Juan XV, 13). Quien no tiene clemencia, ni está revestido de entrañas de misericordia y lágrimas, aunque sea espiritual, no

cumplirá la ley de Cristo. Pero unamos también este lugar con los anteriores. Pues seguimos una doble inteligencia. Si alguno es débil en la fe, y aún es alimentado con la leche de la infancia, y no puede tan rápidamente pasar de la observancia legal a los sacramentos espirituales: vosotros que sois más fuertes, llevad sus cargas: no sea que por vuestro conocimiento perezca el hermano, por quien Cristo murió. También lleva la necesidad del hermano, quien ayuda al pobre agobiado por la carga de la indigencia, y se hace amigos con el mamón de iniquidad (Lucas XVI), a quien después de la resurrección Cristo dice: Venid, benditos de mi Padre: poseed el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer: tuve sed, y me disteis de beber (Mateo XXV, 34, 35). Según este sentido, también en otra Epístola Pablo enseñando a Timoteo, añadió: A los ricos de este siglo manda que no sean altivos (por lo que es, no sean soberbios), ni pongan su esperanza en la incertidumbre de las riquezas, sino en Dios que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos: que hagan bien, que sean ricos en buenas obras, que sean generosos, que compartan, que atesoren para sí un buen fundamento para el futuro, para que alcancen la vida verdadera (I Tim. VI, 1 ss.). Quien alcanza la vida verdadera, a saber, aquel que dice: Yo soy la vida (Juan XIV, 6), ha cumplido la ley de Cristo, que tiende a la vida.

(Vers. 3.) Porque si alguno piensa que es algo, siendo nada, se engaña a sí mismo. Si alguno no quiere llevar las cargas ajenas, y es inmisericorde, contento solo con su obra y virtud, no buscando lo que es ajeno, sino lo que es suyo, es decir, amante solo de sí mismo, y no también de Dios, él mismo se engaña. Puede leerse y distinguirse de dos maneras: O, si alguno piensa que es algo, siendo nada: o así: Si alguno piensa que es algo, para luego inferir, siendo nada, se engaña a sí mismo. Y más en griego que en latín resuena esta diferencia. El sentido de la primera distinción es este: Quien piensa que es algo, y no es nada, él mismo se engaña. El segundo sentido es más profundo, y el que más nos agrada: Si alguno piensa que es algo, en lo que piensa que es algo, y no por la clemencia hacia el prójimo; sino que se juzga por su obra y esfuerzo, contento solo con su virtud, este por esta misma arrogancia se convierte en nada, y él mismo se engaña: lo que mejor se dice en griego φρεναπατῶ, es decir, engaña su mente: por lo que el intérprete latino puso, se engaña a sí mismo. Engaña su mente, quien piensa que es sabio, y según Isaías, es sabio en sí mismo, y en su propia opinión es inteligente (Isaías V). Al circuncisión y la Ley, así se conecta la inteligencia de este lugar: Quien es espiritual, y no tiene misericordia hacia el prójimo, despreciando al humilde, porque él mismo es más sublime, él mismo se engaña, ignorando que esta es la ley del espíritu, que nos amemos unos a otros.

(Vers. 4.) Pero pruebe cada uno su propia obra: y entonces tendrá gloria solo en sí mismo, y no en otro. Este es el sentido: Tú que te consideras espiritual, y eres más fuerte por la debilidad del otro, no debes considerar la debilidad del que yace, sino tu fortaleza. Pues no porque otro no pueda perfectamente pasar al cristianismo desde el judaísmo, por eso tú eres un perfecto cristiano: sino si tu propia conciencia no te remuerde, tienes gloria en ti mismo y no en otro. Un atleta no es fuerte porque venció a un débil, y superó los miembros débiles del adversario: sino si es robusto, y se gloria en su fortaleza, no en la debilidad del otro. Puede entenderse también de otra manera: Quien tiene conciencia de una buena obra, y considerándose a sí mismo, no reprueba su obra, no debe gloriarse de esto ante otro, y derramar su alabanza afuera, y compartirla con todos, y buscar jactancia del favor de los hombres: sino que tenga gloria en sí mismo, y diga: Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado, y yo al mundo. Quien busca gloria de otro, a este ni el mundo le es crucificado, ni él está crucificado con Cristo. Pues ha recibido, lo que buscaba de los hombres, su recompensa.

(Vers. 5.) Porque cada uno llevará su propia carga. Parece contradecir lo anterior, donde dice: Llevad los unos las cargas de los otros: pues si cada uno llevará su propia carga, no podrá llevar las cargas de otro. Pero debe verse, que allí ordenó que en esta vida nos sostengamos mutuamente los pecadores, y en el presente siglo seamos de ayuda unos a otros: pero aquí habla del juicio del Señor sobre nosotros, que no por el pecado de otro y la comparación con el peor; sino según nuestra obra, seremos juzgados por él, ya sea pecadores o santos, recibiendo cada uno según su obra. Aunque de manera oscura, se nos enseña por esta pequeña sentencia, un nuevo dogma que se oculta: mientras estamos en el presente siglo, ya sea por oraciones, ya sea por consejos, podemos ayudarnos mutuamente. Pero cuando hayamos llegado ante el tribunal de Cristo, ni Job, ni Daniel, ni Noé podrán rogar por nadie, sino que cada uno llevará su propia obra (Ezequiel XIV).

(Vers. 6.) Pero el que es instruido en la palabra, comparta con el que lo instruye en todas las cosas buenas. Marción interpretó este lugar de tal manera, que pensó que los fieles y los catecúmenos debían orar juntos, y que el maestro debía compartir en la oración con los discípulos; especialmente envalentonado por lo que sigue, en todas las cosas buenas. Pues si de la oración se hubiera tratado, no debió ordenarse al que es instruido, sino al que instruye, es decir, no al discípulo, sino al maestro. Además, las demás cosas que siguen, no concuerdan con su exposición: Lo que el hombre siembre, eso también segará. Y: No nos cansemos de hacer el bien: porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos. Este es el sentido: Porque anteriormente había ordenado a los espirituales, que instruyeran a los que habían sido sorprendidos en alguna falta, en espíritu de suavidad, y llevaran las cargas unos de otros, cumpliendo la ley de Cristo: ahora, por el contrario, a los que aún eran más débiles, y discípulos, y carnales, les ordena, que así como ellos cosechan de los maestros cosas espirituales: así proporcionen a los maestros cosas carnales: quienes entregándose por completo a la erudición divina y al estudio, necesitan de las cosas necesarias para la vida; y se cumpla aquello que está escrito sobre el maná: El que recogió mucho, no tuvo de más; y el que recogió poco, no tuvo de menos (II Cor. VIII, 15). Las cosas buenas en el presente lugar, según la costumbre del vulgo y el uso común, se refieren al sustento y vestido, y las demás cosas que los hombres cuentan entre los bienes. Pues teniendo sustento y vestido, estemos contentos con esto (I Tim. VI, 8). Y no es de extrañar si Pablo llamó bienes a las cosas necesarias para el cuerpo: pues también nuestro Salvador, a aquellos que aún no habían alcanzado la cumbre de las virtudes, sino que aún caminaban más humildemente, y pedían que se les añadiera fe, les dijo: Si vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos: ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará cosas buenas a los que le pidan? (Mateo VII, 11). Yo creo que también Job, cuando hablaba a su esposa, como a una de las mujeres insensatas, respecto a ella, que así pensaba, hablaba de las riquezas corporales: Si recibimos el bien de la mano de Dios (Job II, 10): y de nuevo de las angustias y presiones, y de la tentación, que traen victoria: ¿Por qué no soportaremos el mal? Pues ciertamente los males y los bienes no se colocan en las riquezas y presiones, sino en las virtudes y vicios, como habla el justo en el salmo: ¿Quién es el hombre que desea la vida, que ama ver días buenos? Guarda tu lengua del mal, y tus labios de hablar engaño. Apártate del mal, y haz el bien (Salmo XXXIII, 13 ss., y XXXVI, 27). Propiamente se llama mal a lo que debe evitarse: bien, a lo que debemos hacer. También aquel rico en el Evangelio, que no tenía conocimiento del bien y del mal, correctamente consideraba la abundancia de sus campos como bienes, diciendo: Alma, tienes muchos bienes guardados para muchos años: descansa, come, bebe y alégrate (Lucas XII, 19). Y otro que yacía en púrpura, y rebosaba de delicias, escucha en el infierno de Abraham: Recibiste tus bienes en tu vida (Lucas XVI, 25). También debe considerarse si tal vez esto puede entenderse, que se da un mandato a los discípulos, para que comuniquen la palabra a los que los instruyen, les obedezcan, y se muestren dóciles y fáciles. Sin embargo,

en aquellas cosas que son buenas, que son espirituales, y no pervertidas por la herejía o la depravación judaica.

(Vers. 7.) No os engañéis, Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre siembre, eso también segará. Previendo en espíritu, que los que son enseñados, y deben proporcionar a los maestros los gastos y las cosas necesarias para la vida, pueden alegar pobreza, y decir: Mi campo este año se secó por la sequía: el granizo destruyó mi viña: los ingresos que pudieron haber sido, los tributos los arrebataron: no tengo de dónde dar lo que se ordena, añadió: No os engañéis, Dios no puede ser burlado. Sabe, dice, vuestros corazones, no ignora vuestras facultades. Una excusa verosímil puede agradar de alguna manera al hombre, pero no puede engañar a Dios. Y al mismo tiempo exhorta a dar lo que se ha mandado, llamándolo semilla, para que no piense que está perdido, lo que recibirá con multiplicado interés. También a los Corintios enseñó la razón de lo dado y recibido, con un ejemplo similar: El que siembra escasamente, escasamente también segará: y el que siembra en bendición, de bendición también segará. Cada uno según lo que propuso en su corazón, no con tristeza, ni por necesidad: porque Dios ama al dador alegre (I Cor. IX, 6, 7).

(Vers. 8.) Porque el que siembra en su carne, de la carne cosechará corrupción. Pero el que siembra en el espíritu, del espíritu cosechará vida eterna. Todo lo que hablamos, hacemos, pensamos, se siembra en dos campos, la carne y el espíritu. Si son buenas las cosas que se manifiestan de la mano, la boca, el corazón, sembradas en el espíritu, abundarán en frutos de vida eterna. Si son malas, recogidas del campo de la carne, nos producirán una cosecha de corrupción. De otra manera: Quien entiende la ley carnalmente, también espera promesas carnales, y las que se corrompen en este siglo presente. Pero quien es oyente espiritual, siembra en el espíritu, y del espíritu cosechará vida eterna. Notemos al mismo tiempo la consecuencia del discurso, y unámosla con lo anterior: se llama hombre al que siembra en el espíritu, quien cuando comience a cosechar vida eterna, tal vez deje de ser hombre. Casiano, quien introduciendo la carne supuesta de Cristo, considera impura toda unión del hombre con la mujer, el más acérrimo hereje de los Encratitas, usó tal argumento contra nosotros bajo la ocasión del presente testimonio: Si alguien siembra en la carne, de la carne cosechará corrupción: pero siembra en la carne quien se une a una mujer: por lo tanto, también el que usa de su esposa, y siembra en su carne, de la carne cosechará corrupción. Se le responderá, primero, que Pablo no dijo, quien siembra en la carne; sino, en su carne. Pero nadie se acuesta consigo mismo, y siembra en su propia carne. Luego, para concederle esta observación que hemos anotado, en su carne, de manera abundante, se debe añadir que también aquellos que comen y beben, y duermen y hacen algo para el refrigerio del cuerpo, siembran en la carne según eso, y de ella cosecharán corrupción. Si se refugia en decir que aquellos que, ya sea que beban, coman o duerman, sin embargo, hacen todo en el nombre del Señor con razón, no siembran en la carne, sino en el espíritu; también le responderemos de manera similar, que aquellos que siguen la primera sentencia de Dios haciendo con razón: Creced y multiplicaos, y llenad la tierra (Gén. I, 22), no siembran en la carne, sino en el espíritu. Por lo tanto, su silogismo es fútil y caduco, primero engaña al oyente con un sofisma. Sin embargo, examinado diligentemente, se resuelve fácilmente: Porque no podemos decir que Abraham, Isaac y Jacob, y otros hombres santos, que nacieron de la promesa, incluso el precursor del Señor, porque nació en la carne, brotaron de la semilla de la corrupción, también se debe observar que quien siembra en la carne, se coloca con el añadido de su carne: pero quien siembra en el espíritu, no se dice en su espíritu, sino simplemente en el espíritu. Porque quien siembra lo bueno, no siembra en algo suyo, sino en el espíritu de Dios, del cual también cosechará vida eterna.

(Vers. 9.) No nos cansemos de hacer el bien, porque a su tiempo cosecharemos, si no desmayamos. Les exhorta al estudio de la perseverancia, quienes en esta vida esperan la recompensa de la buena obra, sin saber que así como en la semilla hay un tiempo para sembrar y otro para cosechar: así también en la vida presente, la siembra son las obras (que se cosechan ya sea en el espíritu o en la carne), pero la cosecha es el juicio futuro, y según la calidad o diversidad de la siembra, hacemos diferentes cosechas, el ciento por uno, el sesenta y el treinta por uno, cosecha que nadie puede recoger si desmaya. Porque el que persevere hasta el fin, ese será salvo (Mat. X, 22). Como también se ordena en otro lugar: No desmayes (Is. V). ¿Cómo es posible que mientras los pecadores aumentan diariamente en malas obras, nosotros nos cansemos en la buena obra?

(Vers. 10.) Así que, mientras tengamos tiempo, hagamos el bien a todos, y especialmente a los de la familia de la fe. El tiempo de la siembra, como hemos dicho, es el tiempo presente, y la vida que corremos. En esta vida podemos sembrar lo que queramos; cuando esta vida pase, se quita el tiempo de obrar. Por eso el Salvador dice: Trabajad mientras es de día; viene la noche, cuando nadie puede trabajar (Juan IX, 4). Nos ha amanecido la palabra de Dios, el verdadero sol, y se han reunido las bestias retirándose a sus guaridas: salgamos como hombres a nuestra obra, y trabajemos hasta el atardecer, como se canta místicamente en el salmo: Pusiste tinieblas, y fue la noche. En ella pasarán las bestias del bosque, los cachorros de león rugiendo para arrebatar, y buscarán de Dios su comida. Salió el sol, y se reunieron, y se acostaron en sus guaridas. Saldrá el hombre a su obra, y a su labor hasta el atardecer (Sal. CIII, 20 y ss.). Ya sea que estemos enfermos o sanos, humildes o poderosos, pobres o ricos, ignotos o honrados, hambrientos o comiendo, hagamos todo en el nombre del Señor con paciencia y ecuanimidad, y se cumplirá en nosotros lo que está escrito: A los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien. La ira misma y la lujuria, y la injuria que desea venganza, si me refreno: si por Dios callo: si en cada aguijón de conmoción, y en los incentivos de los vicios, recuerdo a Dios que me ve desde arriba, se convierten para mí en ocasión de triunfos. No digamos al dar: Aquel es amigo, a este no lo conozco: este debe recibir, aquel ser despreciado. Imitemos a nuestro Padre, que hace salir su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos e injustos (Mat. V). La fuente de la bondad está abierta para todos. El siervo y el libre, el plebeyo y el rey, el rico y el pobre, beben de ella igualmente. Cuando una lámpara se enciende en la casa, ilumina a todos por igual. Si a todos se les sueltan las riendas de la liberalidad sin distinción, cuánto más a los de la familia de la fe, y a los cristianos, que tienen al mismo Padre, y son considerados bajo la denominación de su maestro. Me parece que este lugar puede también conectarse con lo anterior, para que llame a los de la familia de la fe, maestros, a quienes sobre todas las cosas que se consideran buenas, había ordenado a sus oyentes que ministraran. El curso de esta vida es breve. Esto mismo que hablo, que digo, que escribo, que corrijo, que releo, de mi tiempo me crece o se pierde. Tito, hijo de Vespasiano, quien en venganza de la sangre del Señor, después de destruir Jerusalén, entró victorioso en Roma, se dice que fue de tal bondad, que cuando una noche recordó tarde, en la cena, que no había hecho nada bueno ese día, dijo a sus amigos: Hoy he perdido el día. ¿Pensamos que no perdemos la hora, el día, los momentos, el tiempo, las edades, cuando hablamos una palabra ociosa, por la cual daremos cuenta en el día del juicio (Mat. XII)? Si él, sin Ley, sin Evangelio, sin la doctrina del Salvador y de los apóstoles, naturalmente dijo e hizo esto: ¿qué debemos hacer nosotros, en cuya condenación tiene a Juno univira, y a Vesta virgen, y a otros ídolos continentes? El bienaventurado Juan el evangelista, cuando moraba en Éfeso hasta su última vejez, y apenas podía ser llevado a la iglesia en manos de sus discípulos, y no podía articular muchas palabras, no solía decir en cada reunión sino esto: Hijitos, amaos los unos a los otros. Finalmente, los discípulos y hermanos que estaban presentes, afectados por el tedio de escuchar siempre lo mismo, dijeron: Maestro, ¿por qué

siempre dices esto? Y él respondió con una sentencia digna de Juan: Porque es el mandamiento del Señor, y si solo se cumple, basta. Esto en relación con el presente mandato del Apóstol: Hagamos el bien a todos: especialmente a los de la familia de la fe.

(Vers. 11.) Mirad con qué letras os escribo de mi propia mano. Aquellos que querían circuncidar a los Gálatas, habían difundido que Pablo hacía una cosa y predicaba otra, y que destruía con su obra el discurso, que quien afirmaba que la Ley estaba abolida, él mismo se encontraba en la Ley. Esta opinión, porque Pablo no podía refutarla en persona ante todos (pues estaba impedido por las cadenas que sufría por el martirio de Cristo), se representa a sí mismo por medio de cartas. Y para que no surgiera alguna sospecha de una carta suplantada, desde este lugar hasta el final, él mismo escribió con su propia mano, mostrando que lo anterior había sido escrito por otro. Pero que bajo su nombre se enviaban cartas por falsos maestros, también lo demuestra escribiendo a los Tesalonicenses: Os rogamos, hermanos, por la venida de nuestro Señor Jesucristo, y nuestra reunión con él, que no os mováis fácilmente de vuestro entendimiento, ni os alarméis, ni por espíritu, ni por palabra, ni por carta como si fuera enviada por nosotros, como si el día del Señor estuviera cerca, que nadie os engañe de ninguna manera (II Tes. II, 1 y ss.). Y para erradicar toda sospecha de falsedad de la carta que enviaba, al final suscribió con su propia mano, diciendo: Saludo de mi mano, Pablo, que es el signo en toda carta: así escribo: La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos vosotros (II Tes. III, 17, 18). También a los Colosenses, las cartas que había dictado, las subrayó de manera similar con su mano: Saludo de mi mano, Pablo: Acordaos de mis cadenas. Y dondequiera que sabía que había falsos maestros, que podían sembrar nuevos dogmas bajo la autoridad del Apóstol, suscribía la carta con su propia mano. Finalmente, escribiendo a los Corintios, entre quienes había cismas y herejías, cada uno diciendo: Yo soy de Pablo, y yo de Apolo, y yo de Cefas (I Cor. I, 12), firmó su carta con esta anotación: Saludo de mi mano, Pablo: Si alguno no ama al Señor Jesucristo, sea anatema, maranatha, y demás. Por esto, queriendo quitar toda ocasión a los falsos maestros, que habían pervertido a los Gálatas de la verdad del Evangelio, completó el final de la carta con la anotación de su mano, diciendo: Mirad con qué letras os escribo; no porque fueran grandes letras (pues eso significa en griego *πηλικοίς*), sino porque eran las huellas de su mano conocidas por ellos, para que al reconocer los trazos de las letras, pensarán que veían a quien había escrito. En este lugar, me sorprende cómo un hombre muy erudito en nuestros tiempos ha dicho algo ridículo. Pablo, dice, era hebreo, y no sabía letras griegas. Y porque la necesidad exigía que suscribiera la carta con su propia mano, contra la costumbre, apenas podía expresar los trazos curvos de las letras con grandes caracteres: mostrando también en esto su amor hacia los Gálatas, que por ellos intentaba hacer incluso lo que no podía. Por lo tanto, Pablo escribió la carta con grandes letras, porque el sentido era grande en las letras, y había sido escrito con el espíritu del Dios vivo, no con tinta ni pluma. Pero lo que añadió, de mi mano, entendamos las obras en las manos. Por esta razón, a menudo se escribe en los profetas: La palabra de Dios que vino en mano de Jeremías, o de Ageo, para que también por esta similitud sepamos que la palabra de Dios fue hecha en la mano de Pablo. Pablo escribe grandes letras no solo entonces a los Gálatas, sino también hoy a todos, y aunque los caracteres con los que se escriben sus cartas sean pequeños, sin embargo, las letras son grandes, porque en las letras el sentido es grande.

(Vers. 12.) Todos los que quieren agradar en la carne, estos os obligan a circuncidaros: solo para no sufrir persecución por la cruz de Cristo. Anteriormente mostró desde qué lugar había suscrito con su mano: ahora repite lo que escribió. Cayo César, y Octaviano Augusto, y Tiberio, sucesor de Augusto, habían promulgado leyes para que los judíos que estaban dispersos por todo el imperio romano vivieran según su propio rito, y sirvieran a las ceremonias patrias. Por lo tanto, cualquiera que estuviera circuncidado, aunque creyera en

Cristo, era considerado como judío por los gentiles. Pero quien sin circuncisión mostraba con su prepucio que no era judío, se hacía sujeto a persecuciones tanto de los gentiles como de los judíos. Por lo tanto, estos que habían pervertido a los Gálatas, deseando evitar estas persecuciones, persuadían la circuncisión como defensa a los discípulos, lo que ahora el Apóstol llama confianza en la carne, porque proponían la circuncisión en la persecución tanto a los gentiles, a quienes temían, como a los judíos, a quienes querían agradar. Porque ni los judíos podían perseguirlos, ni los gentiles, a quienes veían y querían que los prosélitos se circuncidaran, y ellos mismos guardaran los preceptos de la Ley.

Porque ni siquiera los que están circuncidados guardan la Ley, sino que quieren que os circuncidéis, para gloriarse en vuestra carne. Debido a la debilidad de la carne, dice, la Ley no puede cumplirse. Por lo tanto, los judíos guardan más los preceptos y doctrinas de los hombres que los mandamientos de Dios, no haciendo la Ley corporal, pues es imposible: ni la espiritual, que no entienden. Por lo tanto, todo lo que estudian, lo que hacen, lo que se esfuerzan, es para gloriarse entre los judíos de la injuria de vuestra carne, y jactarse de que las naciones han sido circuncidadas por su magisterio. Pero todo esto lo hacen para agradar a los judíos, y que la envidia de la Ley vencida se calme.

(Vers. 14.) Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado, y yo al mundo. Solo puede gloriarse en la cruz de Cristo quien la toma y sigue al Salvador, quien ha crucificado su carne con sus vicios y concupiscencias, quien ha muerto al mundo, y no contempla las cosas que se ven, sino las que no se ven: viendo el mundo crucificado, y la figura de él que pasa. El mundo es crucificado para el justo, de quien el Salvador dice: Yo he vencido al mundo (Juan XVI, 33). Y: No améis al mundo. Y: No habéis recibido el espíritu del mundo. A quien el mundo le es crucificado, a este el mundo también le es muerto: y ya le ha llegado la consumación del mundo, y hecho digno del nuevo cielo, y la nueva tierra, y el nuevo Testamento, canta un cántico nuevo, y recibe un nombre nuevo escrito en una piedrecita, que nadie conoce sino el que lo recibe. Se pregunta cómo ahora Pablo dice: Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, cuando en otro lugar se gloria de otras cosas, como allí dice: Por vuestra gloria, que tengo en Cristo Jesús (I Cor. XV, 31). Y de nuevo: Con gusto me gloriaré en mis debilidades, para que habite en mí el poder de Cristo (II Cor. XII, 9). Y en otro lugar: Pero me es mejor morir, que nadie haga vana mi gloria (I Cor. IX, 15), y otras cosas que están escritas de esta manera. Pero se debe saber que toda esa glorificación se refiere a la cruz, y que cualquier cosa digna que se haga en las virtudes, se hace por la pasión del Señor.

(Vers. 15.) Porque ni la circuncisión es algo, ni el prepucio, sino la nueva criatura. Así como el fiel y el infiel, aunque sean uno por sustancia, se dividen en dos según la diversidad de entendimiento, dice el Apóstol: Despojándoos del viejo hombre con sus obras, y vistiéndoos del nuevo, que se renueva en conocimiento según la imagen del Creador (Col. III, 9, 10): así también el mundo, aunque sea uno según la sustancia, según el sentido se hace otro y otro. Para el pecador, el mundo es viejo: para el santo, nuevo. Porque cuando el mundo ha sido crucificado para el santo, ya no hay circuncisión ni prepucio: no hay judío ni gentil: sino nueva criatura, en la que se transfigura el cuerpo de nuestra humildad, conforme al cuerpo de la gloria de Cristo: Porque las cosas viejas han pasado, he aquí todas son hechas nuevas (II Cor. V). Y así como una es la gloria del sol, otra la de la luna, otra la de las estrellas: Porque estrella de estrella difiere en gloria: así también la resurrección de los muertos (I Cor. XV, 41, 42). De la cual también Daniel concuerda con voz similar, diciendo: Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra se levantarán: unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión eterna (Dan. XII, 2); y: Los entendidos resplandecerán como el resplandor del

firmamento. Y de los justos: Muchos como las estrellas para siempre. Porque ni en el sol y la luna, el firmamento y las estrellas, la circuncisión vale algo, ni el prepucio: sino que hay una nueva condición sin estas partes del cuerpo, que pueden ser cortadas. Así pues, también nosotros que amamos a Dios, y nos están preparadas cosas que ni ojo vio, ni oído oyó, ni han subido al corazón del hombre (I Cor. II), cuando del cuerpo de nuestra humildad seamos transformados en el cuerpo de la gloria del Señor Jesucristo, tendremos ese cuerpo que ni el judío puede cortar, ni el gentil guardar con el prepucio. No porque sea otro según la sustancia: sino porque según la gloria es diferente. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad (I Cor. XV, 53). Algo similar a esto también el bienaventurado evangelista Juan lo ha dicho: Amados, ahora somos hijos de Dios: y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que cuando se manifieste, seremos semejantes a él: porque le veremos tal como él es (I Juan III, 2). Porque aún no se ha manifestado ese cuerpo de gloria de Jesucristo, que también tuvo las huellas de los clavos después de la resurrección, y entró con las puertas cerradas: nosotros que ya ahora en el bautismo hemos resucitado con Cristo, renacidos en el nuevo hombre, no sirvamos ni a la circuncisión ni al prepucio: sino que lo que seremos, ya ahora creamos que somos.

(Vers. 16.) Y a todos los que sigan esta regla, paz sobre ellos, y misericordia, y sobre el Israel de Dios. Todo se dirige según una norma; y si son rectos o torcidos, se juzgan cuando se aplica la regla. Así también la doctrina de Dios es como una norma del discurso, que juzga entre lo justo y lo injusto: quien la siga, tendrá paz en sí mismo que supera todo entendimiento; y después de la paz, la misericordia que es principal en el Israel de Dios. En verdad, se dice el Israel de Dios, para distinguirlo de aquel que dejó de ser el Israel de Dios. Pues dicen ser judíos, y no lo son; sino que mienten, siendo de la sinagoga de Satanás. No te sorprendas si, a imitación del Israel espiritual, hay un Israel carnal, que no tiene ni paz ni misericordia; sobre el cual también se escribe a los Corintios: Mirad al Israel según la carne (I Cor. X, 18); así como a imitación de Dios y del Señor, hay muchos dioses y muchos señores, ya sea en el cielo o en la tierra. Sin embargo, con una sola palabra, para concluir la epístola según el argumento propuesto, lo llamó Israel de Dios; para que todo lo que se ha dicho antes no sea sin causa, sino que se enseñe por causa disputada.

(Vers. 17.) De aquí en adelante, que nadie me cause molestias. No como si hubiera fallado en enseñar; sino que también el agricultor tiene este trabajo, si las plantas que ha sembrado se secan; y el pastor tiene preocupación, si los rebaños que ha reunido se dispersan y son devorados. Por lo tanto, es mejor leer en griego: De aquí en adelante, que nadie me cause trabajos; para que no tenga nuevamente la necesidad de trabajar entre vosotros. Causa trabajo al maestro quien vive y piensa de manera diferente a como el maestro enseñó e hizo. También puede prevenir la contención de aquellos que quieran contradecir en adelante, lo cual también se aborda a los Corintios sobre el velo de la mujer y el no velo del hombre, diciendo después de mucho: Si alguien parece ser contencioso: nosotros no tenemos tal costumbre, ni la Iglesia de Dios (I Cor. XI, 16): esto es, hemos dicho lo que nos parecía honesto y justo; pero si alguien, no queriendo aceptar la verdad, busca qué responder y en qué basarse en contra, sepa que no es digno de respuesta, quien está más dispuesto a contender que a ser enseñado.

Yo, en cambio, llevo en mi cuerpo las marcas del Señor Jesús. Quien después de la venida de Cristo en la carne se circuncida, no lleva las marcas del Señor Jesús; sino que tiene gloria en su confusión. Pero quien en azotes más allá de lo debido, en cárceles frecuentemente, fue azotado con varas tres veces, apedreado una vez, y las demás cosas que están escritas en el catálogo de glorias, este lleva las marcas del Señor Jesús en su cuerpo. Quizás también aquel

que mortifica su cuerpo y lo somete a servidumbre, para que no sea hallado reprobado al predicar a otros, lleva las marcas del Señor Jesús en su cuerpo (I Cor. IX). Los apóstoles también se alegraban de haber sido dignos de sufrir afrenta por el nombre de Jesús (Hech. V).

(Vers. 18.) La gracia de nuestro Señor Jesucristo, con vuestro espíritu, hermanos, Amén. No disensión, no servidumbre de la Ley, no riña, no disputa, sino la gracia del Señor Jesucristo esté con vuestro espíritu. De ninguna manera con la carne, de ninguna manera con el alma; ya sea porque hechos espirituales, dejáis de ser carne y alma, o porque en lo principal también se comprenden las cosas menores. Pues el alma y la carne están sujetas al espíritu. De lo cual también habla el Eclesiastés: El espíritu volverá a Dios que lo dio (Ecl. XII, 7). Y Pablo en otro lugar: El mismo espíritu da testimonio a nuestro espíritu (Rom. VIII, 16). Pero esta gracia del Señor Jesús no está con todos, sino con aquellos que merecen ser llamados hermanos por el apóstol, hermanos fieles, hermanos genuinos, lo que la palabra AMÉN significa en hebreo. Pues los Setenta intérpretes tradujeron Amén como, así sea; Aquila, Símaco y Teodoción, fielmente, o verdaderamente. Y así como en el Antiguo Testamento, en cierta costumbre de jurar, Dios confirma sus palabras, diciendo: Vivo yo, dice el Señor (Num. XIV, 28): también se jura por los santos: Vive tu alma; así también nuestro Salvador en el Evangelio, por la palabra Amén, muestra que lo que dice es verdadero. Pero que Amén significa el consentimiento del oyente, y es el sello de la verdad, también nos enseña la primera a los Corintios, en la cual Pablo dice: Pero si bendices con el espíritu, ¿quién ocupará el lugar del indocto? ¿Cómo dirá amén sobre tu bendición, pues no sabe lo que dices? (I Cor. XIV, 16). De lo cual muestra que el indocto no puede responder que es verdad lo que se dice, a menos que entienda lo que se enseña.